

DECLARACIÓN

DE

UN VENCIDO

ALEJANDRO SAWA

DECLARACIÓN
DE UN VENCIDO

NOVELA SOCIAL



4.000

MADRID
ADMINISTRACIÓN DE LA ACADEMIA
Madera, 16.
1887

Reservado el derecho de propiedad con arreglo a las leyes.

M. Minuesa de los Ríos, impresor, Miguel Servet, 13. — Teléfono 651.

AL SR. D. ADOLFO CALZADO



Porque lo considero á Ud. hace mucho tiempo como uno de los hombres más generosos y de más extraordinaria sensibilidad artística que alientan sobre la tierra, es por lo que le dedico á Ud. este libro, en cuya primera página quiero consignar que si mi protagonista hubiera tropezado con Ud. en la vida, es seguro que continuaría viviendo, y seguro también que el rebaño social tendría un crimen menos de que avergonzarse ó de que arrepentirse: de todos modos, que al debe de la humanidad se le hubiera rebajado una partida de infamia. No ha podido ser, y por eso manifiesto desde aquí mi pena, y la admiración que hacia Ud. siento.

Alejandro Sawa.

Madrid y Febrero del 86.

NOTA AL LECTOR

Muchas veces me ha ocurrido pensar lo que en esta sociedad nuestra, tan azotada por la ambición, deben sufrir esos inteligentes jóvenes que vienen desde provincias á comenzar por Madrid la conquista de Europa, sin más bagaje que un drama, una novela, ó una obra literaria cualquiera, bien acondicionadas en el fondo del baúl, y dos ó tres cartas de recomendación para otros tantos personajes acreditados en la corte. Es éste un caso que el novelista moderno debe consignar preferentemente entre sus apuntes. Yo lo he anotado, he hecho curiosos estudios de observación *d'après nature*; y de tal modo he llegado, para escribir este libro, á identificarme con uno de esos jóvenes á que hago re-

ferencia, que sin lisonja propia puedo afirmar que lo conozco bastante más que á mí mismo. Es su historia, su historia que me refirió una tarde entre sollozos y palabras—más sollozos que palabras,— lo que ofrezco á la opinión en las páginas siguientes. Y de modo de hacer sentir al lector con más intensidad todas las amarguras que á mí me conmovieron la tarde del relato, he elegido adrede la forma autobiográfica, que simpatiza más con el fin artístico que me propongo que otra forma literaria cualquiera. He escrito el libro que, á serle posible, hubiera dejado escrito mi amigo. Lo titulo DECLARACIÓN DE UN VENCIDO, porque Carlos, con genio; Carlos, artísticamente hermoso; Carlos, potentemente organizado por dentro y por fuera, fué abatido, tirado á la trocha, vejado y maldito por sus raquíuticos compañeros de jornada; y fué tan vencido, que lo obligaron al aniquilamiento propio. Sin embargo, merecía vivir. Yo no salgo una sola vez á la calle y paso por

los sitios que Carlos y yo hemos recorrido juntos, sin mirar compasivamente á la imbecil multitud que desfila ante mis ojos, y sin pensar que, como los judíos contemporáneos de Cristo, toda esa multitud lleva las manos manchadas con sangre de mi amigo. No tuvo, entre quinientos mil hombres que forman la población de Madrid, uno solo que lo animara en sus desfallecimientos, ni le tendiera la mano cuando iba á caer, y su cara acongojada lo revelaba á gritos. Verdad es que mi amigo era demasiado orgulloso para pedirle socorro á nadie. Yo no pude auxiliarlo, porque, desgraciadamente para los dos, cuando llegó hasta mí su grito de suprema angustia, era ya demasiado tarde. Se me presentó como un moribundo voluntario que tácita y expresamente había presentado la dimisión de su vida, y eso hasta el punto de que muy pocos días después llegó hasta mí la noticia de su fin trágico. Creo que realizo obra piadosa exhumando los recuerdos que tengo de mi

amigo, y creo también que estas páginas pueden servir de pieza de acusación el día, que yo creo próximo, en que se entable un proceso formal contra la sociedad contemporánea. Auxilio á los historiadores del porvenir publicándolas. Por eso las titulo DECLARACIÓN DE UN VENCIDO.

A. S.

Madrid, 13-10-86.

LIBRO PRIMERO

LIBRO PRIMERO

Figuraos lo que se os ocurriría, si al ir por la calle, en una dirección cualquiera, hacia la casa de uno de vuestros amigos, ó hacia la de vuestra última querida, tropezarais con un libro que dijera, sobre poco más ó menos, lo siguiente:

*
* *

No es la historia de mi vida lo que quiero escribir: ¿para qué? Ni tengo historia, ni dentro de muy poco espacio de tiempo tendré vida tampoco. Me inspiro en ideales más altos. Estas páginas son un pedazo de documento humano que yo dedico á la juventud de mi tiempo, á mis compañeros de jornada, en el momento preciso de volver la espalda al enemigo, de desertar del campo de operaciones. Me tiene sin cuidado el juicio de los pedantes. Y es más: ese juicio me lo sé de memoria.

Cobarde. Me llamarán ¡cobarde! ¡Allá ellos! De mí sé decir que hace veinte días estoy arreglando mis asuntos, poniendo en orden mi maleta para el viaje eterno, y que todavía no me ha acometido la fiebre. Miro cara á cara á la eternidad, y aun me siento enamorado de ella.....

*
* * *

Soy además un trabajador á quien no le pesa su azada. La hallo ligera; cavo con ella en mis entrañas, sin que se me enerve el brazo; doy duro y aprisa, hasta remover profundamente todo lo que me rodea, y canto canción de amores al nuevo sol que aparece dorando el horizonte.

*
* * *

Además, el hombre que escribe este libro, el hombre que ha vivido este libro, sabe lo que hace publicándolo. Sabe que ofrece en él un proceso, un verdadero proceso moral, que, aun siendo subjetivo por su forma, no es en su gran síntesis otra cosa que el proceso psicológico de toda la juventud de su tiempo. Yo sé que cuento con el aplauso de todas las manos que no han creado arrugas en la explotación y

en la infamia, y sé también que muchas bocas sonrosadas y frescas de veinte años se han de abrir para decirle á estas páginas, que yo quisiera que palpitaran..... ¡Sí, por Dios! Este autor lleva razón; podrá ser ó no un literato, un retórico, un arreglador de frases; pero es un hombre, y es un hombre que graba humanidad en cuanto afirma.....

¡Ah! Yo he gritado muchas veces á estas líneas que aparecen aquí estampadas sobre el papel, frías y casi mudas, yo les he gritado, á medida que mi fiebre las exteriorizaba, *¡parla!*, como es fama que Miguel Ángel apostrofó á su Moisés; pero, ¡ca!, helas aquí hablando su lenguaje convencional y falso, expresándose por señas, tiritando de frío y de vergüenza al verse expuestas á las miradas socarronas de la multitud, más tímidas y más sobrecogidas que un hombre á quien de pronto se le cayera el traje y quedara en cueros ante las pupilas asombradas de la muchedumbre.

Pero es forzoso que se publiquen. Me retiro del campo, sí; pero quiero antes dejar dicho lo que los hombres han hecho conmigo.

LIBRO SEGUNDO

LIBRO SEGUNDO

La gente que ha venido al mundo, aquí en España, después de las jornadas épicas de la guerra de África, es malaventurada en su mayoría. Ha mamado la leche de la madre al son bélico del himno de Riego; ha oído hablar allá en las veladas de su infancia, de paseos triunfales del insurrecto de Cabezas de San Juan por toda España; de pueblos enteros agolpándose en masa á las puertas de las ciudades, para recibirlo; de miles de gargantas enronquecidas al constante gritar de ¡viva el libertador!, sin llegar á fatigarse nunca; de charangas militares que caldeaban la atmósfera con vibraciones musicales de un entusiasmo bárbaro; de discursos más llenos de sonoridades que de pensamientos, que comenzaban todos con la palabra libertad, y remataban con las de igualdad y fraternidad, en una especie de evocación mágica á los días, que parecen ya prehistóricos, de la primera cámara de Versalles, ó de

nuestras Constituyentes del año 12; ha oído citar, y se ha aprendido de memoria, una porción de nombres, que no pueden pronunciarse sin que chispeen como un puñado de piedras preciosas: El Empecinado, Mina, Porlier, Lacy, López, Alcalá Galiano; se ha estremecido de impaciencia; ha sentido el culebreo de la electricidad en los brazos, al relato lleno de intensidad con que un veterano de la guerra civil hablaba de sus hechos y de sus hombres, de Luchana, de Morella, de Espartero; ha maldecido á la canalla que voceaba tras de la carroza regia ¡vivan las cadenas!, y ha sentido una angustia mortal en el pecho leyendo las profecías pesimistas de Donoso Cortés en las Cortes, ó de Balmes en sus libros. ¡Ay! Esta juventud se ha visto forzada á despeñarse desde la altura de los sueños á que había trepado, y se la ha condenado á la desgracia, sin escucharla, sin compadecerla, de un modo implacable, como si la felicidad no fuera el más improrrogable y el más categórico de todos nuestros derechos.

Vivimos mal, de consiguiente. Miramos con desesperación al azul del cielo, y maldito lo que se nos importa de los poderes de la tierra.

Luego nuestros padres podían ser, y eran, venturosos, con farsas é instituciones que nosotros no adquiriríamos por una higa, porque nos creeríamos perjudicados. Ellos creían en la sinceridad de la gentualla de arriba, de la gentualla del poder, y batían palmas á Martínez de la Rosa cuando decidía la fundación de su Estamento de Próceres, y al infame Fernando VII cuando decía con su voz de pilluelo de la corte: «marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional.....»; ellos alzaban barricadas á media noche, poseídos de un entusiasmo bárbaro, para que Espartero ú O'Donnell trepan al poder, y creían muy honradamente, muy de buena fe, con toda la buena fe de los tontos, que esos hombres, que esos hombres que eran sus ídolos no realizaban en el poder las reformas prometidas en la oposición, por *obstáculos tradicionales*—así los llamaban ellos,—por obstáculos tradicionales que oponían á la iniciativa de los liberales, desde el palacio de piedra de la plaza de Oriente, la camarilla lacayesca de los palaciegos, usufructuarios siempre de la voluntad de sus amos, llamáranse éstos como se llamaran, Carlos IV ó Fernando VII, María Cristina ó Isabel II; ellos creían que la religión es un fre-

no, y no un fermento; ellos creían que diciendo libertad estaba dicho todo; ellos creían que salmodiando con Olózaga «¡Dios salve al país, Dios salve á la reina!», se abrían de par en par las puertas de la gloria; ellos creían que darle al pueblo un nuevo derecho valía más que darle un zoquete de pan ó un puñado de garbanzos; ellos creían que el jefe militar del partido progresista era el primer guerrero del siglo, y continuaban llamando *Buonaparte* á Napoleón; ellos creían que un discurso valía más que un hecho, y se entusiasmaban hasta rabiarse, sobre todo si el discurso estaba bien declamado, y el orador hacía porque concluyeran sus párrafos con frases rimbombantes de esas que tienen el mismo sonido del metal hueco; ellos estudiaban derecho político en Pacheco, religión en Ripalda ó Astete, literatura en Polo, geografía en Miñano, economía en Colmeiro, y fundaban una especie de triste vanidad en no conocer á Proudhón más que de nombre; ellos se proclamaban en el club y en la calle anticatólicos, pero luégo, al llegar á casa, rezaban el rosario, á coro con su familia, todos los días, sin faltar uno, á la hora de la oración de la tarde, al rededor de la camilla de tapete encarnado—

encarnado para que no se pudiera dudar de la democracia del amo de la casa,—mientras que se preparaban para calarse el morrión y hacer la guardia á la puerta misma del palacio de los *obstáculos tradicionales*; veían ó creían ver gloria donde quiera que dirigían la vista. Aparecía el pasado con coloraciones purpúreas, el color que mejor sienta á la majestad, y el porvenir teñido de azul, como formado por innúmeras columnillas de incienso, que subieran hasta el cielo festejando la reconciliación definitiva del género humano. Tenían á su espalda recuerdos animados, impresiones de la guerra homérica de la Independencia, que palpitaban todavía con estremecimientos de vida: un anciano que resistió solo á todo un cuerpo de ejército, á cuya cabeza iba el mismo emperador en persona; un niño, zagal del campo, ó granujilla de la ciudad, que armado de un hacha—no el hacha de pedernal de las épocas prehistóricas, sino el hacha de acero de nuestros modernos tiempos,—había segado quince cabezas de gabaço, y se había merendado luégo una porción de orejas francesas fritas con tomate; Castaños y los generales españoles, disponiendo en árbitros de la victoria; y así, á modo de rema-

te de aquellas recordaciones guerreras, Wellington, con las patas de oro, como una divinidad bárbara, y la cabeza desapareciendo entre crespones de nubes y fulgores de gloria, en una especie de apoteosis mística que venía á hacer del héroe británico una especie de San Juan Nepomuceno de la matanza.

Circulaba por entonces, y aun continúa circulando como válida, la especie de que los españoles somos invencibles; de que esta tierra ibérica es granero y bodega del mundo; de que los capitales extranjeros no tienen, como aquí, por signo la moneda, sino la trampa, y de que no hay en absoluto porción de tierra europea ó americana que pueda compararse en ningún sentido de utilidad ó belleza con esta legendaria tierra de santos, de conquistadores y de sabios; se creían ungidos por la Providencia con óleo bendito, sólo por el hecho de haber nacido en España, y eran nuestros padres felices á su modo; tan felices, por lo menos, como sus hijos somos desdichados.

Y además — es preciso decirlo — eran más felices también, porque eran más ignorantes, porque sabían menos. Un ciego, bien, pase. No ve los montones de basura de la calle; ignora que el que le habla tiene jeta de canalla,

y no percibe tampoco la labor destructora que hace el virus americano en el cuerpo de mujer que estrecha palpitando entre sus brazos. Ve una belleza donde un vidente notaría sólo un sexo roído, y puede de consiguiente saludar á la vida con arrebatada canción de amores, de esas que obligan á los casados á incorporarse intranquilos sobre sus lechos, creyendo que los bárbaros están ya á las puertas de Roma. Pero si lo volvéis á la posesión del sentido de la vista, que parecía muerto, y que en realidad no estaba sino enfermo, ¡oh!, entonces.....—Sí, el cielo continúa siendo azul; pero ¡ved cuánto lodo por las calles, y cómo esa madre arrastra á su hija al mercado de las mujeres perdidas!

Mucho más concreto es el caso de la ceguera interna, de la ceguera cerebral. El imbécil, el ignorante, ése, ése es el que ha sacado lote en la vida. Ni Claudio Bernard envenenándose con las emanaciones tóxicas de su laboratorio, ni Alfredo de Musset dejándose pedazos de vida sobre las páginas de sus libros y sobre los divanes de las cortesanas. Es al contrario ese aragonés, ese gallego, ese hombre del campo, quien quiera que sea, que ignora hasta la edad que tiene, y por qué misterio de concepción su

mujer pare todos los años una criatura tan grande como una ternera; que cree en las recompensas de la otra vida, y que se hace sobre la frente la señal de la cruz antes de tenderse sobre su camastro de aldeano. Vive á oscuras, sí. No lleva en el pecho, en mayor ó menor proporción, la cantidad de infinito que nos obliga, á nosotros los civilizados, á levantar con frecuencia la cabeza para preguntar á los astros la eterna é incognoscible razón de su existencia. No es víctima de nuestros amores ni de nuestros desfallecimientos. Le importa un bledo saber por qué teoría química de fermentación hierva el vino nuevo en las tinajas, y se contenta con darle gracias al buen Dios porque le permite beberlo. En él la bestia concluye por absorber á la criatura racional, y bala ó grita de satisfacción ante el espectáculo del guisado caliente que la mujer aparta de la lumbre apenas llega el gañán de su trabajo. ¿Qué se le da á él saber cómo se forma el rocío? Lo importante es que caiga sobre las plantas. ¿Ni que la sociedad esté mal organizada? El hecho es que él come todos los días.

Dejadlo por piedad en su retiro, y no lo conturbéis con vuestras declamaciones generosas. ¿Qué vais á darle en cambio de su tranqui-

la felicidad de bestia? Dudas, ¿verdad? ¡Un principio morboso para que sus digestiones sean laboriosas y sus sueños intranquilos! Él come y bebe á diario; duerme á pierna suelta cuantas horas le vienen en antojo, y su mujer es una excelente máquina de parir y de criar chiquillos.

Por eso el obrero de mi época es mucho más infortunado que el de las épocas anteriores. Porque es un trabajador vidente á quien no se le puede aplicar la frase de Cristo de «tienen ojos, y no ven; oídos, y no oyen». Le han hecho la operación de las cataratas, y, yo os lo aseguro, una de las cosas á que aplican la mirada es á apostrofar al cielo cuando se les ocurre mirar á las alturas, quizá para averiguar por la posición del sol en el horizonte las horas de maldición, las horas de trabajo que le restan en dar por terminada la labor del día. Y los ojos le ayudan en la blasfemia.

Todavía he podido percibir por mí mismo la enorme diferencia que hay entre el trabajador de ahora, el trabajador de la época en que escribo este libro, y el de hace doce años solamente. Comenzaba á rumiar aquél su aspiración hacia la libertad, la igualdad y la fraternidad, y pedía la concesión de esos derechos

con la misma expresión adorablemente can-
dorosa con que se os aproxima un niño para
pediros una golosina ó un juguete. Sí: conti-
nuaba llamando *papá* al gobierno constituído,
quien quiera que fuera, González Bravo ú
O'Donnell; y como reparaba que el *papá* era
severo, que no daba ni con mucho lo que le
pedía, volvía llorosos y suplicantes los ojos
hacia la democracia, que por lo despilfarrado-
ra de promesas y gracias, venía á ser, á pesar
de su relativa juventud, una especie de *abue-
lita* del pueblo. La *abuelita* le prometía los
juguetes demandados para la semana siguien-
te, y luégo para la otra, y después también
para la otra; y, ¡claro!, el niño continuaba
siendo venturoso, sin otra molestia, por su
parte, que la de tener que continuar mamán-
dose el dedo á todas horas. Hacía poco que se
le había destetado y comía papillas; no podía
pretender más. La época de los alimentos fuer-
tes, de la carne asada, del jamón crudo, no
había llegado todavía. Entonces pedía refor-
mas políticas simplemente, y con eso ya estaba
satisfecho; mientras que ahora exige el repar-
to de la propiedad y la abolición de todas las
desigualdades, las políticas, las sociales, las
económicas, las religiosas, ¡hasta las que pres-

cribe é impone la naturaleza! La humanidad colocada entre dos planos paralelos, y sin que sobresalga ninguna cabeza una sola línea sobre las demás. Y como este resultado, esta absoluta nivelación de todas las capacidades, no es posible, grita, y se desespera, y patalea, y hasta se insurrecciona y hace sangre, allí donde los efectos de la propaganda revolucionaria son más musculosos, en Francia, en Bélgica y en Alemania. Aborrece con igual cantidad de odio á todos los partidos políticos, por decididos amigos del pueblo que se manifiesten, y llama traidores á los hombres que se contentan con pedir aquellas reformas democráticas que para honra de todos se les concederá dentro de poco, no el sol, la luna y los demás planetas, que á tanto no llega el poder de los humanos, por fuertes que se los considere. Eso aparte de que el sistema planetario no se guarda en el bolsillo como un pañuelo.

El pueblo de principios de siglo, por heroico que se manifestara de 1808 á 1814, era un pueblo brutal y canalla. Miraba con ojeriza á Carlos IV porque lo conocía débil, y con entusiasmo á Fernando VII porque lo presentía tirano; á Fernando VII, que demasiado joven

por entonces , ensayaba para el porvenir desde Aranjuez y el Escorial sus felicísimas dotes de asesino furioso , de parricida , de liberticida , de bestia alimentada con carne cruda. Han sido los primeros años del siglo , con guerra de la Independencia y todo , los años más malditos quizá de toda nuestra historia. Guerra de la Independencia contra Napoleón , que obedeciendo á la fatalidad histórica de que era auxiliar inconsciente , repartía el derecho moderno á cañonazos por Europa ; pero no guerra de la Independencia contra la monarquía y la Iglesia ; no guerra de la Independencia contra el envilecimiento de todos , los de arriba y los de abajo ; no guerra de sanificación contra la repugnante lepra que roía el cuerpo nacional desde las uñas de los pies hasta la mollera de la cabeza : la única guerra que en aquel tristísimo período podría la conciencia moderna encontrar bendita.

Se ha reconocido odioso el grito romano de *¡panem et circenses!* Pues la misma responsabilidad de infamia para los venerables muertos , nuestros antepasados , que deshonoraban hasta á la atmósfera encargada de transmitir la onda sonora , con el grito , ó el aullido , ó la exclamación de bestia , de bestia humana ; con

el grito, ó el aullido, ó la exclamación de *¡pan y toros!* — variante del en que gastaba los restos de su energía la Roma de la decadencia. — Yo digo que un pueblo que grita eso y que hace de los espectáculos bárbaros una institución, una institución sagrada, merece morir abrasado por todas las lenguas de fuego que cayeron sobre Sodoma, y que su territorio, después de devastado y yermo, debe ser sembrado de sal para que en él sea imposible la vida durante una porción de siglos; yo digo, en una palabra, que es una iniciativa generosa la de hacer desaparecer del mapa las naciones que deshonran á la especie humana, y que un pueblo que, después de haberse batido como una fiera para defender su santa ignorancia, sus terruños y sus cuevas, grita desaforado detrás de la carroza de su amo *¡viva la Inquisición!*, *¡viva el rey absoluto!*, *¡vivan las cadenas!*; un pueblo que presencia tranquilo en 1830 la clausura de las universidades, y en 1814 y en 1815 el restablecimiento de la Inquisición y el de la peligrosa cuadrilla de Loyola; un pueblo que ve en dos años, desde 1816 hasta 1818, *¡en sólo dos años!*, desaparecer todo su poder y toda su influencia colonial por la sevicia y la corrupción de sus administradores, por

la infamia moral y la miseria cerebral del amo, del imbécil Fernando VII: en 1816, casi todo el continente americano de un golpe; en 1817, Montevideo conquistado por el vecino rincón de Portugal; en 1818, las Floridas arrebatadas por la República americana; un pueblo que en 1823 se lanza al pillaje por los campos, ostentando, como especie de razón social, el título de serviles — ¡*serviles!*— en contraposición al de *masones, comuneros y anilleros* que habían adoptado los liberales; un pueblo que en el mismo año de 1823 permite la entrada — ¡aquí, en este sagrado territorio de la patria!— de innúmera legión de soldadesca francesa, de más de cien mil esclavos galos, enviados por Luis XVIII para el sostenimiento en la tierra ibera de la santa Inquisición y de la sagrada ignorancia, ocupación vergonzosa que, amén de otros costosísimos dispendios, sacrificó al erario patrio con el desembolso de 320 millones de reales; un pueblo que permite y defiende y sanciona todas esas vergüenzas, es un pueblo que podrá merecer bien de la barbarie, pero no de la civilización, de la cual, antes que de nada ni de nadie, nos proclamamos hijos, hijos aman-tísimos. Porque ¿qué vale, ni significa, ni representa la idea de territorio junto á la ide

a

de inmensidad? ¿Qué el concepto tísico de patria al lado de la idea de humanidad? Una porquería, una miseria. Y una porquería no tiene jamás el derecho de sublevarse.

Tuvo, pues, el pueblo su querido despotismo, y fué feliz. Ahora quiere libertad, igualdad y fraternidad, libertad, igualdad y fraternidad económicas; y como ni las revoluciones geológicas, ni las revoluciones sociales, se producen por decretos, y no es tan fácil improvisar una tempestad ó una revolución como un discurso, la canalla, la oclocracia, el elemento revolucionario radical de todos los países, se retuerce en movimientos febriles de desesperación, y acusa á sus capitanes de ineptos, porque no saben llevarlo á la victoria como ellos desearían, á marchas forzadas, de tal modo, que habiéndonos acostado una noche bajo el dominio de la monarquía ó de la república, de un sistema gubernamental cualquiera, nos despertásemos al día siguiente en pleno régimen anarquista, con la solidaridad económica por bases, y la federación de vocaciones y oficios por procedimiento.

Que cada cual hable en nombre del país en que ha nacido. Sostengo que el pueblo español de la primera mitad del siglo XIX era feliz, al

modo que lo son los bueyes que tienen buenos terrenos donde pacer, y sostengo también que trabajaba menos y hacía vida más bestialmente satisfecha que el pueblo de los demás países de Europa. Había hecho de su estupidez una coraza, y contra ella botaba, por admirable ley de refracción, lo mismo las inclemencias del frío que las del calor. Lo que la coraza no bastaba á rechazar era el latigazo del déspota en pleno rostro, ni el espectáculo insolente de la lascivia y la glotonería del fraile y del mandatario; pero cosas eran ésas tan corrientes, como que el sol apareciera todos los días en el horizonte; y además había criado callos en la cara y cataratas en los ojos. No era completamente sensible, y en esto tenía también una vaga semejanza con las piedras de la calle.

No producía nada el obrero de entonces: el laboreo del campo, sencillo como en los tiempos del patriarcado bíblico, y los menesteres y oficios rutinarios de la ciudad. No había industria nacional tampoco, á no ser que se dé este nombre de industria á la elaboración por las monjas de San Leandro, del Cister ó de la Trinidad, de los pastelillos rellenos y otras golosinas con que han extendi-

do su fama hasta nosotros. Alguna fábrica de bayetas en Antequera, de papel en Alcoy, ó de tejidos de algodón en Cataluña, era todo cuanto en orden fabril se producía en la Península. La avaricia del rey ó de sus ministros, no sabiendo, pues, de qué echar mano, no sabiendo sobre qué punta de alfiler fundar una nueva gabela, un nuevo arbitrio, sin dar importancia siquiera á las inicuas ocultaciones de propiedad que tanto contribuyen al estado permanente de *déficit* de nuestra Hacienda, extendió la mirada más allá de los mares, á nuestras riquísimas colonias ultramarinas, regentadas por arbitrarios virreyes como en tiempo de Las Casas, y envió á ellas, so pretexto de administración, verdaderas gavillas de ladrones, autorizadas para el pillaje y para el expolio, á partir ganancias con los directores de la política y la administración de España. ¡Es claro! Se agotó la paciencia de aquellas colonias, y emprendieron contra la metrópoli sangrienta lucha de emancipación, que hizo independientes á todos los Estados meridionales de América en poco más de dos años. Hé ahí por qué, la holganza sistemática de las clases productoras en España, fomentada y sostenida por el bodrio de los

conventos, ha sido, en mi sentir, una de las causas que han determinado la emancipación de nuestras antiguas posesiones del Sud de América y de los hoy florecientes Estados Unidos mejicanos.

Así y todo, el pueblo de entonces continuaba siendo feliz, porque seguía amarrado á *su* gleba y posando los pies sobre *su* terruño. Ya podía reventar todo el universo, que como la catástrofe no alcanzara á España, maldito lo que se les importaba á nuestros compatriotas eso, ni que la gente por ahí despertara á la nueva vida. ¿Había toros y manolas y conventos? ¿Había también rey absoluto, al que hacía guardia de honor á todas horas un buen escuadrón organizado de *serviles*? Pues había cielo también; y esta vida, esta triste vida humana, ofrece muchos puntos de contacto con la gloria, digan lo que quieran los sabihondos y los que quieren arreglar al mundo con arreglo á sus caprichos. La vida es buena, y un buen plato de gazpacho tiene un sabor delicioso que deleita á todos los paladares.

Éste era el criterio antepasado de los bra-ceros de antaño.

Pero, á partir del año cincuenta y tantos,

¡qué grande angustia! Se había erguido el espíritu nacional como un músculo que pide ejercicio, que se dispone á la obra, y una porción de hombres generosos se lanzaron, en una especie de resurrección del cristianismo primitivo, al apostolado de la religión democrática, por el campo y por la ciudad, á manera de misioneros del progreso, semejantes todos en que llevaban el signo del pensamiento vívido en la frente, y la palabra sublime de amor en los labios. Asaltaron cuantas conciencias hallaron al paso; y antes del año 68, diez años antes cuando menos, ya la revolución estaba hecha en los espíritus. Sólo que aquellos propagadores confundieron la generosidad con el despilfarro, y fueron demasiado dogmáticos—defecto propio de todos los apostolados—para dejar de ser platónicos hasta el delirio. No ha habido una sola doctrina, lo mismo política que religiosa, que haya dejado de ser socialista allá en el génesis de sus comienzos. La misma doctrina de Cristo, la más extendida de todas por nuestras civilizaciones occidentales, ha dejado caer con peso de muerte sobre la cabeza de los poderosos abominaciones y anatemas que, si le enajenaron las simpatías de los ricos, le atrajeran en cam-

bio la de los miserables—enemigos por instintos y horripilaciones nerviosas del capital,—haciendo inevitable aquella revolución religiosa, resplandeciente por contraste, sin embargo del tiempo transcurrido, á fuerza de la enorme acumulación de harapos que llegó á reunir en poco tiempo. —La democracia española tuvo durante su período de propaganda un fondo de socialismo tan marcado, que no pudiendo realizarlo allá en las esferas de la práctica el año 73, concluyó por matarla, apenas nacida á las entusiastas expansiones de la existencia. Y lo que creían lastre, se convirtió en peso que hunde. Un naufragio.

Le hemos quitado la creencia en Dios á la parte de pueblo que sabe leer, y le hemos rellenado en cambio la cabeza de frases y logomaquias casi míticas, importadas del tecnicismo metafísico que se usa en los libros y en las escuelas filosóficas modernas; lo hemos convencido de que vale tanto preocuparse de los problemas de la otra vida como de pensar en las musarañas, y estas seguridades nuestras lo han impulsado á no apasionarse de otra cosa que del íntimo contentamiento de su cuerpo, de la completa hartura de su estómago, de que el vientre se le redondee todo lo posible, y

de que el patrón lo haga trabajar seis horas en vez de ocho, ó cuatro en vez de seis. Ha perdido la costumbre de mirar á lo alto. De seguir así, es posible que á esos hombres del pueblo les salga un nervio junto al cogote, y que, como á los cerdos, les sea imposible levantar la cabeza para nada, teniendo que tirarse panza arriba en el suelo para ver el sol, con su hermoso disco ígneo, que parece cosa de fantasía.

Mirada la cuestión social bajo un punto de vista exclusivamente económico, resulta que no ha habido cambio más que en el precio de la producción, pero no en las condiciones de la producción. Los artículos de primera necesidad han encarecido notablemente, y todos los días se dibujan en ellos nuevas tendencias á la alza. El alquiler de las viviendas también ha tenido aumento considerable. Sólo el jornal del productor ha continuado sin variación sensible de progreso ó retroceso, petrificado en su tipo medio. El preciso tipo medio para que no reviente de hambre en medio de la carretera. Ha tenido, pues, que redoblar el esfuerzo de trabajo para ir prolongando la vida á cuartas y á palmos; y esta violencia, esta coacción moral, de todos los instantes, con que

él mismo se martiriza, lo empuja, fuera de su casa, á la taberna, y en su casa, á toda la serie de envilecimientos y degradaciones que forman el cortejo obligado de la miseria material, de la sangre empobrecida y de las panzas metidas hacia adentro.

Se ha resentido la constitución de la familia con este intolerable malestar económico. La madre, en las grandes ciudades, va al río á lavar la ropa; la hija á un taller, donde gana una peseta y pierde una pureza, en la promiscuidad de vicios aneja á las aglomeraciones de gente en una sala; con más frecuencia todavía al lupanar ó al vagabundaje por las calles.

En los pueblos y en las aldeas, la organización de la familia no es menos miserable. El padre se levanta del camastro al amanecer para ir al campo, frecuentemente acompañado de su mujer, y ya no vuelven en todo el día á la casa, hasta ya cerrada la noche. Quedan los hijos abandonados á sí propios, sin otra salvaguardia que la solidaridad de su común desgracia. Y apenas desarrollados, casi en estado lácteo todavía, sin sexo definido, ya se les obliga á que ayuden á sus padres en la odiosa lucha por la existencia con el trabajo de sus débiles braci-

tos, que arrancan hierbas medicinales y comestibles de los campos, en vez de solazarse con los dulces entretenimientos que son el más categórico derecho de la infancia: revolcarse como los pollinos y los animales jóvenes por el césped de los prados, y jugar á los arroyitos, á la gallina ciega, á lo que les da la gana, en el seno de la grande y próspera naturaleza, en constante ayuntamiento con ella.

La mesocracia, la *clase media*, como en lenguaje más corriente se la llama, es aún si cabe más desdichada, más miserable; recibe y sufre diariamente, por minutos, más cantidad de azotes que el tercer estado, que el mismo pueblo. La clase media española, sobre todo, es el Cristo ensangrentado y coronado de espinas, que cae tres veces con el madero á cuestras antes de llegar á fenecer en el suplicio. Puede decir también, mirando al cielo, como el hermoso reformador hebreo: «..... ¡Padre, padre mío!, ¿por qué me has abandonado?» —Tiene las miserias materiales de la clase obrera y las aficiones dispendiosas de la clase aristocrática. Es malaventurada, pues. De ella puede afirmarse, sin riesgo á equivocaciones, que come de vez en cuando. Sacrifica sus haberes á la ridícula vanidad del traje,

y se estrecha el cinturón un punto más todos los días.

No hablo de la aristocracia, porque esa clase social no necesita sino que se la extienda la partida de defunción para ser enterrada con todos los honores que corresponden á sus infamias y latrocinios de antaño, y á su sorprendente corrupción de costumbres de hogaño. Murió la aristocracia en Francia el día en que los representantes del estado llano hicieron abstracción completa de ella, congregándose, para sus deliberaciones y acuerdos, en la sala del juego de pelota en Versalles. Murió en España desde que se permitió el acceso á todas las alturas políticas y administrativas al pueblo lo mismo que á la clase media, ofreciéndose aquí el caso singularísimo de que todas las voluntades directivas del país, á partir del establecimiento del régimen parlamentario, son provinientes del pueblo y de la burguesía. Casi no queda aristocracia más que en Rusia. La aristocracia inglesa está formada en su mayoría de judíos enriquecidos en el tráfico de los negocios.

De este malestar colectivo, de este malestar de todos, ha partido el grande é irresistible movimiento pesimista de la época. Literatura,

artes, ciencias de abstracción, todo se resiente de este sudario de tristeza que nos cubre de arriba abajo, entorpeciendo la libertad de nuestros movimientos. La filosofía es positivista; la moral determinista; el arte rudo y atrevido, como si la nueva generación artística tuviera la misión de hacer con sus contemporáneos lo que los vándalos y los hunos con los pueblos afeminados y envilecidos que asaltaron para purificarlos. Todo es indicio de un renacimiento ó del despertar de una nueva época. Sólo que, por próxima que se halle, yo no podré conocerla, no podré manifestarme en su seno, porque voy á morir. Sin embargo, palpitando entre estas líneas, yo envío á esa nueva época, yo envío al porvenir mis ardientes besos de enamorado.

Creer en el porvenir, ¡bah!, ya es algo. Y yo necesito agarrarme á esa creencia para no morirme de pronto y del todo.

LIBRO TERCERO

LIBRO TERCERO

He nacido en Cádiz. Suprimo detalles de fechas y de nombres, porque no hacen al caso. Mi padre tenía treinta y cuatro años cuando yo vine al mundo, y mi madre veintiséis. Me marcaron en la frente el sello de la religión católica apenas nacido, y en la pila del bautismo me pusieron los nombres de Carlos, Fulano, Zutano, etc.; una atrocidad de nombres, con los que podría llenar toda esta página, porque á mi madre todos los del Santoral cristiano le parecían pocos para librarme de los peligros de la vida.

*
* *

Tan insignificantes son los primeros años de mi historia, y tan parecidos á los de todo el mundo, que no hago, en verdad, gran cosa con hacer de ellos merced al lector. Era mi padre rico, y fueron, de consiguiente, las pri-

meras iniciativas de mi educación escolar, mimadas con escrupulosos cuidados por profesores y bedeles. Pero á los ocho años entré en calidad de interno en una *pensión* francesa establecida en la capital por un noble polaco, proscrito voluntario ó forzoso al estallar la revolución en su país; y ese ostracismo de mi hogar á que me condenaron sin escucharme y sin compadecerme, ha sido quizá la primera iniciativa dolorosa—iba á decir sangrienta—de mi vida. Era como si de pronto, siendo yo gaditano, y estando hecho á la temperatura meridional de Andalucía, me hubieran obligado á vivir en la Siberia. No pudo ser, y recuerdo que la enfermedad de la aclimatación puso en grave riesgo mi existencia.

El edificio donde estaba establecida la *pensión*, como situado en una de las calles más estrechas y lóbregas de Cádiz—un verdadero callejón morisco, que parece mentira que condujera á una casa europea y no á un aduar moro,—era sombrío en el verano, y completamente fúnebre en el invierno. Recuerdo que muchas veces, á las dos de la tarde, teníamos que encender luz para atravesar los pasillos interiores. El aire respirable de aquel interior de tumba era pesado y húmedo como el de una

cueva. Cada muchacho, al entrar en las aulas de estudio, dejaba suspendido en el aire un buen puñado de miasmas, y podía tener la seguridad de volver á hallarlos todos al día siguiente, sólo que notablemente aumentados y corregidos. Sin embargo, aquel colegio, por su título de *pensión* francesa, y por el nombre bárbaro de su director, un nombre relleno de kk, de rr y de ww, que nosotros pronunciábamos *Rodoska* (Rodowska), era, por aquel entonces, el establecimiento docente más de moda en Cádiz; y así es que mi padre, después de haberse asesorado con la opinión de todos sus amigos, no vaciló un solo instante en inscribirme, como *interno* nada menos, en los libros de entrada del establecimiento.

Llevaba razón, en parte, porque la enseñanza que allí se recibía era la más completa de cuantas se daban en Cádiz. Una porción de asignaturas—*de libros*, que decíamos nosotros—explicadas por buenos profesores. Lectura y escritura, por de contado; escritura caligráfica completa, gramática, aritmética, geografía, historia de España y universal, doctrina cristiana—explicada por un catedrático del seminario conciliar,—dibujo, francés, equitación, esgrima y gimnasia. El lenguaje

oficial de la casa era el francés, y unos á otros nos dábamos el tratamiento de *confrère*. Al director le llamábamos *monsieur* con tal tono de solemnidad, que parecía como que le decíamos *monseigneur*.



Á pesar de mis ocho años, y previo examen, fui admitido en la clase de los *grandes*.

Los niños de mi edad que estaban también á pensión en el establecimiento, tomaron á mala parte el que yo estuviera más adelantado que ellos, y organizaron contra mí una especie de santa cruzada de envidia. Los otros, *los grandes*, no miraron tampoco con muy buenos ojos eso de tener por compañero á un *chabeita*, como decían en sus conversaciones, y me suprimieron mis nombres patronímicos, designándome siempre, entre sonrisas y cuchufletas protectoras, con el subnombre de *Pitusa*, haciendo referencia á lo poco que abultaba, á mi extrema delgadez y á mi poca estatura.

Sin embargo, todo fué bien hasta que un día el profesor de historia nos invitó—ya estaba para terminar el curso—á que eligiéramos épocas, para desde el día siguiente comenzar

á explicar en clase, cada cual con arreglo á lo que pensara y supiera, conferencias de historia; el buen hombre se proponía por lo visto hacernos artificialmente oradores, empleando como estímulo la competencia. Se llevó, si fué eso lo que se propuso, un soberano chasco, porque sus discípulos no dieron juego. Todos cerraban la boca apenas se les ordenaba que explicaran su conferencia; y aun me acuerdo de un desvergonzado de catorce años, que dijo textualmente al profesor «que él no hablaba porque no le daba la gana; que su padre nõ lo enviaba al colegio para que explicara lecciones ni de historia ni de nada, sino para que se las explicaran á él.....», y yo no sé cuántas cosas más, entre el escándalo de todos sus compañeros. El profesor, sorprendido también, no supo en los primeros momentos qué replicarle, hasta que, dominado su estupor, vino en la cuenta de que tenía sobre su mesa-pupitre una palmeta, y en uno de los cajones disciplinas, y yo no sé cuántos instrumentos más de suplicio. Aquel hombre se convirtió en aquel bestia, y se precipitó sobre nuestro compañero con el ímpetu que adquieren todas las sustancias pesadas cuando pierden su centro de gravedad. El niño que se sublevaba, que alzaba

pendón de independencia frente al poder constituido del profesor, recuerdo que era quizás el más antipático de la clase. Lo he visto muchos años después, completamente formado, convertido en hombre, y ha vuelto á impresionarme en la forma repulsiva de siempre. Pues bien: el hecho es que para impedir que el profesor lo maltratara, uní mi grito de insurrección y protesta al de mi compañero, creyendo, como he creído siempre en todas mis iniciativas generosas, que habían de secundarme los otros, la gente que me rodea y que como yo es testigo de una injusticia ó de una villanía cualquiera. Quedé dolorosamente desengañado. Y lo quedé mucho más todavía, cuando al salir del encierro á que me condenaron, ¡siete días de reclusión absoluta!, supe por el testimonio de mis camaradas que el otro, *el grande*, por cuya salvación yo me había batido, no estuvo en el calabozo sino escasamente cuatro horas, porque advertido su padre de lo que le pasaba, había ido á reclamarlo. ¡Y lo que son los eternos contrasentidos de la vida! Aquella injusticia de la suerte ó de los hombres, de quien quiera que sea; de todos modos, aquel especie de bautismo de sangre en que si mi dignidad de niño había salido

ilesa, mis ilusiones de toda la vida quedaban en cambio chorreando sangre, me impulsaron á la impenitencia y hasta á la revuelta, constituyendo ésa quizá la primer manifestación seria de mi destino.

Hubo entonces allí una cosa odiosa. Por instinto yo no creía al alma de los niños capaz de ser perversa. ¡Ah, un presidio regentado por niños mamones, imbuídos de su derecho, es un suplicio que no se le ha ocurrido á ningún soñador todavía! Yo lo he sufrido, sin embargo. Y desde el momento en que me apercibí que aquel instituto de enseñanza se había convertido para mí en lo que las casas de corrección son para los malhechores, en un castigo y hasta en una vergüenza, en una vergüenza irredimible, todas las actividades re-concentradas, pero furiosas, de mi alma, se dedicaron incansables á la penosa labor de hallar una puerta de salida que condujera á la libertad y á la honra, aunque para hallar esa puerta fuera preciso abrir boquetes con las uñas en todas las paredes y pasarse las noches en vela como los presidiarios, buscando los medios de horadar los muros del calabozo, sin herramientas por mi parte de que valerme, y hasta sin energías musculares en los brazos

para hacer uso de esas herramientas; pero ¿qué es la voluntad, la voluntad de un desesperado, sobre todo, sino el músculo-rey capaz de todas las proezas, de las de Hércules en la leyenda, ó de las de Palissy y Lesseps en la historia? Lo difícil en la vida es hacerse de voluntad, saberla convertir en organismo fuerte y bien templado; que lo demás, el proyecto más temerario, se realiza con el tiempo de un extremo á otro, desde el proyecto de convertir el vapor de agua en fuerza motriz, hasta el de hacer llegar la palabra humana, sin que pierda nada de su fonetismo y vibraciones, á distancias bárbaras y casi inconmensurables, desde un polo al otro del planeta.

Mi voluntad fué musculosa, porque conseguí lo que me proponía. Logré fugarme; una tarde de paseo deshice la fila de mis compañeros, arremetí furioso contra los que se oponían á la realización de mis designios; y fuera de mí, congestionado el cerebro, sofocado, chocándome el corazón contra las costillas como si fuera un péndulo, corrí anhelante, y sin otro itinerario que el que mi instinto me sugería, por todas las calles de Cádiz, hasta topar con mi casa y caer rendido sobre el primer asiento que hallé al paso, más fuera de mí y de

la vida, más extranjero de la realidad que los locos esos á los que ponen una camisa de fuerza para que no se maten. Me sobrevino, á fuerza de tanta irrupción de emociones, un ataque cerebral, que me clavó en la cama muy cerca de veinte días seguidos, y yo no sé, ni podré expresar nunca, la suprema alegría de que se me llenó todo el cuerpo el día primero que pude salir á dar una vuelta, apoyado en el brazo de mi madre, por el jardín de mi casa.

Quisiera en estos momentos ser un poco creyente de la gloria católica para tener el derecho de comparar á mi madre con un ángel. No puedo hacerlo, y tendré que contentarme, á este propósito, con decir de ella que era una mujer sublime.

Ni una sola vez se le ocurrió preguntarme por los motivos que me impulsaron á la fuga; trataba de hacerme olvidar los detalles de la tempestad que me había arrojado á mi casa, y volví á la salud, más por la eficacia de sus ternuras que por la de los mejunjes que me propinaba el doctor á todas horas.

*
* * *

Fué preciso, en vista de la antipatía que me inspiraba la idea, sólo la idea, de ir á otro

colegio cualquiera, hacer que viniera un profesor á casa. Adelanté mucho en mis estudios con el cambio de enseñanza, y al cabo de dos años ya estuve en aptitud de matricularme en el Instituto, la aspiración suprema de todos los estudiantes de primeras letras; y cuando, transcurridos tres años, me presenté una hermosa mañana en casa, portador de un papel en que se me declaraba oficialmente bachiller en artes, mi padre me dió en una de las mejillas uno de los besos raros que él acostumbraba, y me declaró, con una voz emocionada que yo no le había oído hasta entonces, que estaba satisfecho de mí.

—Has trabajado mucho en estos tres años pasados, y eso te da derecho al reposo. Desde este momento no quiero tratarte como á un niño, sino como á un hombre, y como á un hombre que merezca mis simpatías, que sea mi amigo. Vamos á dejar pasar todo este año en la tarea de que elijas tú mismo la carrera que más te guste; y una vez realizado eso, ya verás, ya verás tú lo que tardas en hacerte un hombre de provecho.....

Aquel año de espera fué mi perdición. Me pasaba los días enteros en una completa abstracción amorosa, contemplando al mar con

infinitas ternuras de enamorado; y cuando al caer de la tarde volvía á casa, no porque yo tuviera el bárbaro valor de volver la espalda á mi primer querida, á aquel soberbio océano, cuyas placideces y cuyas tempestades fueron durante muchos años la preocupación más seria de mi vida, sino porque mis estrechos deberes de hijo de familia me reclamaban en el hogar, ¡ay!, entonces dábame á buscar en todos los libros que hallaba á mano la palabra enigmática que el mar no había sabido revelarme. Recuerdo haber llegado más de una vez al éxtasis del pensamiento leyendo el *Emilio* y *La Nueva Eloisa*, de Rousseau; *Las Ruinas de Palmira*, de Volney; el *Quijote*, el *Lazarillo de Tormes*, y cuantos libros de cualquier género, buenos, malos y rematados, estaban al alcance de mi mano en la biblioteca de mi padre. Me embriagaba leyendo, y, como los borrachos que lo son por naturaleza, ahogaba las náuseas de la embriaguez con nuevas libaciones, sin llegar al hartazgo nunca. En medicina legal, este caso de locura, aplicada á los licores, se llama *dipsomanía*. Pues bien: yo me había convertido en un dipsómano de ideas, que es caso de extravío mental tan peligroso por lo menos como el que impele al

doliente á cometer abusos inmoderados en la absorción de bebidas espirituosas.

El mar, sobre todo, aun más que los libros, me atraía poderosamente. El ir y venir acompasado y rítmico de las olas, ¡qué fecunda contemplación para los espíritus que no han hallado todavía su orientación en la vida, y andan errantes y á tientas, tropezando contra todas las realidades enojosas, ciegos, completamente ciegos, á las doce del día y con dos hermosos ojos en la cara!

Allí fué, en aquella playa gaditana, que, tostada, batida por el sol, deslumbra á los ojos con los fulgores de un metal hirviente; allí fué donde, en una magnífica tarde de Septiembre, á tiempo que el sol se ponía, haciéndome evocar en voz alta los hermosos versos del *Relligio* de Víctor Hugo, comenzó á gestar mi espíritu, como comienzan todas las gestaciones, de un modo vago, el proyecto, y más que eso, la resolución formal, de mudar los horizontes sensibles de mi vida, de emprender la conquista del porvenir, de sentar plaza en el ejército de los que se pelean por la posesión de la gloria, y no la aceptan sino con la condición de que esté amasada con sangre de combatientes, con sangre de uno mismo si es preciso. ¿Qué es

lo que tenía que hacer para eso? ¿Alzar pendón de independencia contra mi propia familia si oponía resistencia á mis designios? ¿Batirme contra toda la sociedad si llamaba locura á mis proyectos? ¿Realizar en frío mi pensamiento, y huir de mi casa sin volver la cabeza atrás para volverla á ver una vez más en la vida? ¿No tener lágrimas en los ojos ni latidos en las sienas? ¿Arrancarme el corazón y echarselo á los perros como un pedazo de piltrafa inútil? Á todo estaba propuesto. Por lo demás, ya tenía una resolución; el primer término de la serie; fugarme de mi casa en busca de aventuras—yo no sabía cuáles;—de aventuras, quizás, que hicieran atraer sobre mi cabeza las miradas de todas las multitudes; ya es algo eso de tener una resolución, aunque esa resolución sea la de tirarse por el balcón de un quinto piso á la calle, para probar la vida con la muerte; y me tendí sobre la arena de la playa, rendido, abrumado de fatiga, mojada de sudor la frente, como si hubiera hecho, no por los mundos de la imaginación, sino por los de la realidad, una peregrinación muy larga; satisfecho de la vida y con proyecciones luminosas de aquel cielo gaditano dentro de mi alma.

Viví ocho ó diez días roído, deshecho por las más furiosas incertidumbres. Un perro que busca á su amo, y que no lo halla por ninguna parte, no es más desgraciado que lo que yo lo fuí, buscando obstinado y desfallecido la clave de mi destino por todos los espacios de mi imaginación, sin lograr topar otra cosa que con el vacío más desconsolador y más absoluto. ¿Qué hacer?, ¿qué hacer? Esta pregunta llegó para mí á carecer de sentido, de tanto repetírmela en mis monólogos eternos. Temí volverme loco; y sólo conseguía volver á la posesión de la realidad, haciendo grandes caminatas por las calles, recorriendo la población en todos sentidos, como un hombre que pide albergue y no se lo conceden en ningún sitio. Recuerdo que un día, el influjo de esa locura me llevó hasta el banderín de Ultramar, y que no llegué á sentar plaza en el batallón de voluntarios coloniales que en aquellos días se estaba organizando con destino á la Habana, porque me exigieron el permiso legalizado de mi padre, ó la fe de orfandad en el caso de que no tuviera parientes inmediatos, como aseguraba. Tasqué con rabia el freno de este nuevo inconveniente, y me entregué otra vez, y con el ardor de los días anteriores, á mis estúpidos

regodeos por las regiones del delirio. Indeciso, desorientado, terco en la posesión de mi manía, volví á preguntarme, ¿qué hacer?, creyendo quizá que con preguntarme eso lo tenía resuelto todo; sí, resuelto todo—¡y lo único que resolvía con aquellas cavilaciones era la constante y monótona infelicidad de mi vida!

En lo que no tenía vacilaciones de ningún género, en lo que no aceptaba rebeldías de mi voluntad, ni análisis de mi inteligencia, era en lo referente al porvenir, que era, según los propósitos de mi fiebre, mío, y muy mío; mío por ley de juro de heredad; y si esto no era bastante, mío por derecho de conquista. Estaba decidido á trepar á todas las eminencias y á dejar que dorara mi frente el sol de todos los países: propuesto á ser César y Víctor Hugo al mismo tiempo. César, para abatir á los poderosos, y Hugo, para ennoblecer á los miserables, para formar con ellos una simpática aristocracia.

*
* *

En una de aquellas tardes quedó resuelta toda mi vida. La tarde en que cogí una pluma, no para pintar un muñeco, ni para escribir inocente epístola de amor á la vecina de al

lado, sino para apuntar con el mayor vigor que me fuera posible ideas que llevaba en la cabeza solicitando tumultuariamente su derecho á la vida, y sentimientos que se estremecían con ansia por todos los órganos de la sensibilidad, manifestándome su impaciencia de traducirse en hechos. Hice un artículo—yo así lo llamaba—bien repleto, bien macizo de toda la fraseología picada de uso que se conserva en los viejos almacenes literarios, y se lo leí á mi padre, á mi madre, á todos mis amigos. ¡Oh, y qué pronto quedó hecha la luz en mi destino!—Ya estaba resuelto; ya supe lo que iba á ser: ¡adiós para siempre mis incertidumbres, mis dudas, mis exagerados terrores de sólo algunas horas antes!—Había, por fin, hallado la fórmula. Iba á ser literato. ¡Á la obra, pues!

Manché de letras incalculable número de resmas de papel antes de resolverme á entregar mi nombre á la publicidad, hasta que por fin.....;—¿qué valen los sobresaltos de la desposada al sentir el aproximamiento de la virilidad al lecho, ni el horror instintivo con que asiste el soldado bisoño á la primer escaramuza militar en que toma parte, junto á la emoción, que interrumpía en mi cuerpo todos los fenó-

menos fisiológicos de la vida, con que me acerqué al director de uno de los periódicos de la localidad, para rogarle — con el mismo tono con que se pide una limosna «por amor de Dios», — para rogarle la inserción del artículo que alargaba con mis manos temblorosas á las suyas de jornalero de las letras, mientras que le hacía allí mismo, en la redacción, á presencia de todos los redactores admirados, infinitas protestas de agradecimiento eterno?

Y ¿qué vale tampoco nada de esto, junto al placer que experimenté al día siguiente, cuando al recibir el periódico vi mi nombre, ¡mi propio nombre!, admirablemente impreso en hermosos tipos elzevirianos, al pie del artículo con que yo creí que desde aquel momento iban á abrirse para mí de par en par las puertas de la gloria?

Carlos Alvarado y Rodríguez: me produjo leerlo efecto de deslumbramiento. Si llego á poner más nombres, me quedo completamente ciego. Sin embargo, yo hubiera deseado estampar todos mis apellidos, para que nadie pudiera dudar de que el artículo aquel, aquel pedazo de gloria, era mío, y exclusivamente mío. Una propiedad tan sagrada como la del chaleco que llevaba puesto, y aun más sagrada

todavía, porque el chaleco lo había hecho un sastre, mientras que el trabajo literario aquel lo había hecho yo mismo.

Me entregué con pasión al vicio de la literatura inofensiva. Publiqué fragmentos de epopeya elogiando la nariz ó los pies de Fulanita ó Zutanita, y seguidillas cantando rabiosamente las excelencias de la libertad. Sólo cuando llegué á la hartura moral y material de aquella acumulación de disparates; cuando hube reunido un montón de tonterías impresas, alto como una pirámide egipcia, fué cuando vine en la cuenta de que todo aquello, con dar tanta fama—yo me había hecho de mi pedazo de popularidad en Cádiz y en veinte leguas á la redonda,—no valía la pena de ser escrito. Y renunciando de una vez para siempre á la explotación de la imbecilidad humana, consagré todas las energías de que era susceptible en aquella época á escribir una obra seria que consagrara ó aniquilara de una vez mi naciente reputación literaria. Me propuse llevar calor de mi sangre y electricidad de mis nervios á todas las páginas de esa obra, de *mi obra*, haciéndola de tal modo humana, que pudiera palpitar entre las manos del lector con los estremecimientos de vida de los libros

tallados para la inmortalidad..... Y cuando la hubiera terminado, hacerla imprimir en Madrid, para que llevara el sello todopoderoso de la corte; y marchar á ella; y llegar á ser un nombre ilustre más, de la lista completa que yo me había aprendido de memoria.....

¡Las audaces construcciones de los diez y seis años!

.....*Giuventù, primavera de la vita!*

LIBRO CUARTO

LIBRO CUARTO

Me lancé á la acción; llegué á compenetrarme con ella. Había llegado el momento definitivo de la pelea. Desde aquel punto, y por un efecto de hipnotismo particular, que luégo me ha sobrevenido con frecuencia en la vida, fui, durante una porción de meses seguidos, voluntad y cerebro desde los pies á la cabeza. Ahora pienso, cuando evoco esos recuerdos, que tal vez la voluntad pueda tener en determinadas ocasiones la misma fuerza de ponderación que el genio, y que andando el tiempo, puestas en movimiento todas las ciencias de aplicación, abiertos á pico ante los ojos del pensamiento los horizontes en que el porvenir se está cuajando quizás en estos mismos instantes, descubierta una medicina nueva, una física nueva, una química nueva también, sea posible—¡quién sabe!—hacer talentos artificiales, convirtiendo de ese modo en viable la teoría pseudorevolucionaria de la igualdad

absoluta de capacidades y aptitudes. ¿No ayuda el sol, en la misma proporción luminosa, á todos los ojos que se abren para ver? ¿Por qué no ha de ser posible que, como puestas de acuerdo, se combinen todas las fuerzas naturales para ayudar al hombre en su tarea de pensar?

Parece que esta pregunta puede formularse desde el momento en que han existido hombres que, con más obstinación de carácter que con verdadero talento, han logrado abrir fistulas artificiales á las montañas en todas direcciones, y aun arrancarlas de cuajo si ha sido necesario.

Me entregué al laboreo del pensamiento; hice de mi vida lo que el minero de la suya: sumirla en profundidades muy hondas, á ver si lograba arrancar con mis manos un pedazo tan grande como me fuera posible, de cualquier metal precioso; y conseguí ahondar tanto en mis audaces meditaciones, llegar y recorrer zonas tan inexploradas por los otros trabajadores que me acompañaban ó me habían precedido en la explotación de la misma galería; pensar, analizar, inquirir en un tan soberano desprecio de todos los accidentes materiales de la vida, que al cabo de poco tiempo

volví á subir á la atmósfera respirable con ideas bastantes para llenar apretadamente las páginas de veinte libros. Decididamente yo tenía extraña vocación al sacrificio.

Escribí un drama, luégo una novela, después.....; sí, ¡ir á preguntarle á un hombre abrasado por la fiebre cuántas pulsaciones tiene por minuto! Llené de papeles escritos, á los que denominaba obras literarias, un baúl hondo y largo, de esos que llaman *mundos*, y descansé de la primera parte de mi proyecto, pero para dedicarme con mayor empeño si cabe, de todos modos con más fuertes alientos, á la tarea de buscar medios para realizar en todas sus partes mi propósito de trasladarme á Madrid. Estaba decidido á fugarme de Cádiz, á escaparme de mi casa si mi padre no autorizaba mi descabellado propósito de aventuras, y recuerdo que estuve vacilando no sé cuántos días antes de resolverme á solicitar la permisión que necesitaba.—Aguardaba la negación, la creía inminente, y hasta llegué á pensar si, para hacerme desistir de mi propósito, llegarían á la violencia de pegarme con un palo, de castigarme todos los días después del almuerzo haciéndome hincar de rodillas sobre el suelo, con los brazos en cruz, como yo me

acordaba haber visto á muchos compañeros en el colegio. Figuraos. ¡Un novelista, un autor dramático, castigado á pan y agua por su papá, relegado á las últimas habitaciones de la casa, si no consentía en ser bueno y en acatar hasta sus últimas consecuencias los estrechos deberes que van anejos á la cualidad de hijo de familia!

Tuve que decidirme, sin embargo; rogar, suplicar, llorar, ofrecer garantías de que no había de morirme en Madrid, aun viviendo solo; tirarme al suelo y entregarme á una de esas rabietas soeces con que los niños maleducados tratan de imponer sus caprichos á la gente que los rodea....., y hasta amenazar á mi familia con que me mataría si no me dejaban satisfacer mi improrrogable deseo de marcha.

—Pero ¿es que estás mal á nuestro lado? Á tu edad, y solo, solo con esa abrumadora soledad de las grandes ciudades, ¿crees que vas á ser más feliz que en tu casa? Piénsalo bien. Á tus años comienzan á ser injustificadas las puerilidades. No quiero oponer resistencia á que, cualquiera que sea tu vocación, se realice, sobre todo si esa vocación es honrada. Pero no tienes todavía edad ni condiciones para poderte emancipar de tu familia. No quisiera que

llegaras á arrepentirte de lo que piensas.....

Y una porción de consideraciones, que ahora cuando las evoco las hallo tan admirables, como en aquella época, cuando me las formulaban, me parecieron rutinarias y egoístas, repletas, rellenas del más antipático egoísmo. Odiosas.

Pero nada de resistencias como temía. Sin obstáculos, sin inconvenientes, sin un guijarro que entorpeciera mi marcha en la horrible carretera extendida ante mi vista en toda su lorgitud medrosa; fácil y naturalmente; como sólo la desgracia sabe crecer, extenderse en todas direcciones, hacerse monstruosa, sacudir furiosamente sus tentáculos por to lo el espacio inmenso hasta hacer presa; como sólo la desgracia sabe desarrollarse en este triste mundo.

¡Ir á Madrid, vivir en Madrid; no ser un oscuro provinciano embrutecido en la tarea de poner en circulación los chismes de la localidad; pertenecer á la redacción de un periódico de esos cuyas afirmaciones y doctrinas constituyen capítulo de fe para los que las leen á veinte kilómetros de distancia; formar parte también de los Ateneos y Academias que ilustran en todas las cuestiones la opinión de España;

hacerme amar de una de esas duquesas cuyos fáciles amores habían sido la comidilla constante de mi imaginación, cuando mi imaginación le pedía jugos prestados á las de los novelistas á destajo que entonces se estilaban en España, sin otra misión que la de difundir mentiras por todos los espacios poblados en que se hablara lengua castellana; tomar activa y musculosa participación, toda la que me fuera posible, en las batallas constantemente renovadas del pensamiento contra la barbarie, de los espíritus emancipados contra las panzas esclavas; ir al Congreso de los Diputados todas las tardes, al Ateneo Científico y Literario todas las noches, á la Biblioteca Nacional todas las mañanas; saber por el testimonio de mis propios ojos cómo es la librería de Fe, si es un salón muy amplio, artísticamente decorado, como yo me lo figuraba, ó una librería cualquiera, un almacén de libros, mejor, de esos que me sabía de memoria, por haber dejado en ellos montones de tristeza siempre que en Cádiz me asaltaban las melancolías y las desesperaciones del porvenir, haciéndome salir escapado de mi casa para pedir consuelo y olvido á las heterogéneas impresiones de la calle. ¡ Todo eso y mucho más, mu-

cho más—..... ¡la fantasía trotando por los espacios del delirio como un caballo furioso!,— iba por fin á verlo realizado!—¡Ah Madrid, Madrid, solapada ramera, cuántas ilusiones seduces, atraes sobre tu seno, de todos los extremos de la patria, para darte luégo el placer de exprimirlas, de dejarlas exhaustas, y de tirarlas adonde no vuelvan á incorporarse nunca, rendidas para siempre! ¡Cisterna, antro, sima, que mientras más devoras, más sientes aumentarse tu apetito!—Pues bien: ¡yo te he amado!

LIBRO QUINTO

LIBRO QUINTO

Los preparativos de marcha fueron obra de algunas semanas; no quiso mi madre dejarme marchar de cualquier modo, y me equipó de ropa lo menos para tres ó cuatro años, como presintiendo futuras penurias de carácter crónico. Recuerdo que en los días que precedieron á mi marcha no se ocupó de otra cosa todo el elemento femenino de mi casa que de completarme el equipaje con el mismo escrupuloso cuidado de si en vez de irme á Madrid me fuera á San Petersburgo, ó de si en vez de ser un hombre, y un hombre que va á batirse contra la suerte, me hubiera convertido por ley de magia en una doncella próxima á contraer matrimonio, y á la que, por razones de economía, se le hace el *trousseau* en casa, en vez de mandárselo traer de la corte ó del extranjero.

Lo cierto es que mi viaje—yo miro la cuestión ahora desde una gran altura,—lo cierto

es que mi viaje tenía mucho de desposorio. ¡Iba á casarme con la adversidad, que me aguardaba en Madrid con ansias de enamorado! ¡Iba á casarme, sí, á casarme con ella, y nuestro lazo de unión, férreo y bien apretado, iba á ser eterno é indisoluble por toda la vida! ¡Por toda la vida!

¡Madre mía! Madre. Madre. Ha querido la suerte que yo sea el primer tripulante de tu barca que ha caído al agua. No me empujó nadie, me tiré yo solo. Creísteis que sabía nadar, que podría ganar la orilla de enfrente; sabíais que yo no quería continuar embarcado, que si me arrojé fuera de la embarcación fué para desertar, y no disteis, de consiguiente, el grito de alarma, ¡un hombre al agua!, que acompaña generalmente á las sombrías desapariciones de los hombres de mar. Hace mucho tiempo de eso, ¿verdad, madre?—y, sin embargo, no he podido ganar la orilla, posar la planta de mis pies sobre un punto de apoyo cualquiera, ser un hombre salvo. Continúo nadando, braceando, sin fuerzas ya para mirar á la costa, que se ostenta impasible ante mis ojos, siempre á la misma distancia, como si los movimientos frenéticos de mis brazos y de mis piernas, como si la eterna convulsión

de todo mi cuerpo, no me dejaran avanzar un paso. Soy, pues, continuó siendo, un náufrago cansado.... —Y voy á cruzar mis brazos sobre el pecho, voy á dejar que hagan de mí las olas lo que quieran. Acaricio con amarga voluptuosidad la idea de mi próxima é inevitable muerte. Pero, ¿verdad, los que leáis este libro, que no me queda más recurso que ése?—Tengo sobre mi mesa una buena botella de vino añejo, y quiero paladearlo, á tiempo que encarándome con la vida, la llamo.....—No, no es eso. Sería injusto tirarle un apóstrofe á la vida. La vida es buena y es bella. Son los hombres, es el ser humano quien se encarga de hacerla odiosa. Y hasta tal punto la humanidad es imbécil, que no se le puede pedir cuenta, exigir responsabilidad, de lo que hace ni de lo que deja de hacer. Mata con la misma lógica del rayo, y se estremece en revoluciones con exacta posesión de conciencia que un terremoto. Irresponsable y absurda.

LIBRO SEXTO

LIBRO SEXTO

Llegó el día de la marcha, que todas las prórrogas humanas son mortales y tienen su cumplimiento y su término. Desde tres días antes del designado para partir no conseguí cerrar los ojos en toda la noche. Los abría muchas veces hasta desencajarlos, para ver, allá en el fondo de mi dormitorio, donde los manojos de sombras parecen más apretados y más espesos, proyecciones luminosas semejantes á puntitos de luz, que se le antojaban á mi fantasía como constelaciones de un nuevo mundo estelar que brotaba del fondo de mi alcoba para festejarme—¡quién sabe por qué!— por el buen éxito de mis reclamaciones; porque me iba á Madrid; porque estaba ya completamente formada la vorágine que había de tragarme.

No tuve que despedirme de nadie. Algunas familias afectas á la mía, y nada más. Con el mar ya hacía tiempo que había roto las relaciones.

Expresar, tratar de expresar sólo, lo que pasó por mí en el instante de montar en el coche que había de conducirme á la corte; intentar extender sobre esta página las palabras suficientes á la descripción de los sentimientos que alborotaban é interrumpían todas las funciones fisiológicas de mi organismo durante los solemnes momentos de despedida con que mi familia y algunos amigos me ofrecieron manifestación de cariño, que yo no he podido recordar nunca sin angustia inexplicable de tiernísimo reconocimiento; repetir las cosas en que pensaba, ó las palabras que me decían; querer pintar con frases lo que con pinceles y pastas de colores no podría ser trasladado á un lienzo, grande como de aquí á la Meca; hacer un proceso clínico de lo que le pasaba á mi cuerpo, ó un examen psicológico de lo que ocurría á mi espíritu; lo más sencillo, lo más nimio, lo que por su poquedad esté más al alcance de todas las inteligencias, pues eso, eso mismo, yo no podría describirlo; y evocado por mí ahora, desde el abismo de angustia en que estoy sumido, se me aparecen esos detalles, grandes é inaccesibles, como las más altas eminencias de los Andes.

LIBRO SÉPTIMO

LIBRO SÉPTIMO

Parecida á una nubecilla blanca, quedó flotando en el andén la mancha viva con que los pañuelos de mis amigos me enviaban una última y suprema despedida al ponerse el tren en marcha. Se deslizó después furiosamente por sobre las placas giratorias colocadas á la entrada de la estación; silbó con silbido persistente y lastimero; nos acomodamos cada cual en nuestros asientos de modo de estar lo menos incómodos posible, y allá se fué, allá se fué el tren, con su carga humana dentro, echando chispas por esos mundos de Dios, y paseando altanero su barriga férrea, bien repleta de hulla en combustión, casi al nivel del suelo por todo el espacio que señalan los rails extendidos á lo largo del camino, tempestuoso y tranquilo al mismo tiempo.

*
* *

Los primeros momentos de un tren que se dispone á partir ahogan siempre el espíritu de

observación de que todos, por regla general, nos proveemos, antes de emprender un viaje.

Campoamor ha expresado en verso lo que ningún literato del mundo ha sido capaz de decir en prosa; circula por todos los centros de cultura del universo un poema suyo, que yo me sé de memoria, titulado *El tren expreso*, en que talla de un modo tan admirable las ideas, que hasta á los seres más vulgares se les ocurre sin acertar á darles forma, en los instantes que preceden á la salida del tren, que parece como que esas ideas toman forma tangible; y esto de un modo tan completo, que nos dan ganas de estrecharlas y calentar nuestros corazones con sus efluvios. Esas ideas, esos conceptos, esas sublimes imágenes, de tal modo han llegado, á fuerza de leerlas y releerlas, á serme propias y familiares, que yo vacilo en describir mis primeras impresiones por temor de usar inconscientemente pensamientos y frases cuya paternidad, desgraciadamente, no puede corresponderme.

Hasta diez minutos lo menos de ponerse el tren en marcha no me pude dar cuenta de ningún accidente, de ningún detalle de los que me rodeaban. Pero cuando volví á la realidad, cuando volví á la plena posesión de mis senti-

dos, y tuve ojos para ver y orejas para recoger sonidos, entonces sí, entonces pude aperebirme, animado de una voluntad de observación poderosa, en primer término, de que no iba solo, y en segundo, de que iba mal acompañado. En uno de los ángulos del coche, un clérigo, cuyo equipaje de mano casi llenaba el vagón que mi suerte me deparaba; en otro de los ángulos, un señor de fisonomía hinchada, usufructuando con toda la extensión del cuerpo el diván que hacía frente al que yo ocupaba, con la pintarrajeada gorra de viaje echada hacia adelante hasta ocultarle los ojos, y la boca abierta para dar salida á innúmeros ronquidos, cadenciosos en su extraña armonía, como el compás de una música canallesca.

*
* *

Aproveché la primer estación en que el tren se detuvo algunos minutos, para apear-me de aquel coche y entrar en otro, en el primero donde columbré, al vuelo, porque no podía ser de otra suerte — el tren se había puesto en movimiento, — algo de ese eterno femenino que había constituido para mí una de las más grandes ilusiones del viaje

en los días que lo precedieran. Yo había visto frecuentemente, al ir á recibir en Cádiz á alguno que viniera de fuera, saltar de los coches de primera y de segunda lindas jóvenes ataviadas con trajes de *touristes*, cubiertas la cabeza con sombreritos de velo, y con un aspecto de debilidad tan delicioso, que, ¡palabra de honor!, viéndolas, daban ganas de cogerlas en brazos para trasladarlas de un golpe desde el vagón hasta el suelo. Pero no eran, no, de ese género mis compañeras de viaje. Insignificantes y vulgares, hasta el punto de no merecer la descripción ni el recuerdo. Una familia de empleados, una especie de tribu bohemia de la clase administrativa, viviendo á salto de mata por toda España, sin llegar á constituir en ninguna parte domicilio fijo, dependiendo su mayor ó menor permanencia en las poblaciones que recorrían de las voluntades ó los caprichos del señor ministro.

El viaje fué, pues, monótono y pesado, como un libro sin argumento. Aguardaba en todas las estaciones con impaciencia, asomándome á las ventanillas del coche, dirigiendo conjuros á lo desconocido con toda la fuerza de mi voluntad, aguardaba que mi bella des-

conocida hiciera su aparición en el departamento de primera que yo ocupaba; confiaba en que vendría, con toda la acumulación de fe de un visionario; y puedo jurar, ahora que analizo y proceso todas las impresiones de mi viaje, que si llego á ver montar en el estribo del coche en que iba una mujer cualquiera, alta ó baja, rubia ó morena, pero á condición de que fuera elegante, de que llevara sobre la cabeza una de esas gorritas de seda, sin otro adorno que una pluma de colores brillantes en uno de los lados y un velo de gasa blanca para preservar graciosamente á los ojos de las irreverencias del aire y de las chispas de hulla que escupe la chimenea del locomóvil, hubiera saludado la entrada de esa mujer con tan grande alborozo de mis entrañas, que su aparición hubiera sido para mí cosa de apoteosis. Como si hubiera bajado todo el cielo para envolverme en sus magnificencias.

No acudió en ninguna de las estaciones del tránsito la mujer soñada á la cita que le había dado mi deseo. Y obseso por esa idea, que me mordía en el pecho con la fuerza de un desengaño, insomne, abatido, falto de todas las enterezas que se exigen para el combate,

casi vencido antes de haber luchado, me dejó el tren en Madrid, inconsciente de cuanto me rodeaba, disgustado de mí y de los otros.

De todos modos, era tanta mi impaciencia por conocer á la gran ciudad, por saturarme de ella, que di orden al cochero de que me pasara á su guisa por los sitios más concurridos y céntricos, cuyos nombres me sabía de memoria, la Puerta del Sol, la Carrera de San Jerónimo, la calle de Alcalá, la Mayor, el paseo de Recoletos, el Prado, sin otra limitación á los poderes dictatoriales concedidos que la de que hiciera parada y me avisara al llegar á la Puerta del Sol, cerebro y corazón, todo junto, y qué sé yo cuántas cosas más, de la muy ilustre villa.

Era la noche en que llegué una de Julio, estrellada y serena. El día había sido bochornoso, y la buena gente de Madrid se había salido de madre, acampando en toda la extensión de las aceras, como animales que temen asfixiarse en el interior de sus guaridas. Y aquel vivaquear salvaje de parte de la población, en plena vía pública, daba á la capital de España y de sus Indias el tristísimo aspecto de una ciudad asaltada en las tinieblas de la noche por un ejército de hampones que descan-

saban de los empeños de la acción en el arroyo de la calle, con el aspecto insolente de vencedores satisfechos. Sí, tribus de hampones parecían aquellos miserables en mangas de camisa, á los que el buen orden social de nuestros tiempos incompletos negaba el oxígeno indispensable para la combustión de la sangre y el funcionalismo normal del corazón y de los pulmones. Una canallada.

Anduvimos errantes sobre el empedrado madrileño muy cerca de tres horas, sin que pareciera darse por entendido el del pescante, y yo por mi parte llamándome á engaño, teniendo precisión de rectificar los juicios entusiastas que de Madrid tenía formado, á cada nueva calle que recorríamos, hasta dar por fin con nuestros cuerpos, por obra y gracia del jaco melancólico que tiraba del equipaje, en la Puerta del Sol. Tuve necesidad de que me repitiera tres veces el auriga que aquella especie de cochera, angustiosa y mezquina, era la Puerta del Sol, para que le diera crédito, porque al principio creí que se burlaba de mi inexperiencia de provinciano. Salté sobre uno de los peldaños de la fuente central, y desde allí saludé á Cádiz, á mi familia, á mis amigos, enviándoles á todos, con el pensamiento,

un beso vivo, en que había más cantidad de pena que de alegría.

— ¡Á la calle de la Aduana! ¡ Al número 26!

Dije esto con la misma emoción con que podría haber dicho:

— ¡ Madre mía!, mira lo que me pasa. Me engañan. Me han engañado.

Y la primer exclamación que se formó en mi pecho, y á que dieron salida mis labios, apenas me vi solo en la habitación que desde aquella noche iba á ser *mi cuarto*, fué concisa y brutal, como un puñetazo en pleno rostro—
.....Madrid: ¡ si sólo por haber llegado á él ya me siento más chico por dentro y por fuera!

LIBRO OCTAVO

LIBRO OCTAVO



Á las siete de la mañana del día siguiente ya estaba yo en la calle provisto de una *Guía* y de un plano de la ciudad, y decidido á recorrerla en todas direcciones hasta que las piernas se negaran á sostenerme. Vagué al azar por todas las calles que me encontré al paso, con tanta energía en mi propósito de ver á Madrid, que cuando me retiré á casa ya había aprendido que, salvo alguno que otro edificio realmente notable, la corte de España más aspectos ofrece de poblachón de Castilla con aspiraciones de gran ciudad, que de otra cosa cualquiera. Aprendí además que lo que me pasaba no tenía nombre, que era incalificable de puro canalla: todo el mundo me había engañado. Había oído decir en mi provincia que los madrileños miden sus calles por kilómetros, y me encontré con que, salvo alguna que otra vía central, muy pocas por cierto, las otras calles, cuesta arriba y cuesta abajo, con raquí-

ticos edificios enjalbegados de roña á ambos lados de las aceras, eran más dignas de un poblacho bárbaro y atrasado que de la corte de España; me habían dicho que las aceras de las calles en Madrid eran tan anchas que permitían cómodamente el tránsito de todo un regimiento, y me encontré con que para circular con un poco de independencia tenía necesidad de hacer mi caminata por en medio del arroyo, expuesto á cada instante á ser atropellado por el sinnúmero de equipajes que ruedan altaneros, sin tener para nada en cuenta al transeunte á pie, por el empedrado madrileño; me habían asegurado también, y lo había leído, que Madrid, no sólo era la metrópoli oficial, sino también la capital de la elegancia, y hallé en mi primer día de vagabundaje por las calles más *cursis* de una sola vez, en pelotones casi organizados, que había visto en toda mi vida. Lo que sí me impresionó agradablemente, hasta el extremo de conmover rudamente todas mis sensibilidades, fué la belleza picaresca de casi todas las mujeres que me encontré por la calle y la estudiada languidez con que movían su cuerpo para la locomoción. Tan admirable me pareció ese artístico fingimiento, que de buena gana hubiera aplaudido con las dos manos,

como en el teatro. Expresa el estado de mi ánimo y la primera impresión que me hizo Madrid la siguiente carta dirigida á un amigo de Cádiz diez ó doce días después de mi llegada á la corte:

« Ya llegué, Adolfo. Mira, te estoy escribiendo casi desde el centro matemático de Madrid. No te he escrito antes porque tenía ansia de ver esta ciudad, de recorrerla en todas direcciones, de formar parte integrante de su población, de estudiar sus costumbres y aspirar á pulmón batiente la misma atmósfera que ha encendido la sangre y ha fortalecido el cerebro de nuestros artistas, de nuestros pensadores y de nuestros políticos. Especialmente en los primeros días de mi llegada, la idea de que cualquiera de los átomos de aire que aspiraba hubiera pasado antes que por mis pulmones por los de cualquiera de los hombres que yo admiro sin limitaciones de entusiasmo, me conmovía profundamente, haciéndome sentir de un modo soberano los éxtasis que deben acompañar á la completa posesión de la gloria. Figúrate. ¡ Llevar en mi cuerpo de un modo íntimo, soldado, confundido con él, contribuyendo á constituirlo como tal organismo material, elementos químicos que habían formado parte del cerebro

ó del corazón de Castelar ó de Echegaray, chispas de su pensamiento, y hasta quién sabe también si lóbulos cerebrales del orador y del dramaturgo, disueltos en el aire por la furia de transformación que preside y domina á los movimientos todos de la materia! ¡Casi la posibilidad de poder ser tan grande como ellos!

»No sé por qué creo hallar por todas partes adonde dirijo la vista probabilidades de triunfo. Á pesar de que mi espíritu está triste, porque la impresión que me ha hecho Madrid es melancólica, adivino y casi veo el porvenir al alcance de mi mano. Momentos tengo en que me figuro que ha de bastarme alargar el brazo para cogerlo. Otros, pero ya éstos con bastante menos frecuencia, en que me considero perdido para siempre. ¡Para siempre! ¿Concibes tú algo más odioso que una eternidad cualquiera, aunque esa eternidad sea de gloria?

»Vi ayer á Pepe. Me lo encontré por casualidad en la calle. Me dijo que ganaba mucho dinero escribiendo en los periódicos, y que estaba relacionado con los hombres más notables de la corte. Le indiqué mi deseo de que me presentara á algunos de ellos, y él me lo ha prometido para uno de estos días. Luégo me pidió prestados cinco duros, y.....—No sé, pero

creo que ese antiguo amigo de la infancia, á quien continúo viendo con su aspecto cándido de niño, con la misma expresión, un poco azorada, que tenía hace diez años, ha sido capaz de engañarme, de ver en mí lo que muchos miserables tienen la bajeza de ver en la criatura racional: un objeto de explotación; creo también que el aire de Madrid le ha envenenado la sangre, convirtiéndole en malo. ¡Es mucha cosa ésa, señor, de que sólo los imbéciles puedan ser completamente buenos en este triste mundo!

► Me han enseñado á Campoamor por la calle. Parece un niño muy simpático con patillas blancas; y á pesar de lo que he leído en algunas semblanzas que le han hecho, hay genio y distinción indudables en su figura. Lo he seguido, para apoderarme de su fisonomía, por todas las calles que le vino en antojo recorrer, y lo he estado aguardando más de una hora á la puerta de una librería en que hizo estación, hasta dejarlo en su propia casa, según me he informado después, en una plaza en que hay un palacio muy grande para que se reunan los diputados y una estatua muy chica, la de Cervantes, para simbolizar la más eterna de nuestras glorias nacionales.

»He conocido también á Núñez de Arce, que es un hombre bastante chiquito, con cara de estar muy enfermo del estómago. Á Castelar no lo he podido ver todavía, porque no quiero presentarle la carta de recomendación que para él tengo sino después de publicar en *El Globo*, si es posible, un artículo cualquiera que me sirva de acompañante en casa del grande hombre. Á Echegaray lo he seguido ya desde su casa al Ateneo, ó al teatro Español, una porción de veces. Ya te haré una semblanza extensa de todos ellos cuando los vea más de cerca y me acostumbre á mirarlos á la cara.

»Voy á concluir con esta carta, antes de que ella concluya con tu paciencia y con la mía. Adiós, Adolfo: cree en mi amistad como yo creo en tu cariño y en el de todos.»

Nada más, pero ya es bastante para juzgarme. — Tener diez y ocho años, y un alma fresca y grande, abierta á todas las expansiones generosas; decir «la gloria» con la petulancia del que afirma un hecho averiguado; creer sin haber todavía vivido, más bien por instinto que por razonamiento; creer ciegamente en la virtud y en el cariño de todos; ser niño, completamente niño, más que por la edad, por el optimismo de mis juicios, y figu-

rarme una especie de malvado, incapaz en mis maquinaciones de ningún género de misericordia; llevar enormes acumulaciones de amor por todo el cuerpo: en los ojos, para no distinguir más que las líneas armónicas de las cosas; en la boca, para no pronunciar sino frases generosas; en el cerebro, para vincularme en cariño con todos los humanos; ser capaz de llevar voluntariamente á costas sobre las espaldas la pesada carga de todos los sufrimientos, de todas las penas, de todas las aflicciones que desesperan y hacen triste á la pobre especie humana, sin rehuir el peso de una sola lágrima, ni el ardor de un solo sollozo; sentirme de tal modo mezclado, confundido, con toda la obra de la naturaleza, que en un constante éxtasis de los ojos no recorra la mirada, llena de proyecciones húmedas y cariñosas, otros itinerarios que los que separan á los astros de los hombres y á éstos de los ángeles, tales como mi fantasía los soñaba, muy cerca de la perfección; ser un visionario y un amante, todo al mismo tiempo; sentir cómo palpitan las carnes al espectáculo de una belleza, y cómo se estremece el sistema nervioso á presencia de una injusticia ó de una miseria; de todos modos, de una miseria;

pensar, mientras que se llora, en todos los oprimidos, en todos los vejados, en los que sufren persecuciones por la justicia, y nunca serán vindicados; en los que tienen hambre, y nunca serán hartos; escoger voluntariamente el partido de los vencidos para emanciparlos quizá de su abyección, y convertirlos en vencedores, aunque esa empresa exigiera, como las divinidades bárbaras, el holocausto de la propia sangre, y el sacrificio de todos los amores que hacen llevadera y posible la carga de la existencia. Así era yo entonces, así me conoció Madrid cuando me fundí en su seno. Ya sé yo que á todas estas cosas las llaman los hombres prácticos tonterías. Pues así fuí yo antes de que me empujaran al Calvario. Y siempre que mi memoria evoca esos recuerdos, ya un tanto lejanos, le acomete inexplicable angustia, como la del hombre que, al recordar desde su lecho frío y árido de viudo las bellezas de su amada, los poderosísimos encantos de la mujer que en las veladas que la pasión improvisa pegó la cara junto á la suya, siente nublársele el porvenir y agotársele la vida, dejando sin cumplimiento su destino.

LIBRO NOVENO

LIBRO NOVENO

Me presenté en la redacción de *La Voz Pública*, portador de una carta para su director y propietario, la mañana de un día de Septiembre, hermoso si los hubo. Le quedaban á mis nervios resabios de sus sensibilidades de año, y no sé lo que de mí pensaría el bueno del periodista; pero con seguridad no sería nada que me favoreciera, porque la expresión sorprendida de mi rostro, casi estoy por jurarlo, maldito lo que tendría de inteligente ni siquiera de recomendable.

Recuerdo, sí, que temblaba todo mi cuerpo como próximo al desmayo, y que en los primeros momentos, dominado por una especie de miedo cerval, de todo punto loco, no salieron de mis labios sino las palabras precisas á expresar todo lo contrario de lo que me proponía decir, como si repentinamente me hubieran arrancado el cerebro á cuajo.

Las oficinas de redacción de *La Voz Pública*

ca, con ser éste el más acreditado de los periódicos de oposición que se publicaban en Madrid por aquel entonces, eran lóbregas y mezquinas, hasta hacer que á todo el que entraba en ellas se le encogiera la conciencia, repugnando la acumulación de detalles antipáticos que las constituían. Estaban establecidas en un callejón estrecho y retorcido, que hacía pensar vagamente al que lo recorría en lo que deben ser los caminos del infierno, las encrucijadas que conducen á la desgracia. Ni luz, ni aire. ¡Y cosa admirable! El periódico que en tales condiciones se confeccionaba, rugía ó bramaba á diario contra las fealdades de la sociedad antigua, y pedía, á diario también, la reconstrucción de todas las cosas mal hechas de la vida, para mejorar de ese modo á la horrible existencia humana con la posesión de un mundo mejor, más digno de ser habitado.

Allí, allí mismo, en aquel espantoso callejón fúnebre, estaba la casa en que comenzó mi iniciación madrileña en la vida de la publicidad. Una casa digna del sitio en que estaba construída. Sucia, vieja, llena de telarañas; asquerosa, y está dicho todo; como un mendigo lleno de lepra. De un lado inspiraba pena, y de otro, asco.

Era una ruinoso construcción de principio del siglo, enjalbegada cuidadosamente de roña por la acción del tiempo, y cuya entrada, vista á distancia, parecía la boca de una cueva, y de cerca, el boquete que da acceso á un lugar de tormento. Constaba de dos pisos. El primero estaba cedido en arrendamiento al propietario de *La Voz Pública*; el segundo, á un pelotón de miserables, bien hallados sin duda con el hecho simple de no vivir á la intemperie. Subir hasta cualquiera de los pisos tenía la importancia de una ascensión alpina. La escalera se erguía empinada y desigual, como una amenaza, á la derecha del hondo portalón que la precedía, y trepar por ella era ya de por sí una aventura erizada de inconvenientes y de peligros; se subía por ella á un poderoso taller de pensamientos, y más bien que subir, parecía que se bajaba á un antro de esos en que se premedita la traición y el delito.

En la puerta del piso primero, ó del piso principal, como allí decían, había un cartelón clavado con cuatro puntillas de París, en el que estaba estampado el título del periódico y las horas de servicio de la administración: una vez franqueada la puerta, generalmente

abierta, lo mismo de día que de noche, se encontraba la administración, que era una sala sombría, á pesar de dos grandes ventanas que daban al patio de la casa inmediata; sombría quizás por eso mismo: por la claridad de crepúsculo á que las ventanas daban acceso; en el centro de la pieza, una mesa de escritorio llena de papeles y de libros talonarios, y en los ángulos de la habitación hasta cuatro mesitas de pino, cubiertas de periódicos y de chismes oficinescos, con el estudiado desorden que saben dar á sus cosas los hombres administrativos.

Pero todo eso es lo de menos en una casa donde se escribe un periódico, aunque afirmen otra cosa sus redactores. Lo importante aquí está en las oficinas de redacción, en las mesas de trabajo, en las paredes cubiertas de periódicos, en la atmósfera de cultura que debe respirarse con la misma facilidad que en el campo oxígeno. Allí, donde se reúnen en una labor civilizadora, que debería ser reconocida sagrada, los esforzados obreros del pensamiento, al rededor de una misma lámpara, con la frente rendida al peso de las mismas ideas y el corazón lleno de los mismos arrebatos generosos. En la redacción, y no en otro sitio.

Pues bien: *La Voz Pública* se redactaba en un zaquizamí.

Una gran mesa de madera basta, de madera barata, en el centro, y una docena de sillas de rejilla rodeando á la mesa. Pendiendo del techo un quinqué ahumado, y larga hilera de periódicos sujetos por clavos en toda la extensión de las paredes. Éste era el decorado de la redacción. El director guardaba admirable analogía con la casa; queda descrito, y también mi desengaño.

Estaba sentado en una de las sillas de rejilla que rodeaban á la mesa, y me pareció malhumorado y hasta impertinente, como un hombre que no ha dormido todo lo que necesitaba. Me preguntó por sorpresa, sin transición siquiera de tono, cuáles eran mis ideas políticas; y al responderle que las mismas del periódico que él dirigía, propuesto, por lo visto, á dar acicate á mi turbación, en vez de reprimirla.....—Y bien, veamos, ¿cuánto tiempo piensa usted que durarán las instituciones que nos rigen?

¡Ahí es nada!—¡Presentarse á examen de aritmética, y que el presidente del tribunal os dirija una pregunta de álgebra superior!....

Respondí como supe, ó como pude. Com-

prendía que de mis contestaciones habría de depender el éxito de mis deseos, y todo esfuerzo de pensamiento me parecía poco para darle á entender, para convencer íntimamente á aquel hombre medio dormido, de que yo no era un osado cualquiera que me llegaba á aquella puerta para pedir un pedazo de pan que llevar á la boca, sino un trabajador inteligente y convencido que pedía un puesto en el taller mientras que llegaba el tiempo de pedirlo ó de tomarlo en la barricada. Pude conseguir que comprendiera esto, y hasta aseguro que se des-pabiló un poco, como creyéndose enfrente de una noticia curiosa. Rectificó la postura que ocupaba en la silla, poniéndose derecho, y me preguntó en cuántos y cuáles periódicos había yo estado. No tenía yo previsto ese inconveniente fundamental de mi inexperiencia. Tuve que responder que en ninguno; que acababa de llegar de mi provincia; que sólo en Cádiz había sido periodista; que mi afán de serlo en Madrid había hecho que me separara de todo cuanto hasta entonces había amado; pero que, como no tenía la exigencia de que creyera en mis aptitudes bajo mi palabra de honor, me sometía desde luego á cuantas experiencias tuviera por conveniente, aceptando desde

aquel momento un puesto en la redacción del periódico, sin derecho á fuero ni retribución alguna hasta tanto que mi idoneidad, si la tenía, quedara suficientemente probada. De todo esto....., ¡claro es que ha pasado mucho tiempo! Todavía me dura la impresión con que escuché las palabras afirmativas del director de *La Voz Pública*. — «Bueno, será usted redactor de mi periódico, y ya veremos. Tiene usted mucho camino que recorrer, si es que se propone usted llegar lejos, porque es usted bien joven....., quizá demasiado joven —añadió.— Después de todo, no es chica suerte la de poder hablar á las multitudes desde una tribuna tan alta como las columnas de *La Voz Pública*. Desearía que fuera usted digno de la suerte que le proporciono. Porque me lo figuro así, es por lo que me despido de usted hasta luego, hasta la noche, llamándole compañero.»

Bueno. Había llegado, y había vencido. La realidad era esta: ya comenzaba el triunfo. Pensé por la calle que impresiones análogas á las mías debió haber experimentado Napoleón en la mañana de Austerlitz. Continuaba admirándolo, pero de buena gana lo hubiera llamado *Buonaparte*, como los legitimistas de

su tiempo. Sí. Él había estrellado contra el suelo en Marengo la vanidad guerrera de muchos miles de soldados, pero no había sido, que yo supiera, redactor de ninguna de las hojas periódicas que París publicaba con tan admirable cantidad de inteligencia entonces como ahora. Un guerrero, un genio; bueno, ¿y qué? ¿Cuántos libros había publicado? ¿Cuántos descubrimientos había hecho?

Convidaba la tarde á la construcción de esas fantasías voluptuosas que se atribuyen á los árabes. Si en los meses estivales hay lujuria indudable haciendo explosión en la naturaleza, y las secretas cópulas de la primavera se resuelven con fecundos partos, el otoño en nuestra zona templada es la estación de los amores ya completamente formados, de los sentimientos maduros que, como las uvas de las parras, se rinden al abrumamiento de su sagrado peso. Esos amores otoñales de la naturaleza son amores de macho y hembra, completamente desarrollados, unidos por la poesía melancólica del recuerdo y por el vínculo de acero que apaña la costumbre. Tienen además esos amores el presentimiento de que morirán en breve, y son más briosos por eso; han de despedirse de la vida al antipático aproxima-

miento del invierno, y tengo para mí que la naturaleza cambia besos en vez de lágrimas al sentirse azotada por los primeros cierzos invernales..... ¡Y sobre todo, acababa de llamarme compañero uno de los primeros periodistas de la nación!

Aquella tarde del mes de Septiembre fué para mí toda entera un éxtasis de sólo algunos minutos. Fundido el tiempo, no tuvo duración para mi espíritu alborozado. Paseaba por las calles con la expresión asombrada de un visionario, cuando se echó la noche encima sin que yo me apercibiera completamente de ello, y eso que la aguardaba con ansia de enamorado.

¡Mi noche feliz, mi noche alegre!....

*
* *

No eran todavía las nueve de la noche cuando llegué á la redacción. Un detalle psicológico, que quizás convenga apuntar, es que, lejos de impresionarme el aspecto sórdido de la calle y de la casa donde la redacción estaba establecida, en la forma tristísima de algunas horas antes, me pareció tan natural que fuera así y no de otro modo, como natural me pare-

cía saludar las grandezas de mi sino, que de modo tan halagüeño comenzaba á iniciarse, con un ¡hurra! íntimo y sonoro, de esos que conmueven rudamente las entrañas de donde salen. Trepé por la escalera angustiosamente, porque la emoción que sentía apretaba con fuerza en los pulmones hasta congestionarlos, y recuerdo que, al franquear la entrada de aquel piso primero en que estaban establecidas las oficinas de *La Voz Pública*, llevé la mano al bolsillo y saqué el pañuelo para enjugar el sudor que brotaba copioso de mi frente. No salió nadie á mi encuentro para recibirme, para preguntarme qué iba á hacer allí—yo era todavía un extraño,—y permanecí de pie y silencioso, con la frente abrasada por la fiebre, crujiéndome las sienes como si me fuera á saltar en pedazos la cabeza, sin respiración, sin pulso en las muñecas, llenándome el corazón todo el pecho, sobrecogido de espanto, como un ladrón que teme ser descubierto. Fué aquello un fenómeno nervioso que duró el tiempo preciso para no morirme de repente. Cuando me repuse, llamé, tocando las palmas. No acudió nadie tampoco; y entonces, animado de ese valor heroico de los hombres tímidos, recorrí toda la casa, abriendo y cerrando puer-

tas, al mismo tiempo que llamaba con toda la fuerza de mis pulmones. Pero nada, como en un desierto. ¡Bah! —pensé;—después de todo, más vale así. Y volviendo á la sala de redacción, tomé periódicos hasta formar un montón grande que llegaba á la altura de mi cabeza, y comencé á leerlos tranquilo y reposado, como si los leyera en el comedor de mi casa.

*
* *

Viven esos recuerdos mezclados con mi sangre, circulando con ella por mis venas, asaltando á mi cerebro á cada latido con que el corazón reparte la vida por todo el organismo. Forman parte de mi carne y de mis huesos. No quiero que mueran completamente conmigo, y por eso los estampo en esta página. Quizá andando el tiempo lea esto, desde su oscuro rincón de provincia, algún joven corroído por la pasión de la gloria, ganoso de aventuras, azotado por la misma borrasca de emociones que el autor de este libro, y quizás también, al compadecerme, aproveche las experiencias de que pretendo dejar llenas estas hojas, tomando otros derroteros y otros caminos que los que yo he seguido. Están malditos esos caminos,

están sembrados de sangrientos despojos de mi vida; y yo quiero que la publicación de esta crónica de desventuras tenga siquiera la transcendencia de esas cruces que clavan en algunos senderos de Andalucía para avisar al caminante que en aquel sitio donde la cruz está clavada, ha hecho explosión una desgracia, han matado á un hombre, como Madrid y mis errores me han matado á mí.

*
* *

Á las once comenzaron á hacer su aparición los redactores del periódico. Como ninguno de ellos me saludó al entrar, yo no tuve precisión de alzar la vista para nada. Continué embruteciéndome en la tarea de leer periódicos, admirándome una vez más de cómo lo que uno reputaba como cosa cierta, lo negaba otro como cosa absurda, extraviando, y más que eso, engañando de un modo cínico á la opinión, que los paga para todo lo contrario de aquello que hacen,—cuando la oportuna llegada del director, ya muy avanzada la media noche, interrumpió el proceso de indignaciones y de hastíos que en mi espíritu se iba formando, haciéndome volver á esa conciencia

de la realidad que por momentos ya comenzaba á faltarme. Me encargó que escribiera una crónica de los sucesos culminantes de la semana; y el estado de tensión nerviosa en que me pusieron las emociones tan variadas y tan dilatadas de aquella noche histórica de mi vida, desarrollaron ante mi inteligencia puntos de vista tan completamente nuevos, perspectivas de ideas tan hondas y tan distintas, que cuando hube terminado mi tarea, comprendí que lo que acababa de escribir, aquellas líneas que había estampado, eran, sí, la crónica demandada, pero podían ser también, y esta idea hacía formar nudos en mi garganta, podían ser también la credencial que yo mismo extendía, en que se me aseguraba un puesto en la redacción del periódico.

*
* *

Mereció plácemes mi crónica, se publicó en el número del día siguiente, y yo fui retribuido por el director del periódico con banales cumplimientos de cortesía.

*
* *

¡Mes de Septiembre de aquel año maldito, cuya fecha no recuerdo, cómo fuiste para mí

próvido de desgracias!—Bueno. Ya no se trata sólo de mi pasión literaria. Se trata de una cosa más nociva, de una mujer, cuyo amor ha sabido convertirme en infame una porción de semanas seguidas. Aquella noche la conocí. ¡Aquella noche!—Volvía yo de la redacción—que era un lazo que me tendía el destino, y me encontré con la mujer aquella — ¡una Venus viva!,—incitante y modesta al mismo tiempo, como han sido, como son, de toda una eternidad, las mujeres esas que pierden á los hombres ¡al mismo tiempo que los aman! Estaba parada á la puerta misma de mi casa, y se despedía con la frase « ¡hasta después! » de un señorito que la había acompañado hasta allí. Nos abrió el sereno la puerta, y ella aceptó el brazo que yo le ofrecía para subir la escalera. Llamó en la misma puerta del piso que yo habitaba.— ¡Justo Dios! ¡Vivía pared por medio de ella, de la mujer que llevaba encerrado casi todo mi porvenir en el bolsillo, y, sin embargo, había podido dormir sosegadamente seis ú ocho horas todos los días!—Pero ¿es que el hombre sabe nunca en qué abismo de desgracia ha de caer rodando? Pues allí donde menos se lo figure. Una noche de alegría completa, en el momento en que mira á la mujer

que tiene al lado, que es suya, muy suya y muy hermosa; al llevarse alegremente la copa de vida á los labios; en el instante en que celebra el más grande apogeo de ventura á que había trepado nunca, llega la desgracia y lo hiere en la cabeza y en el pecho. No nota nada al principio. Es muy hermosa la mujer que tiene á su vera, y el vino con que se regodea es muy aromático y muy añejo. Pero al salir á la calle, al abandonar los brazos de la hembra en cuyo seno ha libado el único placer completo que existe sobre la tierra, siente congojas, desfallecimientos, menos luz debajo del cráneo que de ordinario, como si la vida se le agotara. Llama á sus amigos, les pide consuelo. No lo halla, no se lo dan, y se desespera. Llama entonces á Dios, y Dios no lo atiende. Invoca á la Madre mortal que ha parido á Jesucristo, invoca á la suerte. Nada. La vida es ya un desierto para él, y nadie lo oye. Llora. ¡ Ah!, pero es inútil. Le ha rozado con el ala la desgracia al pasar por su lado, y hételo ya perdido para siempre.



Entré en su cuarto invitado por ella. Ni tuvo en cuenta lo avanzado de la hora, ni el

qué dirán de la gente. Quería hablarme, porque en nuestro breve diálogo de la escalera habría presentido en mí un alma. Entonces nos dimos á conocer mutuamente. Ella me dijo que se llamaba Julia, y que estaba casada con el hombre que la había acompañado hasta la puerta; me dijo también, para probarme que tenía más edad de la que representaba su aspecto de niña recién salida del colegio, que era dos veces madre; que tenía dos hijas confiadas á la protección cariñosa de una buena parienta suya, y, por último, y para completar aquella especie de biografía, me dijo, ó me dió á entender con admirable elocuencia en su discreción, que no era feliz y que andaba desorientada por la vida.

—Y no es que se me pueda acusar de perezosa—añadió con exquisita gracia.—Ando buscando la felicidad sin descansar un momento, y ya ve usted que para encontrarla no he vacilado en llegar hasta lo más remoto; hasta el matrimonio, que es una carretera algo árida.....

—Pero es que usted olvida, amiga mía.....—aquí me interrumpí, pero para añadir en seguida:—déjeme usted que la llame amiga. Esa palabra me hace bien, me cura de muchas

tristezas; yo también necesito consuelo; no olvide usted, amiga mía — repetí, — que la felicidad no se casa con quien la requiebra de amores, sino con el que, más bien que despreciarla, no se preocupa de ella para nada. Y perdóneme usted que añada, que buscando á la felicidad, incurre usted en el error de los que no conocen gran cosa la vida. Creo que la más grande síntesis que toda la sabiduría humana reunida puede dar de sí, es ésta: acepta la vida como es, y no como tú desearías que fuera.

— Ya veo que es usted más desgraciado que yo. ¡Pero tan joven, Dios mío! — Y esta exclamación, más bien que pronunciarla, se la susurró ella á sí misma, como si en aquel instante hablara más con su pensamiento que conmigo.

— ¿Me llamará usted vanidoso si le afirmo que me considero muy desventurado?

— Y bien, amigo mío..... Carlos, ¿no es así? Y bien, Carlos, dígame usted lo que le pasa; por qué, como todos los jóvenes de su edad, no se llama usted á la parte en la repartición de placeres que el mundo ofrece....., por qué vive usted tan solo y tan triste. Me ha inspirado usted grandísimo interés estos días anteriores, aun sin conocerlo personalmente. Y ya deci-

dida á ser franca, debo decirle que no puede usted figurarse cuántos pueriles recursos he puesto en juego todos estos días por verle á usted la cara. Me va usted á creer curiosa, como todas las mujeres.....

—¡Oh! una curiosidad así, una curiosidad como la de usted, vale la pena de hacer un neologismo para expresarla, y yo no soy todavía académico de la lengua.....

—¿Aguarda usted serlo?

—Un poco nada más, como todos los muchachos que emborronan cuartillas para los periódicos.

—¿Es usted, por ventura, escritor?

—Sí; escritor por ventura y para ventura mía; pero escritor un poco inédito aún.

—¡Ah Dios mío! Entonces ya me lo tengo todo explicado; ya sé por qué vive usted de un modo tan extravagante.

Hacia Julia referencia con esas palabras al régimen extraño de vida que yo había adoptado en Madrid; dormir de día y velar de noche, lo que había determinado, entre otras muchas rarezas, la de que ningún compañero de casa me conociera personalmente, porque yo no comía con ellos á la hora oficial de la mesa redonda, sino en mi cuarto, y general-

mente en la cama, como si estuviera enfermo.....

¿Qué queréis? Música de Meyerbeer, melodía alada bajando de las esferas, me pareció lo que acababa de oír, aquellas frases en que Julia se explicaba mis extravagancias de hombre por mi cualidad de escritor. Han sido esas palabras, por la ocasión y el sitio en que fueron pronunciadas, la más grande sanción de mis talentos, si los tengo, que he escuchado jamás en la vida; casi una apoteosis.

Entonces le referí la historia de mis luchas por el porvenir, las ardientes esperanzas en que mi vida se consumía, se agotaba. Y como me había creído niño— aun sonaba en mis oídos aquella exclamación suya — « ¡pero tan joven, Dios mío! » — con que se estremeció de miedo su sistema nervioso ante el espectáculo de lo bien organizada que está la desgracia en esta triste existencia nuestra, — yo quise probarle que no era tan niño como ella se figuraba, exagerando las penas que había sentido, y creando artificialmente las que no había experimentado ni habría quizá de experimentar nunca, como hacen los chiquillos precoces cuando quieren parecer hombres.

Sentía yo aquella noche notablemente au-

mentada mi naturaleza humana; más calor en las venas, más electricidad en el cerebro, más latidos en las sienes, el tórax más ancho, y más dilatada la bóveda del cráneo.

Sentía más, pensaba mejor que de ordinario. La voz se plegaba más dócilmente que en los días comunes de la vida á las distintas inflexiones del pensamiento, y aquella mujer, ¡la primera entre todas las mujeres!, me revelaba, sólo con su presencia, una cosa cuya existencia yo había ignorado prácticamente hasta entonces: el sexo hembra, el organismo femenino, fecunda taza de plata de donde sale la vida completamente hecha.

Haciendo que esos recuerdos se levanten animados ante mi pensamiento para describirlos, y quizás también porque soy en estos instantes un poco moribundo, tengo la clarividencia que el vulgo atribuye á los enfermos que están postrados en el lecho para morir; por eso creo ahora que Julia se contagió de éxtasis y de quimeras sentimentales al influjo magnético de mi palabra, y que, determinado por esa influencia, el amor brotó aquella noche de nuestros pechos enteramente formado, antes del tiempo que la naturaleza indica para el nacimiento de los organismos viables, lle-

vando ya, de consiguiente, desde el momento de nacer, un vicio de conformación que más adelante había de matarlo. No fué aborto, pero fué parto prematuro. Por eso murió tan pronto.

*
* * *

Después de haber hablado de mis tristezas, llegaron el turno á mis alegrías. Había llegado, y había vencido. Mi nombre comenzaba á significar algo; no era como el de casi todos los mortales, en el gran sentido de la opinión, unas cuantas sílabas combinadas, intraducibles, vacías de sentido, enteramente bárbaras, de consiguiente. El apellido es algo más que una marca que señala á los individuos, y mi nombre tenía una traducción sonora que no podía por menos de atraer á la felicidad. García, Gómez ó López, puede traducirse por: *cualquiera*. Castelar significa la oratoria; Bécquer, la poesía íntima, la poesía del corazón; Pi, el talento, la generosidad y la obstinación de los grandes buzos de la inteligencia, siempre en las regiones inexploradas, y únicamente en la atmósfera respirable el tiempo preciso para soltar su carga de verdades y enseñanzas y desaparecer de nuevo; Alfredo de Musset pue-

de traducirse por puerilidad y genio; Balzac, por una frase que expresara la idea de un colosal alambique que hubiera exprimido el zumo amargo de todas las ideas modernas; Zola, por la observación y el talento al servicio de la verdad, y así sucesivamente. Pues bien: Carlos Alvarado significaba á los diez y ocho años, significaba algo: redactor de *La Voz Pública*—el más importante de los periódicos de oposición que se publicaban en Madrid por aquel entonces—y autor de porción de libros originales, desgraciadamente inéditos, pero que, una vez publicados, quizás hicieran atraer sobre él las miradas de todas las multitudes. Y al decirle á Julia que yo era redactor de *La Voz Pública*, le ocultaba las condiciones de mi empleo, dándole á entender que estaba remunerado con un gran sueldo, porque yo era una de las principales personalidades de la redacción.

—.....Tengo, pues, todo lo que ambicionaba antes de llegar á Madrid. Sólo me falta un poco de cariño.....

Hubo aquí, por parte de los dos, una pausa angustiosa, que yo me libré muy bien de llenar con una sola palabra. Se miraron encendidos de simpatía nuestros ojos, y luégo...

una aurora; fué aquel el momento fecundo de la vida; el momento en que el vientre de la mujer se abre interiormente para la concepción, y el momento también en que el amor se engendra mediante la cópula simple de dos miradas.



No pude dormir en toda la noche; sentía alborozo hasta en el tuétano de mis huesos; recuerdo que me eché á llorar de un modo convulsivo, como un desesperado, porque todas las manifestaciones nerviosas de la sensibilidad se me antojaban insuficientes para dar desahogo al regocijo vivo de que estaban llenas mis entrañas. He oído decir por ahí que no se llora de felicidad. Sí. ¡Yo he llorado!



¡Noche de bendición, única piedra blanca con que está marcado mi camino, qué lejana me apareces cuando te evoco!

LIBRO 1001

LIBRO DÉCIMO

LIBRO DÉCIMO

Tengo que levantar escombros de ilusiones; tengo que apretar mucho en el pecho, de modo que no salga sangre de la herida que me mata, si he de conseguir, como me propongo, hacer luminosa esta página con la descripción de cómo era Julia externamente, de piel para fuera. Teófilo Gautier la ha descrito en *Espirita*; y mientras que lo hacía, aquel mago del estilo declaraba que el empeño era superior á sus fuerzas. Figuraos lo que me ocurrirá á mí, que en achaques de retórica soy completamente bárbaro, y en punto á Julia—el más constante de los temas que mi inteligencia labora,—un visionario, dotado sólo de la mirada interna, casi cegados los ojos de la cara por los resplandores de una colosal apoteosis.

Voy á valerme de comparaciones, de símiles, para ensayar el boceto de mi antiguo ídolo. Un retrato es una combinación de líneas y de colores; ¡á ver cómo se las compone un re-

tórico para trazar sobre el papel líneas con la palabra humana, y para herir la retina del lector con impresión de colores; cómo puede hacer con un soplo — y un soplo articulado es la palabra — creaciones plásticas, aunque se pase soplando toda la vida!



Hay que combinar el rosa más delicado con el blanco más puro para formar idea de la entonación general de su cara. Los pétalos internos, casi carnosos, de algunas camelias blancas pueden ofrecer á las imaginaciones potentes idea vaga, pero de todos modos casi extraña á la realidad, de lo que era, como color, el rostro de mi bien amada. Sólo quien haya visto fundirse el oro en el crisol de los fabricantes de joyas, y haya reparado también el efecto de luz que arranca el sol del Mediodía á la corteza brillante de las naranjas suspendidas de sus ramas; sólo quien, habiendo vivido en Londres, haya ido á los parterres de Hyde-Park para recordar el sol de la patria, mirando y admirando las cabecitas rubias de los niños ingleses, los más hermosos bebés del mundo, puede llegar al concepto, que yo

quisiera grabar en esta página con un instrumento punzante que le diera relieve, de lo que era, más que como color, como luz, la cabeza de mi amada. Como forma, era un prodigio de armonía realizado por la línea curva.

Tenía oscuros los ojos y alegre la mirada; los párpados eran rasgados como los de las orientales, y yo no he podido nunca encontrar palabras para expresar el prodigioso dibujo de las cejas de aquella mujer, sino diciendo que eran la más grande perfección que he admirado en la vida.

Pero ¿á qué dilatar la monotonía de esta descripción fatigosa? Que cada cual la sueñe á medida de su deseo. La realidad es más grande todavía.

*
* *

Sólo tenía una imperfección; mejor dicho, dos: las manos, aunque chiquitas y nerviosas, un tanto groseras, ligeramente deformadas por el trabajo de aguja á que se consagraban una porción de horas todos los días, y algunos dientes postizos con que ella rectificaba equivocación lamentable de la naturaleza.

*
* **

Pues bien: esa mujer.....— hay que llamarla de algún modo; la llamo simplemente *mujer*, aun á riesgo de ser blasfemo: el paganismo la hubiera proclamado diosa;— esa mujer me ha perdido con su amor, más sañudamente todavía que mis enemigos con su odio. Tiene esto su explicación. Por dentro, íntimamente, como ser afectivo, como organismo pensante, no quiero decir que Julia fuera deforme, pero sí diré que estaba deformada.

*
* *

Culpa de la sociedad, no culpa de la naturaleza. La madre de Julia.....— Pero, vamos á ver, ¿no merecería absolución completa esa madre, aun siendo un monstruo, como lo era; no tiene derecho á la absolución esa madre, sólo por haber modelado— involuntariamente, ¡sea!— aquella obra de gracias, cuyo simple recuerdo hace temblar la pluma entre mis dedos? Á esas mujeres que se reproducen en hijos armónicos deben concedérseles fueros especiales; deben ser aplaudidas á dos manos por la multitud cuando salen á la calle, porque tienen benditas las entrañas. Realizan el extraño milagro del arte. Hacen bellezas vivas, mientras

que los artistas, los que se llaman artistas, sólo hacen bellezas figuradas. Deben ser aplaudidas á dos manos por la multitud.

*
* *

Cuando me levanté al día siguiente, apenas podía sostenerme del exceso de impresiones con que me había estado batiendo toda la noche pasada. Mandé que me compraran *La Voz Pública* á ver si publicaba mi crónica; y al reunir como en un haz, en una síntesis poderosa, las impresiones de la velada transcurrida en el cuarto de Julia; al escuchar, sobre todo, á ésta, que disputaba nerviosamente con su marido el pro ó el contra de un asunto baladí cualquiera, manchándose la boca con frases canallescás, sentí cómo subía hasta el cerebro la invasión de una oleada de bilis, y cómo se me nublaba el pensamiento, sobrecogido por la visión de mi porvenir de condenado; cómo mis queridos sueños de gloria caían deshechos por las manos de la mujer aquella, que disputaba desde el fondo de una alcoba con el hombre que era su compañero de jornada, pero á quien yo me quería figurar desligado completamente de mi amada, como un hombre cual-

quiera, como un transeunte que se hubiera parado á saludarla, pero para seguir de nuevo su camino.

*
* *

En sitio preferente de la primera plana insertaba *La Voz Pública* mi crónica. Mayor ignominia. Más grande exceso de desventura. Como un organismo roído de lepra, el artículo aquel estaba atacado de erratas desde la cruz á la fecha. Daba compasión leerlo. Yo era su padre, yo lo había hecho, y se me aparecía como un desconocido. Hubiera repetido el hecho heroico de Scévola para probar que yo no era capaz de producir tan grande acumulación de disparates. Estrujé el periódico entre mis manos, y permanecí bajo el influjo de esa pena, y la de no haber visto á Julia en toda la tarde, hasta que se echó completamente encima la noche. Yo sabía que el marido de Julia, que era también, como yo, periodista, iba, ó solo ó con su mujer, pero indefectiblemente, todas las noches al teatro. Pensaba en ella aún más que en la catástrofe de mi crónica, y la ilusión me llevaba al convencimiento de que lo que es por aquella noche no consentiría Julia en ir con su marido ni siquiera á la puerta de la calle,

aguardándome á mí; ¡á mí, que tenía proyectado sacrificar mis quehaceres del periódico al placer de estar con ella todo, todo el más tiempo posible! No habían de disgustarse por eso en la redacción. Y aunque se disgustaran. Un periódico, pertenecer á la redacción de un periódico—ya me parecía eso cosa fácil—lo consigue cualquiera. Un amor sí que no. Y el amor de una mujer tan mágicamente hermosa como Julia, más todavía, más difícil todavía. De esas gangas no entran muchas en libra, que digamos.

Me puse al acecho cuando comprendí que el marido—Tomás—no tardaría en marcharse; y apenas hubo franqueado la puerta de la casa, ya estaba yo en el cuarto de Julia decidido á contárselo todo; á contarle que estaba loco de amor por ella.

No fué en mí todo resolución, porque me asaltaron especie de congojas al llegar á la puerta. Sentí cómo de pronto se me secaba la boca, y en ese estado estreché la mano de Julia al mismo tiempo que le dirigía uno de esos saludos banales á que los labios dan salida sin tener conciencia de lo que hacen.

Me pareció triste y como abrumada por el peso de una preocupación ó de un recuerdo

doloroso. Creo también que no le fué agradable la impresión que le hizo mi entrada en su cuarto. Se lo expresé así.

—No, Carlos, no. Las visitas de usted serán siempre para mí motivo de agradecimiento. No es eso. Es que el mundo, la sociedad, la gente, no son tan buenos como usted se figura. Le han dicho á Tomás—no sé quién; cualquiera—que estuvo usted aquí anoche hasta las altas horas de la madrugada, y he tenido con él un grave disgusto, del cual no sé si usted se habrá apercibido.....

—Pero ¿á quién, no siendo á mí—pregunté ingenuamente,—puede interesarle en esta casa lo que usted haga?

—Á todo el mundo, Carlos, porque á todo el mundo interesa hacer daño. Y además, á usted debo decírselo, porque es verdad, porque es cierto. Á Tomás no he querido declarárselo. Lo que hicimos anoche fué, cuando menos, una imprudencia.....

—¿Una imprudencia dice usted, Julia? ¿Una imprudencia? ¡Ah! Pues déjeme usted bendecirla; déjeme usted bendecir esa imprudencia como la más fecunda taza de dicha que he acercado á mis labios.....

No seguí, porque la emoción me ahogaba,

formándome nudos en la garganta. Busqué su mirada como un hombre caído busca una mano que lo levante; y al volver la cabeza, impulsado por una especie de fluido extraño que me escarabajaba por toda la extensión de la médula espinal, quedé horrorizado de lo que veía. Juan de Patmos, enloquecido por las visiones espantosas de su Apocalipsis, no ha visto nada semejante en horror á lo que yo acababa de ver. ¡Al propio marido de Julia, sonriéndome de un modo siniestro, mientras que invitaba á su mujer, sarcásticamente, á que le hiciera la presentación de aquel desconocido que había sorprendido en su cuarto!....—¡Tan desconocido, que si lo encuentro á usted solo en esta pieza, lo tomo por un ladrón y lo mato!

Julia era una mujer nerviosa, aunque de extraña potencialidad en el dominio de sus nervios cuando se sublevaban. Creo, de consiguiente, indudable que la impresión que le produjo el espectáculo inopinado de su marido fué por lo menos tan ruda como la que yo había experimentado. Pero se repuso en seguida; y después de haber hecho nuestra presentación con la misma indiferencia de si todo aquel primer acto de un drama se desarrollara

en un salón neutral y en las condiciones estúpidamente normales de la vida ordinaria, interpeló bruscamente á su marido, tirándole á la cara cuanto lodo pudo encontrar en el pensamiento, y aun más todavía, como tratando de enterrarlo bajo una montaña de cieno.

Veíase á las claras que aquel hombre, más que el marido, era el súbdito de Julia. Estuvo imponente á la entrada, y humilde y vergonzante á la salida. Pude temer el rayo en los primeros momentos; luégo, lo único que percibí fué el balbuceo del mendigo que implora, frases que salían guturales y desencajadas de los labios, suplicando gracia; pordioseando gracia, mejor. Eso, un mendigo.

Pero Julia no levantaba la mano para perdonar. Estaba indignada, y no lo ocultaba, á pesar de mi presencia. Pude, dominando mi turbación, admirarla entonces bajo un nuevo aspecto de encanto. Yo había visto siempre á las Venus tranquilas y serenas, inmóviles en su tranquila serenidad de estatuas. Ahora veía á una Venus furiosa. Y ya puesto á considerar las cosas bajo este nuevo criterio de ideas, me pareció que Venus se deshacía de las persecuciones lujuriosas de un viejo sátiro á puntillones y arañazos, como para hacerle sentir,

más intensamente todavía, el inmenso desprecio que le inspiraba.

—En la celda de un prisionero, de un malhechor, en el calabozo de un sentenciado á muerte por parricidio, se entra pidiendo permiso y con el sombrero en la mano. ¿De qué pasta crees, pues, que estoy hecha, para negarme lo que de buen grado concederías á la mujer más miserable?

Él me estrechó la mano para despedirse— ¡mi mano, que hubiera deseado ver cortada!; —y dando tono de broma á cuanto allí había pasado, me sonrió afectuosamente, mientras que llevaba uno de sus índices á la sien derecha, queriéndome expresar con esa mímica grosera que había que dispensar á su mujer, porque estaba completamente loca.

*
* *

Volvió á dominarse, volvió á hallar fuerzas psicológicas con que tapar la desnudez impúdica de su espíritu, pero con el arte premioso de quien se ve obligado á hacer una cosa que no tiene por costumbre. El incendio, lejos de extinguirse, hacía sus estragos interiormente. Había fognazos de electricidad latente en sus

pupilas, y aquella naricita tan mona, que parece mentira que no fuera la de un ángel, aparecía hinchada de rabia, abierta como la de una yegua espantada. Aun dejaba adivinar la finura de su cutis, transparente como una lámpara de alabastro, la oleada de sangre que momentos antes lo había invadido. Pero al dirigirse á mí, su voz cambió de acento, y aquella transición de tono fué como la gallarda aparición del arco iris en los mismos espacios removidos furiosamente por la tempestad. Una inmensa alegría para el caminante. Y yo no podía considerarme otra cosa en la vida de aquella mujer.

—Ya volvemos á estar otra vez solos y tranquilos. Me toca ahora pedirle á usted, en vez de uno, dos favores..... No dirá usted que no soy pedigüeña — dijo, después de haber consultado con la mirada la expresión de mi fisonomía.— El primero es de súplica, de ruego: que me perdone usted todo lo que me ha oído decir á mi marido. Estaba loca, y no sé lo que me decía..... — El segundo..... ; pero el segundo no es ni siquiera favor. De vez en cuando — ¿no es eso?, — la amistad tiene derecho á exigir, á mandar y aun á ser despótica. La mía, la amistad que consagro á usted, va á ser un

tantico autoritaria en este mismo instante. ¿Me autoriza usted para ello? ¿Quiere usted que sea un poquito reina sin corona, sólo por breves momentos?

Le respondí con un cumplido banal, cuyo sentido era el de que me considerase como esclavo suyo desde los pies á la cabeza.

—Bueno. Pues yo quiero que esté usted aquí conmigo toda la noche hasta que venga *ése*.

Yo pregunto ahora quién era más loco de los dos, si ella, ó yo. Si Julia llevándome del brazo al cuarto del tormento, ó yo rogándola, abrasados de lágrimas los ojos, que me sometiera cuanto antes al suplicio del borceguí y de la rueda; que hiciera de mi corazón y de mi virilidad y de mis sesos un lodo sangriento, bueno para ser arrojado á los lobos en medio de una carretera.

*
* *

—..... Así resulta que cada cual hace su sacrificio, el sacrificio que puede: usted el de la redacción, y yo, casi casi, el de la opinión de la gente.

Pero ¿es que se trata de que nos sacrifiquemos?—estuve á punto de exclamar.—¿Ante

quién y por qué? ¿Es por ventura que la amistad, el entusiasmo, el amor, necesitan sangre ante el ara como las divinidades bárbaras? ¿Quién habla de sacrificio?—Yo vengo á hablarte de amores cuya existencia tú no has sospechado nunca.—Yo vengo á hablarte de virginidades y de armonías, de luz y de colores, de las únicas cosas sagradas que hay en la vida, y hé ahí que te me acercas para gritarme al oído palabras de muerte. No, no vale—me decía interiormente.—Quiero ser un creador y no un destructor. Tengo demasiados afectos en el pecho para solazarme en construir mi casa entre los escombros de una ruina. Yo tengo la aspiración de convertir la vida en un paraíso, sin árbol del mal ni del bien, y que tú seas allí mi Eva.....

¡Insensato que yo era! ¿No había permanecido aguardando hasta entonces, sin salir á la calle para nada? ¿No había estado dando vueltas al rededor de su tranquilidad para apoderarme de ella? ¿No había entrado hasta su propia alcoba para hablarle de mi amor? ¿Pues qué significaba todo eso sino los preparativos que preceden al sacrificio? Porque, vamos á cuentas. ¿Qué es lo que yo iba á proponerle? Que me amara, ¿no es así? Pues que

sacrificara su reposo, que sacrificara su honra, que sacrificara quizás el porvenir de sus hijas, que sacrificara á Tomás, que hundiera el cuchillo hasta ensañarse en una porción de destinos, precisamente en los que debían sernos más queridos, por ser los más relacionados con los nuestros; que hiciéramos entre los dos una pira muy grande, y que después de prenderle fuego, arrojáramos á ella, Julia su tranquilidad y su honra, y yo todos los elementos morales de mi vida, la memoria, la inteligencia y la voluntad, hasta quedar idiota y exangüe por toda la extensión de mi existencia.

Eso es lo que en realidad había ido á proponerle. Eso, y no otra cosa. El amor se alimenta de sacrificio, como la hoguera se alimenta de leña.

*
* *

Siendo tan hermosa Julia, había incurrido en el detalle vulgar de preocuparse ostensiblemente de su tocado, y eso hasta el punto de que mi vanidad, al recibir esa impresión, se notó suavemente acariciada. —Entonces es que me aguardaba, y se había compuesto para aparecer ante mis ojos más hermosa aún de como se me apareció anoche.....

Quizás haya estado pensando en mí todo el día desde su lecho; desde aquel lecho envilecido que se atrevía á soportar otro peso que el del cuerpo de mi Julia sin hundirse de vergüenza.....

—En nuestra amistad, todo marcha al vapor. Lo conocí á usted anoche, y ya es usted mi mejor amigo —comenzó á decir Julia.

Yo estaba á la expectativa del que presentía el hecho más grande de mi vida, y aguardaba, con la pasividad de un idiota, á que hiciera explosión, á ver si se resolvía en cascos de metralla ó en luces de bengala, como en las apoteosis teatrales que recordaba haber visto de niño.....

Luégo añadió:

—.....Por eso debo hablarle á usted con sinceridades y franquezas que la amistad, no sólo justifica, sino que exige. Carlos, yo soy muy desgraciada.

Y rompió á llorar con tan extraordinaria fecundidad de sollozos, que habiendo yo sido testigo de una porción de dolores mortales, no recuerdo haber oído llorar así en toda la vida.

Cuando se repuso, gimió, mejor que dijo:

—Estoy abandonada y sola. No tengo amigos ni parientes á quienes confiar mis penas,

con quien desahogaras. Por eso no es extraño que me haya abrazado de pronto á la amistad de usted, pidiéndole ese consuelo que me hace falta para no morirme.

Oyendo aquello, me acordé de las vírgenes cristianas que se abrazan al signo de la redención en el momento del suplicio.

—.....Y además, habiendo sido usted testigo de lo que aquí ha pasado hace un momento, me siento más animada á la franqueza, y como más amiga de usted que si no hubiera ocurrido nada; como si no hubiera ocurrido algo que en cierto modo lo introduce á usted en mi vida.....

¡Aquello era superior á todos mis sueños, á todos mis proyectos! Pero ¿es que era posible que aquella mujer llegara á ser mía? ¡Y tan pronto, Dios de verdad, tan fácilmente y tan pronto! Creí que soñaba, no acostumbrado todavía á las brutalidades de la realidad.

Le respondí con una exclamación, en la que había tantos besos en germen como íntima posesión de la más grande ventura que le sea dado jamás alcanzar al hombre sobre la tierra.

—¡Sí, llámeme usted amigo, hábleme usted con ese tono que parece una caricia, y ya

verá usted, ya verá usted lo felices que podemos ser todavía!

*
* *

Voy á reproducir sin comentarios el diálogo que se cambió entonces entre nosotros. Habrá quien se maraville de que yo recuerde esos detalles sin olvidar el más insignificante rasgo de pensamiento que pueda afectarlos. Habrá también quien atribuya á la inventiva lo que es determinación del recuerdo. Soy el reo, y puedo responder con la frase que el juez instructor, ó la conciencia, pone en boca del acusado por la justicia humana:

—«Juro decir verdad en cuanto sepa y se me pregunte.»

*
* *

—Mire usted, Julia—comencé yo diciendo;—para que nuestras palabras no sean como esas bolas de jabón, irisadas de colores, que los muchachos inflan con una caña hueca y que revientan en el aire sin dejar vestigio de su existencia, tengo que hacer el sacrificio de buena porción de preocupaciones con raíces en mi espíritu, y presentarme á usted tal cual soy, ni vanidoso, ni modesto. —Hice una

pausa, y añadió:—Por no ser vanidoso es por lo que me escuece la boca cuando las circunstancias me ponen en el caso de hablar de mí. Tengo que hacerlo, sin embargo. Y tengo que hacerlo, para inspirarle á usted confianza..... Ya ve usted en qué buen concepto me tengo—añadí, mientras que sonreía para darle articulaciones de vida á mi palabra.

—Tal cual usted me ve—continué diciendo,—joven, casi niño, con unos cuantos vellos sobre el labio superior y con el pelo completamente negro, tengo lo menos sesenta años, porque estoy viviendo la vida del espíritu desde que sufro el uso de la razón, y he llegado por dentro, en la consistencia de mis órganos morales, al pleno desarrollo que supone la más completa virilidad. Queda, pues, descartada mi juventud, que es sólo aparente. Por lo demás..... Pero noto que va usted á llamarme pedante, que es el grado supremo en la milicia de los necios.....

—No, nunca—me animó Julia:—los pedantes hablan sólo con la cabeza, y usted está hablando con toda su alma.

—Pero también el alma puede ser pedante en algunas ocasiones..... Y vuelvo á interrumpirme, porque advierto que no es eso de lo que

tratamos. Yo quería decirle á usted, y convencerla, de que soy un hombre extraño, un hombre completamente nuevo.

Mi paradoja hizo su efecto, porque conseguí que Julia sonriera; luégo añadí, para aclarar la paradoja hasta borrarla completamente:

—Nuevo, en el sentido de que soy yo solo el que es como yo; nuevo, en el sentido de que no me parezco á nadie. Podría citarle á usted mil casos, diez mil casos de mi vida, que lo prueban. Mire usted; siendo muy niño, estando de alumno interno en un colegio de Cádiz, me insurreccioné contra el profesor por salvar á un compañero que era el más anti-pático de la clase, y que hasta recuerdo que una vez me había maltratado, prevaliéndose de que era bastante mayor que yo; un hombre casi.....

Ella seguía con tanto interés mi relato, como si fuera el argumento de una de esas novelas de Dumas padre que tanto han intrigado la imaginación de nuestros antepasados. Tenía cruzadas las manos sobre las rodillas, y parecía como si se le hubiera reconcentrado toda la vida en la cabeza.

—..... Otra vez, estando también en el cole-

gio, me declaré reo de una diablura que no había hecho, para evitar que castigaran á su autor, que era un amigo mío, de la misma edad próximamente que yo, ocho ó diez años. Y ahora, Julia, al oírle decir á usted que es desgraciada..... — me había levantado del asiento; la excitación nerviosa no me permitía el yacimiento estúpido del cuerpo;—al oírle decir á usted que es desgraciada, al ver que efectivamente lo es usted, yo quiero resguardar su cuerpo con el mío, yo quiero que la desgracia tenga que taladrar mi pecho antes de llegar á hacer un simple rasguño en el de usted..... ¡Y qué desgracia tan grande que no pueda hacer más lato mi deseo, queriéndola á usted tanto como la quiero!

—¿De verdad, Carlos, me quiere usted mucho?—me preguntó con un acento sorprendido y púdico de niña, que yo no le había oído hasta entonces.

—¡Que Dios me perdone! Pero, sí, ¡más que á mi madre!

—¡Ah! ¿Quién se atrevería á hablar de desgracia ahora?

Yo no me atrevía á invocarla, no me atrevía á nombrarla siquiera; pero me hubiera bastado decir esto, esto sólo—¿Tomás?,—para que la

nube se hubiera deshecho, haciéndonos caer desilusionados y tristes por toda la vida, sobre la tierra.

Ella debió adivinar mi pensamiento, porque, levantándose del asiento que ocupaba, cruzó la sala sin decir una palabra, sacó de un cajoncito que había sobre la cómoda un papel, y alargándomelo, me dijo:

—Lea usted eso, y se convencerá de que, *á pesar de todo*, podemos ser completamente felices.

Yo leí aquel papel sin comprender. Volví la cara, porque Julia se había colocado á mi espalda, sin duda para que no echara de ver la súbita transformación de su fisonomía, y le dije que no me explicaba lo que significaba aquello.

—Es mi cédula personal, que he tenido que sacar días pasados para recoger una carta detenida en el correo. Vuelva usted á leerla con atención.....; hay en ella algo que puede interesarle..... Fíjese usted.

La leí entonces en voz alta:

—«Julia de tal y tal, natural de X, provincia de Sevilla, de veintiséis años de edad, de estado *viuda*.».....—¡ Ah Dios mío! Y ni pude seguir leyendo, ni ahora, que estoy á tanta

distancia de aquellas realidades, puedo darme cuenta de lo que pasó por mi cuerpo cuando hube terminado la lectura de aquel papel, que me pareció sagrado; de aquel papel, que me revelaba y me concedía todo un lado alegre de la vida.

Figuraos á un creyente que en el momento de morir viera abrirse para él de par en par las puertas de la gloria. Eso mismo había significado para mí la lectura de aquel documento personal. Me había abierto de par en par las puertas de la gloria.

*
* * *

Tuve que despedirme de Julia, porque me sentía seriamente indispuerto de felicidad. Me acompañó toda la noche su visión de amor, y me acompañó más que eso; porque estando nuestras respectivas habitaciones separadas sólo por un tabique, de vez en cuando Julia, para no separarse completamente de mí, tocaba en el muro con los dedos y me llamaba suavemente —¡Carlos!, Carlos!,— con delicadas inflexiones de voz, que llegaban á lo más íntimo de mis entrañas, como el sonido casi

indistinto que arranca el viento al acariciar las cuerdas tensas de un arpa.

*
* *

No fui dueño de contenerme al día siguiente: sabía que Julia estaba sola, y entré en su cuarto. La estreché ferozmente entre mis brazos, como si fuera á ahogarla, y la besé, loco de amor por ella, en toda la cara, en los ojos, en la boca, en la cabeza, deshaciéndole el peinado y fundiendo sobre el pelo mi cabeza; la besé luégo, sin que ella pudiera contenerme, en las manos y en todo el cuerpo, con besos poderosos que tenían la pretensión de ser eternos. Dejé de besarla cuando sentí que se desmayaba entre mis brazos. La llevé á la cama con el mimo que hubiera empleado una madre para trasladar de un sitio á otro á su hijo herido; y al volver en sí de aquella especie de congoja que el pudor le había provocado, viéndome de rodillas á la cabecera de su cama seguir con los ojos afanosamente la solución de su pasajera crisis nerviosa, colocó sobre mi cabeza, no sé todavía si para acariciarme ó para desviarme de su lado, la misma mano que por pender fuera

del lecho había yo humedecido con mis lágrimas; me miró fijamente, clavando sus ojos en los míos, y con el movimiento rápido de quien hace una cosa que no quiere que se vea, me besó de pronto en una de las mejillas, ocultando en seguida la cara entre las manos.

*
* *

La dejé unos momentos para que se metiera en la cama, y aproveché aquellos instantes para mandar hacer un te, que luégo le serví yo mismo con unas gotas de éter. Volvió á besarme más confiadamente que la vez anterior, y aquella tarde, en aquella misma alcoba, quedó realizada la fusión, que á mí me parecía fantástica, de nuestras almas y de nuestros cuerpos.

Temporalmente, por parte de Julia; en cuanto á mí.....; en cuanto á mí, por toda la vida.

¡Por toda la vida!

LIBRO UNDÉCIMO

LIBRO UNDÉCIMO

Hubo un cambio fundamental en mi existencia. Por instinto y por horripilaciones nerviosas, yo he sido siempre enemigo de eso que en nuestro idioma no puede expresarse claramente, pero que los franceses formulan con la locución *un ménage à trois*. El que una mujer tenga dos hombres, aunque uno de esos hombres sea su marido, siempre me ha parecido un caso repugnante de poliandria, y por eso, cuando hubieron transcurrido para nosotros algunos días de bacanal amorosa en la calle de la Aduana, le propuse á Julia que abandonase aquel lugar frío y estrecho, donde nuestros amores no podían desenvolverse, y que se viniera conmigo, abandonándolo todo, á una casa que tenía ya preparada bien lejos de todo el bullicio de las calles centrales, y tan escondida, que una vez en ella, ni un adivino, ni un mago, podría averiguar el misterioso lugar de nuestro nido ó de nuestro escondite, que las dos cosas podía ser para nosotros. ¡Claro es que

Julia aceptó gozosa!; y hé ahí por qué me encontré la víspera de un día de Nochebuena en medio de las calles de Madrid, con una mujer y dos niñas que no eran hijas mías á cuestas sobre mis espaldas —Julia las había reclamado de casa de su abuela; — sin porvenir ni presente, abrumado de deudas que había tenido que contraer, y redactor platónico y sin sueldo del periódico *La Voz Pública*.

Lo cierto es que no me habían señalado sueldo en el periódico, porque la irregularidad de mis visitas á la redacción me quitaban, de una parte, el carácter de redactor fijo, y de otra, porque no me había cuidado tampoco de reclamarlo. Había dejado transcurrir tres meses de vida en una completa absorción amorosa, que no me dejaba tiempo para nada. Adorar á Julia era para mí el más sagrado de los ministerios, y recuerdo haber pasado noches enteras en un perfecto olvido de la vida humana, contemplando de rodillas el hermoso desnudo de Julia, que reposaba imponente de armonía y de gracia sobre las sábanas del lecho.

*
* * *

¿Qué hacer? Hasta entonces yo no había experimentado nunca, por mí mismo, lo que

es la necesidad del dinero. No podía pedirlo á mi casa, porque había escrito diciendo que tenía un gran sueldo en la redacción de *La Voz Pública*, y que además publicaba artículos espléndidamente retribuidos en una porción de periódicos madrileños. No podía pedirlo á mis amigos, porque en Madrid no los tenía. ¿Qué hacer? No podía permitir tampoco que llegara el momento en que á Julia le faltara cualquiera de las cosas esenciales á la vida, las únicas que aceptaba recibir de mis manos, y el hecho es que ese momento angustioso se me había echado completamente encima. ¿Qué hacer?

Era la víspera de Nochebuena, y nadie pensaba en otra cosa que en lo que había de comer al día siguiente. Las tiendas de ultramarinos se habían salido de madre, ostentando en sus escaparates los lujos comestibles de los días solemnes, y en muchas calles la circulación se hacía difícil por los puestos fijos de legumbres y frutas que habían establecido á ambos lados de las aceras. La inteligencia de la gran ciudad había descendido hasta el vientre, y todos, quién con más recursos, quién con menos, estaban apercebidos á la bacanal de embriaguez y de gula

en que se ha metamorfoseado la festividad religiosa conmemorativa del nacimiento de Jesús. Los muchachos atolondraban el espacio con el ruido molesto de sus tambores, y había ya, en disolución, miasmas de embriaguez, que se aspiraba con la atmósfera de las calles.

No era posible que la Nochebuena de todo el mundo fuera sólo noche mala para Julia y para mí, para nosotros dos solos; y si para impedir que ocurriera esa catástrofe se hacía preciso que me arrancara los dos ojos de la cara, propuesto estaba á hacerlo, como también á ser agresivo con el que tuviera la crueldad de negarme el dinero con el que yo quería comprar mi parte de lote en el regocijo de todo el mundo.

Con estos propósitos me dirigí á la redacción; pregunté por el director, y me respondieron que estaba acostado; cogí periódicos para leerlos mientras durara mi forzoso tiempo de espera, y me entregué á la más furiosa lectura que puedan imaginarse los humanos: primero leí toda la prensa de Madrid, y luego toda la de provincias. Agoté la lectura del texto, y me lancé entonces, rechinando los dientes de rabia, á la de los folletines y los anuncios. Eran ya las cinco de la tarde cuando

el periodista tuvo por conveniente levantarse. Y entonces la irrupción de otro nuevo tormento. Nunca he sabido pedir dinero, porque me ha parecido siempre más fácil ofrecerlo ó darlo. El hecho es que después de una conversación de más de media hora, en la que revolvimos y barajamos una porción de asuntos indiferentes, me despedí de él, deseándole felicidades para el día siguiente.

Ya en la calle, sentí impulsos de pegarme, de golpearme con las dos manos en la cara. ¡Cobarde, imbécil, imbécil! ¿No es Julia superior á todas tus preocupaciones de dignidad, á todos tus encogimientos de conciencia? ¿Acaso un miserable como tú, que tiene el cinismo de asociar un destino de mujer y el de dos niñas al suyo, al mío, á mi horrible destino, puede obrar en su vida de relación con la arrogante independenciamiento de los seres salvos, puede tener siquiera derecho á la conservación de su propia dignidad? ¿De cuándo acá se ha visto que los pobres puedan usar lujo?— ¿Y no es un lujo la vergüenza?

Hé ahí que me notaba completamente perdido. Julia ignoraba que yo no tenía sueldo en la redacción de *La Voz Pública*.—Le ocultaba además mi penuria, como un tumor ó una

llaga, y el hecho es que hacía ya más de un mes que vivíamos, sin que ella pudiera sospecharlo, de lo que me daban en las casas de préstamos por el empeño de los pocos objetos de algún valor que me iban quedando..... —Pero ya, ¡nada! Se había llegado al fondo innoble de la bancarrota. Y vino en aquellos momentos á mi memoria, no sé por qué, obcecándola y abrumándola con un peso enorme, la histórica frase de Gambetta: *ó someterse, ó dimitir*. Luégo, casi idiota como estaba, comencé á pensar en cosas nimias, que tenían todas un color determinado, y, por último, estando ya cerca de mi casa, recordé que no teníamos pan para el día siguiente, y fui á un *restaurant* próximo, y encargué un *pedido* que importaba doce duros, y escribí allí, sin que me temblara el pulso, las señas de mi domicilio para que me enviaran el pedido con la cuenta al día siguiente, y me arrojé entre los brazos de Julia, al regresar de mi expedición, feliz y satisfecho, como un hombre que ha conseguido todo lo que deseaba.

*
* *

¿Á qué conduce hacer la disección de mis amores, fibra por fibra? ¿Es, por ventura, que

para escribir el mar se hace preciso contar todas las gotas que lo forman?

Nos amamos Julia y yo en los tres primeros meses de nuestra existencia solidaria por toda la vida. Luégo, ¡es claro!, sobrevino, si no el hastío, el cansancio cuando menos. Laxos los cuerpos y fortalecidas de músculos las ideas: sin potencialidad para amar en otra entraña que en el cerebro, como los corrompidos y los pensadores.

*
* * *

Además, miente quien asegure que el amor en nuestras sociedades modernas es compatible con la miseria. Ni en nuestras sociedades modernas, ni en ninguna sociedad civilizada. El amor es un lujo de la naturaleza, que no arde con otro combustible que con oro y sangre. Los albañiles sólo pueden proporcionarse el amor de una noche, y los otros, los millonarios, no tienen sangre que derramar ante el ara. Por eso el amor es cosa tan extraña en este triste mundo.

Ocurre, además, con el amor que, como un extravío que es de los órganos afectivos é intelectuales, entra de lleno bajo el dominio de la

patología; se trata de una enfermedad perfectamente caracterizada, que puede matar, y mata, con el mismo rigor que una tuberculosis ó una fiebre maligna. Tiene zarpas para dar golpes y garras para hacer trizas. Por eso no sé de nadie que, haciendo vida íntima con una mujer, la ame toda su vida.

¿Quién es el que llega á los cincuenta años con una úlcera en el vientre ó en la cabeza?



Iban en aumento, de día en día, nuestros apuros pecuniarios, á pesar de que en la redacción de *La Voz* concluyeron por señalarme sueldo, y en aumento también mis vagas desconfianzas del porvenir. Comenzó á aparecerseme como una muralla impenetrable, alta y espesa; me hacía evocar la frase de la Biblia: «puerta cerrada, puerta lacrada».

No podía ser de otra suerte con el régimen de vida que me había impuesto: vivir exclusivamente consagrado al culto de Julia; á adorarla, á mecerla sobre mis rodillas, como hacen las madres con sus hijos chiquitines para atraerles el sueño y que no lloren; á caer extático de rodillas en el suelo, cuando adoptaba

ella, sin darse cuenta de lo que hacía, una de esas hermosas actitudes de estatua griega, que yo amaba tanto; á velar su sueño mientras que empapaba mi retina de la más hermosa visión de mujer que haya contemplado nunca; á besarla en los ojos y en la boca para llevar más ardor á mis venas con el fluido casi sagrado de su pensamiento y de su cuerpo; á aspirar su aliento, como si fuera para mí licor de vida; á fundir mi naturaleza con la suya para poder soñar despierto con la ilusión de que yo también, como Julia, estaba hecho de carne de inmortales; á vivir, en una palabra, consagrado á las formalidades de su culto, sin abandonarlo por otra cosa que para llegarme á la redacción y escribir allí unas cuantas líneas, las líneas precisas á no perder mi derecho de ir todos los meses á la administración y recoger de allí un puñado de pesetas con que atender á las necesidades de mi casa.

¡Veinticinco duros! ¡Una miseria para una sola persona, y la imposibilidad de vivir para cuatro!

*
* *

Cuatro cuerpos humanos era demasiado peso para el frágil esquife en que bogábamos

Julia y yo como unos locos. Fué preciso aligerar de peso á la embarcación, desprendernos de las niñas, volviendo á confiarlas á la protección de su abuela. Pero ni aun así pudimos continuar bogando. Entonces tuve que aceptar el tormento de ver cómo Julia volvía á deformarse aquellas manitas que yo quería tanto, *cosiendo para fuera*, como se dice en el *caló* de la gente modistil. Aun así no quedó satisfecha la adversidad. Pretendía más de nosotros. No le bastaba todo lo que llevo enumerado.

Y entonces comenzaron á declinar nuestros amores.

¡Qué cerca, Dios mío, la aurora del sol poniente!



Una noche fuí á la hora de costumbre á la redacción, y me puse á escribir mi artículo. No tenía la costumbre el director de designarme tema para mis trabajos, á menos que se tratara de un hecho extraordinario; y en verdad que si halagaba á mi amor propio esa prueba de confianza, no dejaba, en cambio, de ponerme en muy engorrosos aprietos, por la difícil excogitación de los asuntos.

Antes de ponerme á la obra, recorrí, como

de ordinario, lo más granado de la prensa madrileña, para vivir en el mismo nivel de los acontecimientos; y cuando hube terminado de escribir mi artículo, que era de severa oposición á uno de los mil *fantoques* de la política española, y, según mi costumbre, se lo hube leído al director, mi desencanto fué considerable al oír que me decía confidencialmente, y como queriendo halagarme con esa nueva prueba de confianza, que *La Voz Pública* no podía *tirarle* á aquel estadista entreverado de corso á quien yo arrancaba por completo la careta en el artículo que acababa de leer, porque estaba subvencionada por el grotesco personaje de mi artículo, en forma de que pudiera hacer fechorías impunemente, sin escándalo ni castigo de la opinión.

Pero esto no fué más que el principio de la confidencia. Fué completa, cuando me citó una larga lista de jugadores á la política, sagrados también para los redactores del popular periódico de oposición. Y entonces me negué á dos cosas. Á seguir escuchando, y á escribir una sola línea más para aquel periódico embustero.

*
* *

Ya estaba otra vez como al día siguiente de mi llegada á Madrid, y con una mujer al cuello. Es inagotable, portentosa, la serie que puede recorrer la desgracia. Como la del infinito, su fórmula de expresión debería ser una culebra mordeándose la cola. Pensad en la más trágica desventura que haya atenazado jamás á un individuo; todavía podréis agregarle un guarismo terrible. Pensad en las miserias de Job. Aun podréis aumentarle el que no tuviera manos para rascarse con la teja la lepra de la cabeza; el que no bajarán los ángeles del Dios vivo á distraerlo con exhortaciones de sus horrendos pensamientos. Y así, sucesivamente, sin tocar nunca al término de la serie.

Me había estado lamentando por la mañana de que veinticinco duros era muy poco dinero, y hé ahí que de pronto me encuentro sin eso siquiera. Me caracterizaba en aquella época de la vida una sólida creencia en lo fortuito, en lo imprevisto, en las construcciones que el azar organiza; creía con fanatismo en el día siguiente, y abría supersticiosamente todas las mañanas las ventanas de mi cuarto, en la esperanza de que había de colarse por ellas la felicidad el día menos pensado. Así es que, ni me apené, ni me arrepentí de haber dejado el

periódico; ya entraría en otro, ó ya publicaría uno de los libros que conservaba en el baúl cuidadosamente enrollados. Eran esos proyectos razones que satisfacían ampliamente á mi espíritu, pero que no convencieron al de Julia. Tuve la candidez de contarle lo que me había pasado con el director de *La Voz Pública*, y creo que desde aquella noche comenzó á formarse en la terca inteligencia de Julia el proceso en que me condenaba.

*
* * *

Salí al día siguiente con una de mis novelas—la que juzgaba menos imperfecta—debajo del brazo, y recorrí, infructuosamente, hasta cuatro casas editoriales. Todos los editores me respondían con la misma frase, que á fuerza de oirla llegó á antojármese como una especie de consigna.....: «tenemos exceso de original: no hay quien lea, y no podemos publicar nada por ahora.» También advertí, por la forma altanera con que escucharon mis proposiciones, que el oficio de escritor es, en cierto modo, análogo al de mendigo, porque el tono con que los editores respondían á mi oferta era exactamente igual al que se emplea

para despedir á un pordiosero molesto: «Perdone usted por Dios, no llevo suelto.» Y eso hasta el punto de que, al regresar á mi casa, me sentía horriblemente humillado.

No desmayé, sin embargo, y volví á la carga al día siguiente, visitando á nuevos editores: *même chose*, *même sort*. Entonces me dirigí á la redacción de un periódico que publicaba un gran folletín de novelas todos los días; el mismo resultado. Y tanta fe tenía en los esplendores del porvenir, que no hubo en mi voluntad frío de desaliento por tan abrumadora serie de derrotas. Me di á recorrer las imprentas en demanda de un impresor que, bajo la fianza de mi propio libro, se determinara á estamparlo..... Entonces fué cuando llegué á la hartura de mi paciencia. Entonces. Al oír que también los impresores me repudiaban como á un apestado.

Aun se hizo más sombría la amistad de Julia al saber el desenlace de mis gestiones.



Bueno. Yo tenía dos obras dramáticas escritas. Pues al teatro con ellas. Ya habría uno en el que me las representaran. — Las mismas

humillaciones y el mismo resultado que en mis ofertas anteriores..... — «Tenían obras para toda la temporada: ¿.....á menos que no quisiera dejarla para la siguiente....?»

*
* *

¿Qué recurso me queda por intentar?
¿Qué es lo que me resta que hacer? ¿Volver al periodismo?—Bueno. Pero ¿qué eran las subvenciones vergonzosas de *La Voz Pública* sino *tortas y pan pintado* junto á lo que sorprendí, con náuseas de mi estómago, en las redacciones de los otros periódicos? Nada. Tengo demasiada honradez de pensamiento para ponerlo de venta como hacen las rameras con su sexo.

Y entonces, ¿qué hacer?

¿Escribir á mi casa pidiendo auxilio?

¿Salir á la calle y detener al transeunte para pedirle una limosna por el amor de ese mismo Dios que me abandona?

¿Sacrificarlo todo, mis antecedentes, mi porvenir, mi nombre, todas mis ilusiones, la triste felicidad del momento, y pedir un puesto de peón de albañil en una obra pública?

¿Qué es lo que me resta que hacer?

Ahora sí que había caído desde una gran altura. Era preciso sucumbir.

*
* *

Era preciso sucumbir. El destino no estaba saciado todavía. Quiero ser conciso en la exposición de mis desgracias. Julia me abandonó.

Yo creí que no me quedaban lágrimas, ¡y lloro ahora, al estampar esa palabra!

LIBRO DUODÉCIMO

LIBRO DUODÉCIMO

Tuve miedo al principio, y luégo rabia, ímpetus furiosos de destrucción, y después frío solamente. Un frío ártico, que me penetraba hasta el tuétano de los huesos. Encendí lumbre con las cartas de mi familia y con los recuerdos que tenía de Julia. Bueno. Así era posible vivir. Con una buena lumbre es hasta agradable la vida. Pero era mucho el frío que yo tenía aquella noche. ¡Como que en el calendario había visto impreso que iba ya casi de pasada el mes de Junio, y yo estaba tiritando! ¡Habrásese monomaniaco que es este cuerpo mío! Era preciso arrojar más combustible á mi hoguera, porque se extinguía visiblemente, y las lengüetas rojizas de sus llamas no me tostaban las piernas y las manos tanto y tan bien como al principio, cuando subieron por cima de mi cabeza con magnificencias de incendio. Arrojaré ahora el chaleco que llevo puesto. Abrochándome la levita, creo yo que no se notará gran cosa, y, sobre todo, que no

me llevarán á la cárcel por eso. ¡Pero no es bastante, y otra vez vuelve á extinguirse mi hoguera! Bien; arrojaré mis libros. ¿Se han agotado? Pues le entregaré ahora todas las prendas que tenga dobles. ¿No es bastante aún?—Pues allá va todo mi porvenir, todos mis sueños, toda la semilla que pensaba extender sobre la tierra: el original de mis libros inéditos. ¡Y qué bien arden esos maldecidos papeles! ¡Cómo se retuercen para escaparse de la zona ígnea que los rodea! Carbonizadas y todo, aun se puede leer en esas hojas, teniendo cuidado de no deshacerlas con el aliento, algunas palabras sueltas.....: fe....., entusiasmo....., porvenir....., gloria....., amor.....

¡Bah!

¡Lástima que se haya extinguido tan pronto mi querido incendio!

*
* *

Al día siguiente, haciendo uso del resto de instinto de conservación que me quedaba, escribí á Cádiz pidiéndole dinero á mi familia: explicaba mi petición por la circunstancia de que me había salido del periódico con ánimo de consagrar toda mi inspiración y todo mi

tiempo á la tarea de escribir un libro que quería hacer todo lo grande que me fuera posible; y de modo que mi familia no se apercibiera del estado de mi espíritu, aumenté en la carta cuantas mentiras brillantes se me ocurrieron, hasta hacer de ella la más loca página de alegría que haya escrito nunca.

Ya sé yo lo que iba á hacer con el dinero: conocer un lado oscuro de la sociedad que no adivinaba sino por presentimiento: buscar al pueblo por los talleres y por las tabernas; sacudirlo fuertemente para despertarlo como se hace con los sonámbulos, y cuando lo hubiera conseguido, gritarle al oído las palabras que, en día más ó menos próximo, han de emanciparlo fatalmente, haciéndolo grande y digno, con grandeza y dignidad que ni siquiera puede sospechar ahora. ¿Qué valen todos los triunfos literarios del mundo, todas las hazañas guerreras de los conquistadores y los déspotas—carniceros equivocados de vocación,—todas las grandes manifestaciones de fuerza que en el mundo se han realizado, junto al esfuerzo atlético que supone eso de levantar á pulso á toda una generación, para organizarla, para instruirla y comunicarle una segunda alma con la simple revelación de

los derechos que le son ingénitos y que la sociedad le usurpa? ¿Qué valen, ni significan, ni suponen mis antiguos sueños al lado de éste, que más bien que el sueño de un individuo, parece, por su amplitud magnífica, el sueño de toda una raza?

No es que yo tratara de acometer solo la empresa. ¿Cómo?—Desgraciadamente no había la locura desarrollado bastantes raíces en mi cabeza para hacerme creer capaz de realizar prodigios. Es que fijando la atención, percibía la labor sorda que el pensamiento moderno está obrando sobre todos los antiguos organismos; es que sabía positivamente que hay muchos trabajadores de la idea que minan desde hace bastante tiempo, con plumas que semejan piquetas, el fundamento de todas las instituciones establecidas, sin enervamientos sensibles de la voluntad ó el pulso ante las resistencias que el pasado histórico opone á ser destruído: resistencias pétreas que exigen de los trabajadores mucha fuerza de puños y mucha dinámica de voluntad, si es que han de conseguir lo que se proponen; es que yo tenía el más íntimo convencimiento del carácter transitivo de nuestros tiempos, de las distintas energías que lo tra-

bajan en todas direcciones para preparar el hermoso advenimiento de las sociedades fuertes del porvenir; es que yo quería sofocar mis sollozos con los estruendos del combate, y es también que tenía necesidad de una fe muy grande para no morirme del todo.

*
* * *

Sin embargo, el recuerdo de aquella mujer me hostigaba. Un pinchazo más por cada día que pasaba sin verla. No podía acostumbrarme á la idea de haber perdido á Julia para siempre. Me hubiera roto el cráneo contra una piedra si hubiera llegado súbitamente á la plena conciencia de mi miseria. Aquello no podía ser, y no podía ser, que Julia me hubiera abandonado sin otro motivo que mi pobreza. Y pensaba también: —¿Qué va á ser, Dios mío, de ella, errando sola por las calles sin la compañía de nadie? ¿Qué va á ser de ella?— Porque se le podía hacer la misma pregunta que Hamlet á Ofelia: —«¿Mujer, eres honrada?— ¿Por qué me lo preguntas?— ¡Como eres hermosa!....»

..... ¡Prostituída quizá, aceptando los amores de un vagabundo cualquiera con la misma

facilidad que había aceptado los míos! ¡Dando tumbos por la vida, hasta perder la armonía plástica de sus líneas y quedar convertida en una de esas viejas informes que os hacen pensar en los cantos rodados con que juegan las olas de la playa! ¡Y sin redención posible, sin Cristo que la levantara! ¡Salpicada de fango hasta la mollera de la cabeza!....

Yo la buscaría por todas partes para decirle: —Mujer, no quiero que seas ni mi barragana, ni mi compañera. Pero eres hermosa hasta lo extraordinario, y las tempestades gustan siempre de vaciar sus rencores sobre las eminencias del planeta. Tengo miedo por ti: déjame que te ayude á la vida. Ven á mi lado, que no hay en el mundo quien te quiera tanto como yo..... Yo seré para ti lo que sería tu padre, lo que sería un hermano.....

Pero, ¡ay!, desgraciadamente no llegué á tiempo de decirle estas palabras. Había vuelto á reconciliarse con el imbécil de Tomás, y ella ya sabía por experiencia que yo no ganaba tanto dinero como el bueno de su querido. Hubiera perdido mi pleito irremisiblemente.

*
* *

¿Creéis que esa bajeza me hiciere desistir de mi amor? Fué, al contrario, aliento fecundo que lo hizo llegar al límite de su desarrollo. Espiaba vergonzosamente, escondiéndome en todos los portales, la salida de Tomás, ¡y ahí es nada las bacanales que la pasión improvisaba en aquella casa! Los primeros días, mi conciencia repugnaba la celebración de esas fiestas escandalosas, y se me representaba Julia una loca, y yo un ratero. Pero después llegué á identificarme tanto con la degradación de mis infames relaciones, que llegó á ocurrirme lo que á los pulmones habituados á la respiración de una atmósfera cavernosa: que sólo hallan desagradable la del exterior, la pura y sana atmósfera de los campos. Y llegué todavía á más vergüenzas, caí todavía en más profundos abismos de envilecimiento: cuando no era posible que nos viéramos en su casa por cualquier motivo, porque Tomás no salía aquella noche, ó porque era expuesta la repetición de mis visitas, nos veíamos en la calle, y cogidos del brazo, íbamos á satisfacer nuestro brutal apetito de lujuria á las alcobas alquiladas de todas las mancebías y burdeles públicos de Madrid, como canallas aficionados á revolcarse por el fango.

Trátese de llamar como se quiera, lo que refiero es, cuando menos, repugnante. Aceptado por Julia, era una prueba de que siendo tan perfecta por fuera, carecía por dentro de sentido moral. Propuesto por mí, significaba algo peor que eso: que estaba perdido para siempre.

¡Un número más en el sombrío pelotón de los miserables!

*
* *

La carta de mi casa con el dinero que había pedido vino á hacer más aguda la crisis en que me revolvía. Me notificaban en ella que la quiebra de una casa bancaria de Londres había dejado á mi padre abatido en la desesperación y en la ruina; que había sido tan grande el hundimiento de nuestra fortuna, que ni aun los escombros de ella se habían podido salvar; que no podían, de consiguiente, mandarme dinero—¡quién sabe en cuánto tiempo!,—y que pensaban en mí, como piensa el marino, después de la borrasca, en el puerto donde ha de hallar salvación y descanso.

*
* *

Crueldad, ceguera, extravío de la realidad, locura: sentí alegría cuando hube terminado la lectura de la carta. Porque me alegraba hasta la raíz de los pelos la idea de que era ya un miserable completo. Nada de términos medios. ¿No había ambicionado la gloria? ¿No había trabajado para alcanzarla? Pues una piedra por almohada, la inmensidad del firmamento por techo, una hembra degradada por querida, ¡y á comer las sobras de los cuarteles!

El reverso negro de mis fantasías color de púrpura.

*
* *

¿Qué es lo que ahora me quedaba que hacer? ¿Envilecerme más? Bueno; pero antes quise volver á ensayar si la sociedad me permitía que fuera un miembro útil. Pedí trabajo en todas partes, y no me lo concedieron en ninguna. Y estuve una mañana en la puerta de un agente de colocaciones cerca de media hora, debatiendo furiosamente en mi interior la conveniencia de entrar allí, con mi traje de señorito vergonzante, y pedirle al hombre aquel una plaza de lacayo ó de pinche de co-

cina en cualquiera de las casas que le hubieran dado aviso.....

No podía ser.

Hubo en mi pecho la marejada de voluntades opuestas que determinan las grandes determinaciones; una verdadera furia de cosas contradictorias; pero no me decidía á entrar en la caseta del agente de colocaciones. ¡Si, por Dios! De todos los medios que se me ocurrían para presentar la dimisión de mi personalidad, vestirme una librea es el que se me antojaba más insensato. Se necesitan energías musculares poderosas para resistir el peso de ciertas prendas. Advertí entonces que yo era más débil de lo que me figuraba. Advertí también que para perseguir á la fortuna es absolutamente preciso desprenderse de la ver-güenza en medio del arroyo, ó antes de salir de casa, y es mejor.

Sin embargo, prolongué mi paseo ante la puerta del agente de colocaciones, para ver de crearme artificialmente y á pulso una voluntad lo bastante poderosa para resolver mis incertidumbres. Conté repetidas veces hasta ciento, decidido en todas ellas á realizar mi propósito. Me decidí luégo á penetrar en la agencia apenas hubieran pasado veinte carruajes

por el sitio en que yo estaba apostado. Y, por último, me dije que si veía pasar ante mi vista una mujer cualquiera con un niño de la mano, era señal indudable de que el destino me reservaba para pinche de cocina ó mozo de comedor, en vez de para literato. Pasaron la mujer y el niño, y huí á la carrera de aquella funesta calle, rechinando los dientes de rabia.

Entonces fué cuando, acordándome de lo que hacían los sin ventura, los tristes, los miserables, los que estaban en el mismo caso que yo en las cinco partes del mundo, pedí consuelo al zumo fermentado de las cepas de todos los países. Hice de la embriaguez mi estado normal, y como si dijéramos fisiológico, y á pesar de la invencible repugnancia que me inspiraba el solo espectáculo de un vaso de vino, era tanta la ansiedad con que me lo llevaba á los labios para beberlo, que nadie pudo dudar nunca de que yo fuera un consumadísimo borracho.

*
* *

Ocurre en la vida un hecho inicuo. La mano que os alarga gozosa un jarro de vino ó un tarro de aguardiente, es la misma que se cerrará de un modo inexorable si le pedís cinco

céntimos para comprar con ellos medio panecillo. Es muy fácil, en estas grandes ciudades como Madrid, morir de hambre en medio de una plaza pública. Lo que no es posible es que un desesperado ó un borracho deje de beber cuanto vino le venga en antojo, sin otra molestia, por su parte, que la de recorrer unas cuantas tascas, y eso, aun careciendo de dinero, de amigos y de toda clase de crédito. Os sale por todas partes al encuentro la embriaguez sin necesidad de ir á buscarla. Vicio de complexión social, ó síntoma de mortal gangrena en las costumbres. Las prostitutas, por repugnantes que sean, comen, y visten, y viven, infinitamente mejor que las honradas hijas del trabajo. Damos diez céntimos para socorrer una miseria, y diez duros para estimular una lujuria puramente animal. Por eso quizá acierten en su determinación todos los sublevados de la dignidad humana.

LIBRO DÉCIMOTERCIO

LIBRO DÉCIMOTERCIO

Una noche, estando jugando al dominó con unos borrachos en el fondo de una taberna, se me ocurrió de pronto que puesto que mi vida no tenía objeto, debía tirarla al pudridero de las cosas inútiles, salvando quizá de ese modo á mi honrado nombre del sudario de vileza que ya comenzaba á cubrirlo. Fué un milagro de mis nervios el que no la emprendiera á botellazos con mis camaradas de dominó, á ver si de entre ellos había alguno que me diera un navajazo de muerte, el que me hacía falta para quedar tendido en el suelo y no volver á levantarme nunca.

Pagué el consumo que todos habían hecho, aun habiendo sido yo el ganancioso, y me salí á la calle más embriagado por la acción corrosiva del pensamiento sobre el cráneo, que por la del alcohol que había consumido; casi frenético de penas, y llorando por dentro lágrimas de sangre.

Me proponía regresar á mi casa y recogerme en ella hasta tanto que la crisis nerviosa que me combatía hubiera cedido algo en su violencia, cuando el cuchicheo repetido de una de esas infortunadas, á las que Musset llamó en uno de sus poemas «las pálidas sacerdotisas de la noche», excitó en cierta forma mi curiosidad, haciéndome volver la cabeza. Entonces la desventurada llegó á mí, y con su voz canallesca de alquiladora de amores, me dijo que si quería ir con ella por lo que quisiera darle. Yo le respondí brutalmente, volviéndole la espalda, que no llevaba dinero en el bolsillo; pero ella insistió tanto en su vergonzosa invitación, ofreciéndose de un modo tan sumiso á mis caricias de borracho, que la cogí de la mano sin darme gran cuenta de lo que hacía, y eché á andar, ufano y altanero, con la ramera aquella, compadecido de su miseria.

Antes de llegar á su casa me refirió por la calle particularidades de su vida, que seguramente no estarán de más en las páginas de este libro. Tenía padre y madre, pero los había abandonado para seguir al hombre que la había seducido. De eso no hacía más que un mes escasamente. Pero el hombre se había aburri-

do de ella, después de dejar saciados sus apetitos de lujuria, y lanzó á su víctima de una patada en medio del arroyo.

Uno de tantos, no hay que alarmarse.

Vivía en un tabuco sin más muebles que un horrible catre de tijera, y un cajón puesto boca abajo para sentarse, cedido todo ello en arrendamiento por una alcahueta mediante el estipendio de ocho reales diarios, pagados todas las noches por la pupila antes de salir á la calle. La habitación, ó el nicho, ó lo que sea—faltan palabras para expresar tantos horrores,—era el último de una larga galería, y estaba separado del nicho contiguo por una especie de biombo de trapo, colocado sin duda por la celestina con el propósito evidente de hacer doble el número de habitaciones de su casa: sin haberla visto una sola vez en la vida, me atrevo á asegurar que su criterio en arquitectura debería reducirse á este sencillo apotegma: «Con que se pueda respirar, basta.»

La compañera que el destino me había deparado para aquella noche, apagó la luz del candil, por un resto de pudor, con ánimo de que yo no la viera desnudarse, y me di á pensar, sumido en las tinieblas de aquella doble



noche, en los tortuosos caminos que sigue la desgracia para llegar á herir la frente de sus elegidos.

—Vea usted —pensaba yo: — seguramente habrá en Cádiz quien, juzgándome venturoso, desearía cambiar su sino por el mío. Me he pasado toda la noche bebiendo aguardiente para perder la conciencia de mi envilecimiento, y hé ahí que al regresar á mi casa, si no aliviado, á lo menos con una nueva reacción de ideas que quizás pudieran serme favorables, viene esta mujer, se me intercepta en el camino, y me obliga, del único modo que podría conseguirlo, haciéndome visible su desgracia, y me obliga á que la acompañe á este tabuco. ¡Ah! si Julia me viera aquí, ¡cómo habría de despreciarme!

Y me tapé con las sábanas la cara, horro-
rizado de la reflexión que había hecho.

Se metió en la cama la desventurada y trató de acariciarme, para cumplir con su triste oficio. Yo le sujeté los brazos con esta bárbara pregunta:

—Vamos á ver: y tú, ¿por qué no trabajas?

—No sé coser; no me han enseñado.

—Pero sabrás barrer el suelo, sabrás fregar la loza, sabrás hacer las camas. ¿Por qué

no te pones á servir? ¿No ves, criatura, que lo que haces es vergonzoso?

—Sí; pero tengo miedo de estropear-me las manos que....., tiéntalas, son muy bonitas.....

—Hé ahí—pensé—que si los menesteres de una casa se hicieran con los pies, pongo por caso, en vez de con las manos, esta criatura podría ser completamente honrada.

Sonreí ante lo estúpido de esta reflexión, volví la espalda á mi compañera, y me entregué, una vez más, á dar vueltas de buzo por el fondo de mis imaginaciones.

*
* *

Con el silencio, con el reposo, con la asfixiante atmósfera de miseria que se respiraba en aquel nicho, vino el sueño á cerrar los párpados de la hembra y á abrir los míos desmesuradamente, hasta desencajarlos.

—¿Qué será de Julia en estos momentos?... Quizás duerma sosegadamente, rendida de los embates del placer, entre los brazos del fauno con cabeza de macho cabrío que es su amante. Y yo, Dios mío, ¿qué es lo que hago al lado de esta mujer que duerme con tanta tranquilidad, como si no se la hubiera ocurrido un

solo instante que puedo matarla?... Porque ¿qué sabe ella la clase de hombre que soy yo; si soy un licenciado de presidio que quiere hacer méritos para volver á ingresar en la cárcel, ó un malvado capaz de realizar el crimen porque le laten las sienes un poco más que de ordinario? Y además, ¿por qué se ha cruzado en mi camino? ¿Es por ventura que yo la he llamado para algo? ¡Insensato; mil veces loco el que trate de conservar blanca su túnica paseándola por entre las inmundicias de las grandes poblaciones! No tiene más remedio que contagiarse de la universal deshonra. Y es en vano que resista, que se retuerza, que llore, que proteste. De cada esquina, por todas las calles, por todas las plazas, le saldrá una mujer semejante á la que duerme á mi lado, incitante y provocativa como todos los abismos, y con una canción de amor en los labios; y si resiste el hombre, no faltará por cierto una mano cualquiera que le alargue una botella de vino para que lleve zumo de locura á la cabeza y ruja entonces de alegría ante la visión de los poderosos placeres con que le brinda la prostituta—«¡pero esta mujer es muy hermosa! ¿En qué estaba yo pensando?»—y no se aparte de ella hasta que la oleada de fango le llegue

á la garganta, y eche de ver, con estremecimiento de sus nervios, que si continúa más tiempo revolcándose con la ramera, puede quedar convertido en una escultura de cieno ¡ por toda la vida !

*
* *

Estas consideraciones me llevaron, como de la mano, á pensar otra vez en mi porvenir. Se habían agotado tan por completo mis recursos, que estar con aquella desdichada me costaba quedarme sin comer al día siguiente. No podía tampoco pedir dinero á mi familia. Amigos, no tenía ninguno que pudiera socorrerme. Y pensar en la regeneración por el trabajo, ya sabía por experiencia que era imposible.

Entonces fué cuando por segunda vez en aquella noche se irguió ante mi vista el vago espectro del suicidio.

Sí; era preciso sucumbir.

*
* *

Me incorporé en la cama, enderezado por el rigor de mis ideas, y al movimiento brusco con que retiré las sábanas de mi cuerpo, despertó sobresaltado el ser puramente material

que compartía conmigo las estrecheces del camastro.

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? ¿Te vas?—con verdadera angustia, como si tuviera miedo de quedarse sola.

—No, no me voy—le respondí ocultándole mi turbación;—es que quiero verte la cara, porque todavía no te conozco.

Entonces ella, con una gracia encantadora de niña traviesa, que fué para mí objeto de arrobamiento, encendió una cerilla, y aproximándose a la cara, me dijo ó me cantó, con una voz llena de inflexiones dulces, que yo no le había oído hasta entonces:

—Mírame bien, verás cómo soy muy guapa.
¡Poder de Dios, sí lo era!

¡Una niña, una niñita, una criatura materialmente, con más apariencias de flor que de mujer, menudita, graciosa, mirándome tranquilamente con tamaños ojos negros que parece mentira que se hubieran acostumbrado tan pronto á ver de frente las lobregueces de la vida; ofreciéndose á mis miradas y á mis caricias con el impudor sublime de una virgen india, ignorante de que las manifestaciones de su sexo son para nosotros, los civilizados, una vergüenza irredimible!

Como era aquella desventurada, me había yo figurado siempre á las heroínas amorosas de que nos hablan los poetas. Así debió haber sido Beatriz, y Laura, y Teresa. Así también la Mimi Pinsón de Musset, y la Mussete de Enrique Mürger.

Un poco por encima de la humanidad, pero sin haberse desprendido del limo de Eva para nada.



Quise estudiarla hasta en sus menores detalles, darme el placer de admirar completamente desnuda la estatua de la adolescencia. Ella me dejó hacer, mientras que sonreía. ¡Ay! No merecía mi amor, el amor de un borracho. Era la querida natural de un poeta. Grecia la hubiera coronado de rosas. ¡Y las manos, santo Dios!—¡Unas manos que, por lo menuditas y lo delicadas, no se podían tomar en serio!—Entonces, conmovido por el espectáculo de tanta belleza en flor, la hablé tiernamente, evitando de propósito el empleo de toda frase grosera, y como á un niño á quien se le muestra todo un lado de la vida, al mismo tiempo que se le refiere un cuento; le dije que había hecho bien en llamarme, porque yo era amigo de

todas las mujeres que, como ella, llevaban sobre la espalda el peso de una desgracia inmerecida; que á la mañana siguiente saldríamos los dos de aquella casa para no volver á pisar nunca siquiera sus umbrales; y que si no tenía compromiso con nadie, y me quería un poco nada más, tanto así solamente—y le señalaba el extremo de uno de mis índices,—viviríamos desde aquella hora juntos, consagrados el uno al otro, como dos novios que se enlazan para amarse más todavía.....

Luégo le describí lo que es el hogar de un trabajador, una casa organizada. Se levanta el esposo al amanecer para ir al trabajo, y queda su compañera un rato más en la cama, recordando quizá las impresiones de la noche pasada, ó empapando su espíritu de las visiones luminosas con que el porvenir se aparece aun á las más tristes imaginaciones. Llega después la hora de saltar de la cama, de ponerse bonita para todo el día, antes de ir á la compra. Se levanta la mujer la mata de pelo por encima de la nuca para lavarse la cara y el cuello á grandes manotadas sobre un barreño, y es música del hogar, que lo alegra profusamente, la que producen las gotas de agua al resbalar por las mejillas y caer sobre las capas

líquidas de que está lleno el barreño, como sobre una bandeja de plata. En seguida le llega el turno á la limpieza de todo el resto del cuerpo, y, por último, se echa encima la hora solemne del peinado. ¡Ah! ¡pero eso es cosa bien sencilla para una muchacha bonita como ella! Le bastará con pasarse el batidor por el cabello para desenredarlo, y con anudárselo por detrás como las campesinas, dejando que la frente quede dividida por dos crenchas de pelo, y la parte cartilaginosa de las orejas casi oculta, á modo de las estatuas con que el genio helénico expresaba la belleza femenina suprema. Después de vestida, se arrollaría artísticamente al cuello un bonito pañuelo de seda, de color celeste, que yo le compraría con ánimo de que la admirara todo el mundo, y saldría á la calle, para hacer la compra, con la cabeza enteramente descubierta, como las mujeres de mi tierra, feliz y enteramente limpia, que es una segunda felicidad.

Luégo yo trabajaría más para que ella no tuviera precisión de hacer ciertas cosas, que por instinto me hubieran separado de una mujer que tuviera que dormir en el mismo lecho conmigo. Buscaríamos una criadita que por poco dinero se prestara á servirnos. Pero sería

ella, sería mi compañera indefectiblemente, la encargada de llevarme la comida al taller donde yo trabajara. Le preguntaría entonces, por hablar de algo, á qué hora se había levantado, y ella me respondería la verdad, que un poco tarde, y yo la llamaría entonces perezosa. Otras veces me diría que bien temprano, momentos después de haberme ido yo al trabajo, y entonces la reprendería dulcemente, rogándole que no repitiera esas imprudencias. Pasaríamos la vida así, en un idilio que duraría todo el tiempo que estuviéramos juntos. Por las noches, al regreso del taller, me estaría ella aguardando asomada á la ventana, y saldría á abrirme la puerta, dando saltitos, casi loca de alegría, como un niño que espera que le traigan una golosina ó un juguete. Yo la besaría en la frente, y le preguntaría luégo, ahuecando la voz como un marido terrible, si es que no íbamos á comer aquella noche. Ella, como acostumbrada de antiguo á mis bromas, me daría un papirotazo en la cabeza, y me respondería que aquél era día de ayuno prescrito por la Iglesia. Nos serviría de comedor la misma salita donde hubiéramos colocado los chismes más bonitos de la casa, y devoraríamos nuestro guisado caliente con el apetito de

dos seres que están sanos del estómago y que no toman muy á pecho las irritantes anomalías de la vida. Durante la comida habían de manifestarse nuestros amores más potentemente aún que en el mismo lecho. Las más sustanciosas tajadas de carne, los trozos mejor fritos de patata, habían de ser para ella, según mi concepto, y para mí, según el suyo; entonces decidiríamos el litigio comenzado repartiéndonos amigablemente, en dos tajadas, lo que quiera que fuera, como dos buenos vecinos que no quieren arriesgarse á las aventuras de un pleito.

Tendríamos también, como los aristócratas, nuestro ratito de sobremesa. Encendería entonces mi pipa de barro, bien aculotada, y contaría á mi compañera cuentos, aventuras de viajes, picantes historietas amorosas, para entretenerla, haciéndola pasar más agradablemente la velada. Otras veces le leería novelas adquiridas por mí mismo en los baratillos de libros, y las noches que estuvieran estrelladas y serenas, la sacaría del brazo y le introduciría en el pecho alguna cantidad de infinito, haciéndola admirar conmigo la colosal magnificencia de los astros. Llegaría luégo la hora del descanso, y al entrar en la alcoba, sentiría

siempre en el pecho, un poco hacia el costado izquierdo, sobre el corazón, la angustia respetuosa del que penetra en un santuario. Procuraría, para que fuéramos más completamente humanos, que hubiera inteligencia y corazón aun en nuestra lujuria, y al irme á abandonar al sueño, estrecharía la manita de mi compañera para dormir como arrullado con el contacto de mi felicidad toda la noche.

Los domingos ya sería otra cosa. Los domingos nos iríamos á comer por las afueras de Madrid, á un sitio cualquiera donde hubiera mucho campo, la más completa ausencia de humanidad posible. Llevaríamos la merienda hecha de casa, una gran tortilla de patatas y un buen trozo de cecina fresca, y pasaríamos el día jugando á perseguirnos como los venados jóvenes, ó revolcándonos por la hierba fresca y aromática de los campos, fundidos completamente con la madre naturaleza, en íntimo acoplamiento con ella.

*
* *

Le hablaba de estas cosas á Carmen — se llamaba así la desventurada — en un completo olvido de la realidad; no sé también si cre-

yéndome dictador de la suerte y de los hombres, pudiendo disponer de ellos á mi antojo.

Pero la realidad era muy otra, y muy triste. La realidad era que me sentía tiranizado por la influencia que emanaba el sexo fresco de aquella niña, y que no sabía lo que hacer con ella. No podía llevarla á mi casa, pretextando que era mi mujer, porque en mi casa sabían que yo era soltero; no podía tampoco llevarla á otra casa decente cualquiera, porque para eso hace falta dinero, y dinero era precisamente lo que yo no tenía. Me restaban escasamente un par de duros de la suma que me había enviado mi familia; abonó ella, para poder salir conmigo, las dos pesetas diarias de su hospedaje, y ya en medio de la calle nos interrogamos con la mirada, sin que yo pudiera encontrar respuesta, obseso y dolorido como estaba por el codazo brusco de la realidad.

—Bueno—le dije;—éste es nuestro día de tornaboda; vamos á festejarlo llevando á la práctica un pedazo de los proyectos que te comuniqué anoche. ¿Hoy es jueves?—Pues para nosotros dos es domingo. Yo soy un obrero, tú eres mi compañera; tenemos ocho pesetas de sobra en el bolsillo, y nos las vamos á comer al campo. ¿Qué te parece?

Ella—Carmen—batió las palmas, ni más ni menos que un pájaro hubiera batido las alas. Se cogió de mi brazo, y me dijo que ella también podía convidarme, porque llevaba veinte céntimos en la faltriquera.—¿Á qué quieres que te convide con ellos?—me preguntó, tomando una actitud mimosa, absolutamente característica de la hembra en todas las especies animales.—Una voz, que era reminiscencia del pasado, quiso salir de mi boca para decirle á Carmen:—Convídame á flores, para que yo tenga el gusto de engarzarlas sobre tu seno.—Pero el formidable presente se levantó reclamando sus derechos, y entonces le respondí con voz alta y clara:—Convídame á dos copas de aguardiente, y tómate tú un bollo, porque el paseo que vamos á dar no va á ser corto, que digamos.

Dije que aguardiente, por una costumbre de mis labios; luégo pensé que mejor hubiera sido haber tomado vino, que no se sube tan pronto á la cabeza.

Estábamos en la calle del Escorial, y bajamos por la del Pez á la plaza de Santó Domingo para tomar el tranvía de la Moncloa. No teníamos decidido aún dónde iríamos á pasar la tarde. Le propuse que á la Puerta de Hierro,

y aceptó. Nos bajamos del coche en el paseo de la Florida; y quiero dejar dicho aquí que aquella tarde fué el último día alegre de mi vida.

*
* *

Compramos carne, chorizo, aceitunas negras y queso manchego en una de las tiendas de comestibles que hay establecidas á ambos lados de la Puerta de Hierro, y provistos de un buen haz de leña, que yo mismo cargué sobre mis espaldas, y de una enorme sartén con aceite y condimentos que nos habian facilitado en la misma tienda de comestibles, echamos á andar, á campo travieso, buscando un sitio de las inmediaciones donde poder aderezar nuestra comida, mientras que disfrutábamos también de los encantos poderosos que habíamos ido á pedirle al campo.

Lo encontramos en seguida, porque tratándose de Madrid y de la poesía de sus alrededores, no se debe ser muy exigente; y nos tiramos al suelo para acariciarnos, como adivinando que de ese modo nos identificábamos más potentemente con la naturaleza que permaneciendo de pie, ó sentados rígidamente en el suelo, atentos á los formalismos sociales; al-

borozados y juguetones, como animales jóvenes que tienen la barriga bien repleta y ningún desengaño que vengar de la vida; enteramente venturosos.

Aquella comida en medio del campo y con una meretriz al lado, forma el incidente más luminoso de mi vida. Y como voy á morir dentro de muy pocos días, no es extraño que ceda al mono-capricho de los moribundos, y que lo bendiga desde esta cuartilla, sobre la cual he llorado.

*
* *

Consagramos la tarde á la explotación de cuantos placeres castos se le ocurrió imaginar á nuestra alegría inmensa y viva de enamorados. Corrimos por el campo hasta caer repetidas veces en el suelo, jadeantes y rendidos; gritamos á coro, uniendo nuestras voces como caminantes que se hallan perdidos y piden socorro; jugamos á pares ó nones con los huesos de las aceitunas; y ya al caer la tarde, á la hora de desaparecer aquel sol poniente, que era el último que debía alumbrarme feliz sobre la tierra—aquella tarde fué el ocaso completo de todas mis dichas,—cantamos, como contagiados de idénticas tristezas, melan-

cólicos cantares de mi país que yo sabía, originales de una de las más potentes inspiraciones que he admirado en mi peregrinación por la vida: la de mi amigo Alfonso Tobar, andaluz como yo, y como yo malaventurado y triste:

El querer sin ser querido
Es una pena muy grande;
Pero es mayor ir muriendo
Sin haber querido á nadie.

Dice el mundo, sin razón,
Que al que se muere lo entierran.
¡Cuántos, como yo, están muertos,
Y viven sobre la tierra!

Para hacerme criminal
Me está sobrando razón.
¡Estoy viviendo en el mundo
Con gente sin corazón!

Le pedí á Dios olvídarla,
Y Dios me lo concedió.
¡Desde entonces, en el pecho
Llevo muerto el corazón!

De las penas mías,
La que es más cruel
Es saber que la quiero y me quiere,
¡Y no puede ser!

Ya puesto en capilla,
Dije al padre Juan:
—¿Por qué, padre mío, nos quitan los jueces
Lo que Dios nos da?

La besé en la boca
Por primera vez.
Desde entonces llevo yo mis labios
Igual que la miel.

¡Cuánto tiempo andando
Sin llegar jamás!
Las tristezas caminan conmigo.
¡Las dichas se van!

*
* * *

No acabaría nunca si fuera á repetir todos los cantares que, alados y palpitando, salieron en competencia de nuestra boca. Y ya completamente de noche, abandonamos aquel teatro de nuestra dicha: Carmen, alegre y satisfecha, con esa estúpida confianza en el porvenir que caracteriza á la infancia y á la adolescencia; yo, volviendo la cara atrás á cada paso con que me alejaba de aquellos lugares.

*
* * *

Por lo demás, ya sabía yo lo que tenía que hacerme: dejar á Carmen completamente libre por aquella noche—yo no me creía con derecho para condenarla al ayuno todo el día siguiente,—y salir yo á la calle apenas apuntara el alba á ver si encontraba trabajo en alguna

parte. Pero ¿dónde, Dios mío, dónde?—Iría á las Salesas á ver si algún curial quería aceptarme de copista; á casa de un editor que yo sabía que publicaba clandestinamente libros obscenos, por si me encargaba que le escribiera alguno—me halagaba la idea de que Mirabeau había vivido de eso muchos meses en Bruselas: yo lo sabía de buena tinta: lo había leído en su correspondencia con Sofía Monnier;—pero aunque el editor aceptara mi ofrecimiento, ¿de qué iba yo á vivir durante el tiempo que tardara en escribir el libro?—Nada, lo de las Salesas es mejor. Y también fuí feliz aquella noche, tranquilo, con la seguridad de que el destino no había de negarme la miseria que le pedía. Vivir de mi trabajo sencillamente.

*
* * *

Estuve en las Salesas, sí; estuve en casa del editor de obras obscenas, también. Y estuve por inspiración del momento en casa de un banquero millonario, que era también consejero de una empresa de ferrocarriles, para pedirle un destino, el más insignificante que estuviera al alcance de su mano; el banquero me dió dos pesetas, ¡que yo acepté!

Pretendía la fatalidad de mí, por lo visto, que me dedicara á pedir limosna.

¿Qué queréis que hiciera un desesperado como yo con dos pesetas en el bolsillo para toda su vida?—Yo le había pedido á Dios consuelo en un momento de extravío, y Dios no me había escuchado; yo le había pedido caridad á la gente, y la gente me había rechazado; yo le había pedido amor á una mujer, y la mujer me había hecho traición. ¿Hice mal en internarme hasta el fondo de una taberna, y renegar allí de Dios y de los hombres en la más grande marejada de penas que haya jamás congestionado y enloquecido á ningún cerebro humano? ¿Hice mal en llegar á la conclusión de que, puesto que la sociedad era mi enemiga, mi más imperioso deber consistía en sublevarme contra ella? ¿Hice mal en renegar como Job del día en que nací y hasta del vientre que me engendrara?—Yo pregunto: ¿hice mal en lanzar un escupitinajo en pleno rostro á un hombre que tuvo el descaro de hablar de dignidad á mi presencia?

Porque carezco por completo del valor grosero que se necesita para lanzarse al pillaje por los campos, es por lo que, bien á mi pesar, no he llegado á ser bandido. Fueran otros mis

antecedentes hereditarios é individuales, y quizás mi nombre sería tan glorioso como los de Diego Corrientes ó José María, dos heroicos protestantes de la gleba.

*
* *

¿Canalla?—Pues canalla. Ya soy borracho. Pues ahora voy á convertirme también en el chulo de una ramera. De la mía, de mi ramera. Canalla completo.

*
* *

Se llamó Carmen para mí solo, y Pura, ¡Pura!, para la gente. Al cambiar de nombre, cambió de domicilio también. Se hizo pupila de una de las mancebías públicas más notables de Madrid por aquel entonces. La llamaban Pura *la bonita*. Yo perdí por completo mi personalidad, hasta convertirme en *el querido de Pura la bonita*, y nada más.

Nadie puede formarse idea, no habiéndolos experimentado, de lo que son los tempestuosos amores de las prostitutas. El hombre que se decide á amarlas, ha de tener naturaleza de guerrero, porque de otro modo sucum-

be en las primeras pruebas. Sienten á cada instante, aun sin darse cuenta de ello, la humillación de su existencia, y piden al amante, en sus frecuentes noches de extravío erótico, la compensación completa á cuantas humillaciones llevan sufridas. Aman con rabia, y el placer de los sentidos se revela en ellas casi como un desmayo. Y por lo mismo que ellas no pueden ser fieles, es fidelidad, precisamente, lo único que piden á sus amantes.

Además, la vida que hacen es una batalla que les impide la normalidad del sistema nervioso. En la calle tienen por enemigo al poli-zonte que las persigue para explotarlas, y en su casa, en su propia casa, al hombre que paga, ó al *primo* — como ellas dicen, — á un satiríaco cualquiera que va á verlas con la esperanza de pillar un cólico que les quite el apetito de carne de hembra por cuatro ó cinco meses seguidos, si es posible. Y generalmente esos glotones nunca se ven hartos, y piden más, piden más, sin tener en cuenta la debilidad de las pobres criaturas sometidas á su feudo.

Por eso, cuando, después de tener tan gran conocimiento de la miseria del hombre, se entregan de corazón á un hombre, hay que creer

á cierra ojos que están perdidamente enamoradas de ese hombre, quien quiera que sea.

Además, la vida se les consume en un marasmo intelectual y afectivo tan horroroso, que como es una necesidad orgánica de la criatura racional pensar y sentir, y el oficio de esas desdichadas no les reclama para nada ni sentimientos ni ideas, piensan y sienten desordenadamente, hasta el derroche, con el único hombre que en la inmensa y eterna creación no es *primo*, según el concepto de ellas, y lo sueltan todo de una vez, ideas, sentimientos, impresiones y recuerdos, en las bacanales secretas que celebran con sus amantes en el fondo de las alcobas.



Todo eso fui yo para Carmen, y aun algo más, porque el infinito no puede expresarse con palabras. Pero yo no la amaba. Miseria moral, si queréis; pero había gastado en Julia todos mis afectos, y no podía darle á Carmen lo que no tenía. La amaba en frío, si es posible decirlo así, y me ocurría con ella, en los momentos más álgidos de entusiasmo, lo que á la madera: que ardía por un extremo, pero

que estaba completamente frío por el otro. No estaba unido á ella sino por la conveniencia y por la fuerza de la costumbre.

Porque me he propuesto decirlo todo, aunque me arda la cara de vergüenza. Carmen me daba de comer, me daba casa, me vestía, estaba atenta á la satisfacción de todas mis necesidades y caprichos.

Y cuando no lo estaba, cuando me negaba el dinero que yo le pedía, la golpeaba brutalmente, al igual que hacían con sus queridas los otros chulos de la casa. Al principio sentí vergüenza y ganas de emprenderla conmigo á bofetadas por la depravación y la cobardía de mi conducta. Siempre he creído digno del grillete, cuando menos, al hombre que se rebaja hasta dejar caer su mano sobre la mejilla de una mujer ó de un niño. Pero á esta pregunta de mi memoria, cargada de rencores y de ruinas—¿no te han obligado á que seas canalla?—se desvanecían todas mis susceptibilidades, y volvía á colocarme precipitadamente mi mascarilla de miserable, no fuera que alguien pudiera sorprenderme con mi propia fisonomía de hombre honrado, en cuyo caso sí que me hubiera muerto de vergüenza.

*
* *

Un día me encontré á un adolescente por la calle, que me dijo:

—Lo envidio á usted.— Tiene usted por querida la mujer más bonita de Madrid.

—Bueno—le respondí;—¿puede usted darme un pedazo de felicidad tamaño como un garbanzo, y luégo permitirme que tenga relaciones con la criada de su casa?

*
* *

Era preciso sucumbir. Ni aun la embriaguez me daba el consuelo que le pedía. También el vino me había traicionado. Eran tan negras mis borracheras, y aparecían en ellas con tanta lucidez, ante mi espíritu, constantemente despierto, las osamentas de mi pasado doloroso, que se me hizo imposible continuar bebiendo. Cada átomo de gas alcohólico se convertía, al llegar al cerebro, en un incidente vivo, animado, de mi propia vida, y la embriaguez de los borrachos era para mí lo que los fenómenos de clarividencia y de doble vista para los iluminados. De modo que á cada libación repetía mi vida. ¡Yo he vivido todos los horrores que llevo descritos, lo menos cien veces, en sólo algunos días!

*
* *

Ocurre con las más grandes desgracias que, como los venenos, son contadas las que no tienen su antídoto. Una madre puede consolarse de la pérdida de un hijo en el cariño del esposo; una joven puede dejar á pedazos sus desengaños del corazón con el roce de las rodillas sobre el pavimento de los templos; un pensador sabe siempre que en el estudio, en la alta contemplación de las antinomias humanas, hay bálsamo suficiente á curar todas las heridas que la realidad le infiera; un artista sacude sus penas, como un peregrino el polvo de la carretera, acogiendo á los éxtasis arrebatadores de la gloria; y un hombre que no sea nada de eso, pero que sufra, que tenga hambre ó sed, que tenga rencores que satisfacer contra la sociedad, ó desengaños de que pedir cuenta á la suerte, sabe que en los mostradores de las tabernas se despacha licor de olvido, y es muy extraño que con esa primera materia no sepa construirse una felicidad á su manera. Pero yo nada de eso. Un amor me hubiera salvado. No amaba á nadie.—Una gran fe me hubiera dado consuelo. No creía más que en mí mismo.—El estudio me hubiera quizá transfigurado ó aturdido. Le había cobrado horror á los libros.—Una, aunque

fuera vaga, creencia en la gloria, hubiera oreado mi frente con brisas de misericordia. Yo había hasta abolido esa palabra en la práctica de mis conversaciones.—Por último, el vino, que, según la frase de Salomón, hace habladora la lengua de los ancianos; el vino, que es el gran estímulo para vivir de todos los desgraciados de la tierra, también me estaba interdicto, á menos que yo no quisiera convertirme en cómplice de la misma fatalidad que me roía las entrañas.

Era preciso sucumbir.

Entonces fué cuando se apareció formalmente á mi conciencia la imagen del suicidio; del suicidio, como imposibilidad moral y material de vivir; del suicidio, como protesta contra la vida. ¿No era yo un sublevado, un insurrecto? La sociedad me condenaba á ser un miserable toda la vida. Bueno. Pues yo me alzaba de la sentencia, y destruía mi vida porque me daba la gana, porque no quería ser un miserable. ¡ Á ver lo que toda la sociedad junta puede contra una voluntad aislada, cuando esta voluntad es irrevocable!

Reconozco y siento que soy un vencido. Reconozco y siento que todos esos hombres que me han condenado desatendiéndome,

han podido más que yo. Pero me resisto á morir tan oscuramente como he vivido ; á morir como un soldado cualquiera , y por eso escribo este libro , ya que los otros , aquellos en los que tenía fundadas tantas esperanzas , han llegado al tormento de la hoguera antes que á la vida.

*
* *

Estas páginas son , pues , la última ilusión de mi existencia marchita. Están escritas atropelladamente , porque tengo ansia de morir. Cuando llegué á la resolución de matarme , me propuse no alentar sino el tiempo preciso para escribir este libro. Ya va estando escrito , y ya voy , de consiguiente , estando de más en esta saturnal de pillos que forman el rebaño humano.

Como cuando salí de Cádiz , también ahora , que salgo de la vida , tengo que despedirme de muy poca gente. De mi familia , de Adolfo , de la desventurada que me ve escribir este libro , sin sospechar siquiera lo que contiene ; de Julia con el pensamiento , y de los demás con asco.

*
* *

He mandado á Cádiz dos cartas avisando mi designio; he escrito una porción de cuartillas dando remate á mi trabajo, y acabo de despedirme del mundo dando con Carmen un gran paseo por el campo.

Salgo, pues, de la vida sin deberle nada absolutamente á nadie. ¡Si acaso, á esta pobre mujer que me acompaña!—Y si tuviera el derecho de emplear á esta altura de mi narración ciertas palabras, diría que soy feliz.



La tarde ha estado deliciosa. Le he hecho á Carmen que se ponga un traje negro para acompañarme, y nos hemos ido del brazo á pasear por las riberas del Manzanares, hasta muy lejos, hasta perdernos. Ha brincado por la hierba como un cervatillo, exactamente igual que el día de la Puerta de Hierro, y me ha dicho que le gustaría mucho el que repitiéramos estas expediciones. Yo le he cogido las manos y le he respondido afirmativamente.

No tiene idea de la crisis que me trabaja, porque su temperamento es grosero, y además porque es muy niña; pero presume que no soy

feliz, y para consolarme me ha ofrecido dinero dos veces seguidas.

He jugado con ella vertiginosamente, haciendo que sustituya á la alegría la furia. Pero no he logrado reirme con esa risa sonora que hace que se vea hasta el cielo de la boca. He sonreído cuando más, y eso para animar á Carmen, un poco contagiada de mi tristeza.

Luégo nos hemos ido á comer á un merendero de las inmediaciones, al primero con que topó nuestra mirada, una casucha horrible, que pareció á mi desgracia, espléndida. Me convenía dejar que reposara en aquella barraca mejor que en otra ninguna mi miseria, porque estando propuesto á morir mañana, no quiero pedirle hoy á la vida sino soledad y olvido.

Comimos allí, con avidez de hambrientos, un largo *menu* de cosas horribles, que seguramente no hubiera aprovechado un perro bien mantenido. Hígado casi verde, callos, y una cosa que me pareció el intestino frito de una bestia dañina. Pero como todo aquello guardaba, por su miseria, encantadora relación con el drama invisible que yo escondía en el fondo de mi pecho, lo acepté con gusto y con

reconocimiento, como si fuera una caricia del destino.



Dicen los que entienden de esas cosas que sólo en el período de la muerte, en el período de la descomposición, que pudiera decirse, es cuando adquiere el hombre la plena integridad de esa especie de sexto sentido, síntesis y resumen de los cinco restantes, que consiste en la exacta apreciación del mérito y la calidad de las cosas. No lo creo; pero aceptando por un momento la hipótesis, puedo asegurar que nunca me pareció Carmen más bonita, ni más horrible la existencia, que en aquellos instantes. ¡Ah! ¡si yo fuera creyente de la otra vida, mato á Carmen esta tarde, para vivir eternamente desposado con ella en el otro mundo!



Estábamos solos; era todavía bien temprano; habíamos comido como unos gañanes que no tienen sensibilidad sino en el estómago;

estábamos rendidos de correr por el campo; el vino adulterado de aquella tasca campestre nos hacía cosquillas en la cabeza; la tarde era deliciosa; éramos jóvenes; nos amábamos; teníamos allí nuestra última entrevista, y yo quise prolongarla sobre los bancos de madera del ventorrillo todo el tiempo que me fuera posible. Reconcentrado mi amor del porvenir, todo cuanto lógicamente podría haber amado en lo futuro, las manifestaciones de mi pasión fueron imponentes. La senté sobre mis rodillas, como á un niño chiquito que se acaricia, y la besé en todo su cuerpo, por toda la vida. Ella, como acostumbrada á mis exageraciones, me dejaba hacer. No llegué á la brutalidad de un coito al aire libre, porque tenía la convicción de que nos hubieran sorprendido, y la certeza también de que hubiera matado á alguien. Sentía un desgarramiento interior en las entrañas que me volvía como loco. Era el parto laborioso de mi muerte. No se muere con tanta facilidad á los veinte años.

—Mira—le dije de pronto á Carmen;—me notas desde hace algunos días triste; lo estoy, no te lo oculto; y no sabes por qué. Voy á decírtelo. Oye. Yo tenía un amigo.....; no me interrumpas citándome ningún nombre; he di-

cho un amigo, y tú no has conocido á ningún amigo mío. Yo tenía en Cádiz, y después en Madrid, un amigo, cuyas relaciones alcanzan á desde que tengo uso de razón. Tenía mis mismos gustos, mis mismas inclinaciones y costumbres. Hemos aprendido juntos á leer en la escuela; hemos sido juntos redactores de un mismo periódico; de niño partía conmigo sus golosinas, y de hombre sus alegrías y sus penas. Llegamos á Madrid al mismo tiempo: él á ser un hombre útil y de provecho, y yo á hacer la vida en que me has conocido. Pues bien: ese amigo mío de que te hablo, ha ido hasta más allá de lo que la dignidad humana consiente; ha soportado sobre sus hombros pesos increíbles; ha sido paciente, en esta sociedad de fortunas hechas á la ligera, y de reputaciones improvisadas al día; se ha limitado á pedirle á la suerte lo que los ganapanes y los tontos: poder vivir, y nada más; ha sido honrado y puro.—Oye. Era redactor de un periódico importante, y lo dejó cuando supo que ese periódico estaba vendido al gobierno. Oye también: su familia era rica, y mi amigo le mintió un bienestar material que no tenía, para no recibir ningún recurso pecuniario de ella. Ya llegamos al desenlace. Ese joven vivía

con una mujer á la que amaba con toda su alma; como yo á ti, pongo por ejemplo. Pero ella no era tan honrada como tú; pertenecía á una extracción social que es la más antipática de todas, la horrible clase media española, y abandonó á mi amigo al notar que la suerte también lo dejaba, al sentirlo tan pobre; pero lo abandonó en frío, sin comunicarle su proyecto: de la noche á la mañana, como generalmente se dice. Entonces mi amigo sufrió más de lo que tú puedes figurarte.....—Pero era pobre....., ya sabes, ¡pobre!; tuvo que abandonar el sagrado de sus lágrimas, de sus aflicciones, de sus tormentos, para buscar trabajo, porque carecía de una cuarta de tierra en que desenvolverse. Era activo é inteligente: sabía dos lenguas extranjeras, y tenía, además, una porción de conocimientos prácticos. Quiso aprovecharlos, y no encontró dónde. No le dieron trabajo en ninguna parte. Tenía también hasta tres obras escritas, dos novelas y un drama; buscó á un editor que le publicara las novelas, y no consiguió el ser escuchado simplemente. Buscó después á un empresario de teatros, á un cómico, que oyeran la lectura del drama cuya aceptación proponía, y no los encontró tampoco. Entonces,

¿qué hacer? Dejó de ser joven de porvenir para ser uno de tantos; quiso ser empleado en una casa particular, copista en una oficina pública, y no lo consiguió tampoco. Invocó al cielo: el cielo estuvo mudo para él. Llamó á sus escasos amigos: no le atendieron. Pidió socorro á su familia: ¡oh Dios mío!, pero su familia estaba también arruinada: la había abatido en la bancarrota la quiebra de una casa inglesa. Quiso prostituir su talento hasta ponerlo al servicio de un editor de obras escandalosas: el editor le respondió que tenía sus autores. Quiso ser obrero; trabajar manualmente en los talleres de obras mecánicas: no pudo ser tampoco; carecía de experiencia, de fuerzas musculares en los brazos, de voluntad para el trabajo. ¡No iba á entrar de aprendiz en una imprenta, y á los veinte años, para ganar una peseta todas las semanas, él que era autor de tres libros nada menos, y sin tener siquiera padre ni madre que le dieran de comer todos los días!—Se ha matado hace una semana próximamente. ¿Qué te parece á ti lo que ha hecho mi amigo? Ya sabes por qué estoy triste.....

— ¡Qué lástima de ese joven!.... ¡Lo habrán enterrado en el hoyo de los pobres!

No se le ocurrió más á Carmen, ni á mí tampoco qué responderle.

*
* *

Tomamos el camino de Madrid, influídos por la tristeza de la historia que acababa de referirle á Carmen en el ventorrillo. La noche se había echado encima de repente. ¡La última noche de mi vida! —Apresuramos el paso, y en menos de una hora ya habíamos llegado á la población. Todo presentaba el aspecto normal de los días ordinarios. Nadie sospechaba que al día siguiente se había de ejecutar un hombre en Madrid. Un pobre se me acercó pidiéndome limosna, diciéndome que hacía veinticuatro horas que no se desayunaba, y yo le respondí preguntándole que por qué no se mataba. En cambio me hubiera gastado un capital en convidar á un perro que venía siguiéndome desde el ventorrillo.

*
* *

Llegamos á la ciudad, y nos acercábamos tan rápidamente al pudridero en que Carmen

vivía, que yo le rogué que acertáramos el paso para dilatar un poco aquel paseo nuestro por las calles. Me estrechó contra su pecho el brazo que llevaba cogido, y sonrió como expresándome agradecimiento. No oyó la tempestad que en aquellos momentos se desencadenaba en mi espíritu. Más vale así; porque si alguien que no fuera yo hubiera sospechado siquiera en mi cara pálida y en la expresión sombría de mi mirada que iba á matarme, que yo era un moribundo, tengo la más completa seguridad de que lo hubiera invitado prácticamente á que me precediera en los medrosos esponsales con la muerte.

Yo sé que en todo suicida hay un asesino; lo sé por experiencia propia, porque me he estado sintiendo capaz de matar por gusto, sólo por capricho, á alguien que no conocía siquiera de vista, una porción de horas seguidas.

*
* *

Y ahora, después de haber pasado toda la noche con Carmen, y de haberme despedido de ella dándole un prolongado beso en uno de sus rasgados párpados de mujer hebrea, reco-

jo á puñados, enardeciendo á mi memoria, los incidentes dolorosos de mi historia; hago el proceso formal de mis acontecimientos, y me siento tranquilo al llegar á la conclusión de que en todo lo que llevo narrado no hay otro canalla latente que la sociedad. Los hipócritas dirán que he debido aceptar con gusto la opresión de mis desgracias, por el sagrado amor á Nuestro Señor Jesucristo y á su Santísima Madre; los mojigatos, que he debido ocultar pudorosamente mi miseria, como quien se tapa una verruga; los prudentes, que he debido, por lo menos, aguardar más tiempo antes de matarme. Pero á todos ellos les contesto que hablan de la desgracia, como á un hombre indocto que no hubiera nunca salido de Madrid se le ocurriría hablar de la China: por los mamarrachos que ha visto pintados en las vitelas de los abanicos; porque de otro modo, habiendo sufrido verdaderamente, no serían, ni hipócritas, ni mojigatos, ni prudentes. Serían, ó imbéciles, ó sublevados. Á elegir.

*
* *

Vuelvo desde esta página á despedirme de todos los que he amado. No es sin cierta emo-

ción que evoco y estampo sus nombres sobre la cuartilla. Mi familia de Cádiz....; Julia.....; ¡ Carmen, sobre todo!.... — Una ramera, ¡ sea!; pero yo añado: la digna esposa de un miserable.

Y sobre todo, ¿á qué esta emoción? ¿ No voy á cegar la fuente viva de todos mis pesares? ¡ Abajo las lágrimas! ¡ Viva la alegría! — ¡ Quiero morir cantando para asombrar á la gente!

FIN



OBRAS DEL MISMO AUTOR



	<u>Ptas.</u>
<i>La mujer de todo el mundo</i>	2,50
<i>Crimen legal</i>	3

EN PREPARACIÓN

<i>Alborada</i>	3
-----------------------	---

La Administración de la Academia, Madera, 16, tiene en depósito las siguientes obras:

	<u>Ptas.</u>
<i>Russlands Culturbedeutung</i> , por Ernesto Bark.....	3,50
<i>Wanderungen in Spanien und Portugal</i> , por ídem.....	7
<i>El Nihilismo y la política rusa</i> , por ídem.....	1
<i>El Cielo alegre</i> , segunda edición, por Salvador Rueda.....	3
<i>Declaración de un vencido</i>	3
<i>Der Conflictum die Karolinen und die Revolution in Spanien</i> , por *** en Madrid.....	1
<i>Der Coelibat</i> , por E. López Bago, traducido por Ernesto Bark.....	3
<i>Das Finale Norma's</i> , por A. P. de Alarcón, traducido por ídem.....	3
<i>Ricardo</i> , por Emilio Castelar, traducido por ídem.....	3